

UN MUNDO DE MUTANTES

PHILIP K. DICK



El tiempo doblado



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Philip K. Dick

EL TIEMPO DOBLADO

Título original: *The World Jones Made*
Philip K. Dick, 1956
Traducción: Mariano Orta Manzano

I

La temperatura del Refugio variaba de 46 grados centígrados a 48 grados centígrados. El vapor pendía continuamente en el aire, estirándose y ondulando perezosamente. Brotaban géiseres de agua caliente, y el «suelo» era una superficie cambiante de fango caliente, compuesto de agua, mineral disuelto y pulpa fungoidea. Los restos de líquenes y protozoos coloreaban y espesaban la rezumación de humedad que goteaba por todas partes, sobre las rocas mojadas y el ramaje parecido a esponjas: las diversas instalaciones utilitarias. Había sido pintado un cuidadoso telón de foro, un largo altozano surgiendo de un pesado océano.

Sin duda alguna, el Refugio había sido concebido siguiendo el modelo de un útero. El parecido no podía negarse, y nadie lo había negado.

Inclinándose, Louis recogió con malhumor un pálido hongo verde que crecía cerca de su pie y lo echó a un lado. Bajo su piel mojada y orgánica había una red de plástico hecha por el hombre; el hongo era artificial.

—Podríamos estar peor —dijo Frank, viéndole arrojar el hongo a un lado—. Podrían hacernos pagar todo esto. A Fedgov (Sigla de Federal Government, Gobierno Federal Mundial) debe haberle costado millones de dólares montar esta instalación.

—Escenografía de teatro —dijo Louis amargamente—. ¿Para qué? ¿Para qué nacimos de esta forma?

Sonriendo con una mueca, Frank dijo:

—Somos mutantes superiores, ¿no lo recuerdas? ¿No es eso lo que decidimos hace años? —señaló al mundo visible tras la muralla del Refugio—. Somos demasiado puros para «eso».

Afuera se extendía San Francisco, la ciudad nocturna medio dormida bajo su sábana de fría niebla. Algún que otro coche se deslizaba aquí y allá; bolsas de abonados al ferrocarril emergían como complicados gusanos segmentados de subterráneos terminales de monocarriles. Raras luces de oficina ardían débilmente… Louis se volvió de espalda a aquella vista. Le dolía mucho contemplarla, saber

que él estaba allí dentro, atrapado, preso en el estrecho círculo del grupo. Tener que darse cuenta de que nada existía para ellos sino aquel estar sentados y mirando, que no existían sino los años vacíos del Refugio.

—Debe de haber un propósito —dijo—. Una razón para nosotros.

Frank se encogió de hombros con gesto fatalista.

—Bromas de la postguerra, generadas por bolsas de radiación. Daño a los genes. Un accidente… como el de Jones.

—Pero nos conservan vivos —dijo Irma detrás de ellos—. Todos estos años manteniéndonos, cuidando de nosotros. Deben de querer sacar algo de aquí. Deben de tener un proyecto entre manos.

—¿El de nuestro destino? —preguntó Frank burlonamente—. ¿El de nuestra meta cósmica?

El Refugio era un cuenco lóbrego y lleno de vapor que aprisionaba a los siete seres. Su atmósfera era una mezcla de amoníaco, oxígeno, freón y huellas de metano, cargada pesadamente con vapor de agua, sin rastro alguno de anhídrido carbónico. El Refugio había sido construido veinticinco años antes, en 1977, y los miembros más viejos del grupo guardaban recuerdos de una vida anterior en separadas incubadoras mecánicas. El trazado original había sido una obra perfecta, y de cuando en cuando se hacían mejoras en él. Trabajadores humanos normales, protegidos por trajes herméticos, entraban periódicamente en el Refugio, arrastrando tras ellos el equipo que los encerrados necesitaban para su subsistencia. Usualmente era la fauna movible la que se estropeaba y necesitaba reparación.

—Si tienen un propósito respecto a nosotros —dijo Frank—, deberán decírnoslo —él, personalmente, confiaba en las autoridades Fedgov que manipulaban en el Refugio—. El Dr. Rafferty nos lo diría; ustedes lo saben.

—No estoy tan segura de eso —objetó Irma.

—¡Dios mío! —exclamó Frank irritadamente—, ellos no son nuestros enemigos. Si quisieran podrían barrernos en un segundo, y no lo han hecho, ¿no es así? Podían dejar que la Liga de la Juventud entrase aquí donde estamos.

—No tienen ningún derecho para mantenernos aquí —protestó Louis.

Frank suspiró.

—Si saliésemos de aquí —dijo cuidadosamente, como si estuviera hablando a niños—, moriríamos.

En el borde superior de la pared transparente había una válvula de presión, una serie de válvulas de seguridad. Sombrías miasmas de

gases corrosivos entraban por allí, mezclándose con la humedad familiar de su propio aire.

—¿Oléis eso? —preguntó Frank—. Así es como está todo afuera. Duro, frío y mortífero.

—¿No se os ha ocurrido nunca pensar —preguntó Louis— que quizá eso que rezuma no sea sino un engaño deliberado?

—A todos nosotros se nos ha ocurrido —contestó Frank—. Cada dos años. Entramos en nuestra etapa paranoica y comenzamos a planear escaparnos. Con la única diferencia de que no tenemos que escaparnos; todo lo que tenemos que hacer es salir. Nadie nos ha parado nunca. Somos libres de dejar este cuenco recalentado con vapor, excepto por un detalle: *no podremos sobrevivir ahí fuera. No somos bastante fuertes.*

Junto al muro transparente, a unos treinta metros de distancia, estaban los otros cuatro miembros del grupo. La voz de Frank llegaba hasta ellos, un sonido hueco y distorsionado. Garry, el más joven, alzó la mirada. Se quedó escuchando un momento, pero no se oyeron otras palabras más.

—Está bien —dijo Vivian con impaciencia—. Vámonos.

Garry asintió.

—Adiós, útero —rezongó.

Empinándose, apretó el botón rojo que haría venir al Dr. Rafferty.

El Dr. Rafferty estaba diciendo:

—Nuestros amiguitos se excitan de vez en cuando. Han decidido que son tan hombres como cualquiera de los que haya en la casa —condujo a Cussick a la rampa superior—. Esto será interesante… la primera vez que va usted a verlo. No se extrañe: puede causarle un sobresalto. Son completamente diferentes de nosotros; en el aspecto fisiológico me refiero.

En el undécimo piso ya los primeros elementos del Refugio se hacían visibles: las complicadas bombas que mantenían su atmósfera y su temperatura. Circulaban por allí doctores en lugar de policías, uniformes blancos en vez de pardos. En el decimocuarto piso Rafferty bajó de la rampa ascendente y Cussick le siguió.

—Están llamándole a usted —le dijo un doctor a Rafferty—. Se muestran muy perturbados estos últimos días.

—Gracias —dirigiéndose a Cussick, Rafferty explicó—: Puede usted mirar por esa pantalla. No quiero que ellos le vean. No deben darse cuenta de la vigilancia de la Policía.

Se retiró un trozo de la pared. Más allá estaba el goteante paisaje

verdeazulado del Refugio. Cussick vio cómo el doctor Rafferty penetraba por el boquete y entraba en el mundo artificial que se extendía a continuación. Inmediatamente la alta figura fue rodeada por siete curiosas parodias, miniaturas enanas, tanto machos como hembras. Los siete estaban agitados, y sus frágiles pechos, parecidos a jaulas de pájaros, caían y se alzaban por la emoción. Gritando estridentemente, muy excitados, empezaron a explicarse y a gesticular.

—¿Qué pasa? —interrumpió Rafferty.

En el espeso vapor del Refugio jadeaba buscando aliento; el sudor corría a gotas por su rostro enrojecido.

—Queremos marcharnos de aquí —pidió una mujercita.

—Y nos vamos —anunció otro, un varoncito—. Hemos decidido que no pueden ustedes tenernos encerrados aquí. Tenemos derechos.

Durante algún rato Rafferty discutió con ellos la situación; luego, abruptamente, dio media vuelta y regresó por el boquete.

—Es el límite máximo —le susurró a Cussick, enjugándose la frente —. Puedo resistir ahí dentro tres minutos, pero luego el amoníaco empieza a actuar.

—¿Va usted a dejarles probar? —preguntó Cussick.

—Preparen el Van —ordenó Rafferty a sus técnicos—. Ténganlo listo para recogerlos cuando se desmayen. El Van es un pulmón de acero hecho ex-profeso para ellos —le explicó a Cussick—. No habrá mucho riesgo; son frágiles, pero estaremos preparados para recogerlos antes de que sufran ningún daño.

No todos los mutantes abandonaban el Refugio. Cuatro figuras vacilantes iban abriéndose camino por el pasillo que conducía al ascensor. Tras ellos, sus tres compañeros permanecían en la seguridad de la entrada, apretujados en un grupo compacto.

—Esos tres son más realistas —dijo el doctor Rafferty—. Y más viejos. El que es un poquitín corpulento, el de los cabellos negros y aspecto más humano, es Frank. Son los jóvenes los que nos preocupan. Tengo que hacerlos pasar por una serie gradual de estadios hasta aclimatar sus sistemas altamente vulnerables; de lo contrario se asfixiarían, o morirían al parárseles el corazón. Lo que necesito es que se ocupe usted de despejar las calles —añadió, malhumorado—. No quiero que nadie los vea; es tarde y no habrá mucha gente fuera, pero de todos modos…

—Telefonearé a la Secpol —contestó Cussick.

—¿Cuánto tardarán en eso?

—Unos cuantos minutos. Los policías armados están de servicio

permanente, a causa de Jones y de las turbas.

Tranquilizado, Rafferty salió corriendo, y Cussick buscó un teléfono para llamar a la Policía de Seguridad. Lo encontró, se puso en contacto con la oficina de San Francisco, y dio sus instrucciones. Mientras mantenía abierto el circuito telefónico, los equipos de policía aérea empezaron a congregarse alrededor del edificio del Refugio. Cussick permaneció en contacto directo hasta que se montaron las barreras en las calles, y luego soltó el teléfono y buscó a Rafferty.

En el ascensor los cuatro mutantes habían bajado hasta el nivel de la calle. Tropezando, arrastrándose torpemente, siguieron al doctor Rafferty por el vestíbulo, cuyas puertas conducían a la calle.

No se observaba a ningún coche. La policía había alejado con éxito a cualquier curioso. En la esquina una forma lúgubre rompía la extensión grisácea; el Van estaba aparcado, con el motor en marcha, dispuesto a salir en seguimiento de los gnomos.

—Allá van —dijo un doctor, colocándose junto a Cussick—. Tengo la esperanza de que Rafferty sabrá lo que hace —señaló—. Aquella figurilla casi bonita es Vivian. Es la hembra más joven. El muchacho es Garry, muy brillante, muy inestable. Aquella otra es Dieter; y su compañero, Louis. Hay un octavo, una criatura, todavía en la incubadora. No se les ha dicho aún.

Las cuatro figuras diminutas estaban sufriendo a ojos vistas. Semiinconscientes, dos de ellas presas de las convulsiones, se arrastraban en forma lastimosa escalones abajo, tratando de mantenerse en pie. No llegaron lejos. Garry fue el primero en bajar; se tambaleó un momento en el último escalón y luego cayó de bruces sobre el cemento. Temblándole el cuerpecillo, trató de arrastrarse adelante; sin ver, los demás se tambaleaban a lo largo de la acera, no dándose cuenta de la empinada forma que había entre ellos, demasiado abatidos ya para registrar su existencia.

—Bueno —jadeó Dieter—, ya estamos afuera.

—Lo… hicimos —admitió Vivian.

Se dejó caer pesadamente descansando contra el costado del edificio. Un momento más tarde Dieter se hundió a su lado, cerrando los ojos, abierta la boca de par en par, luchando débilmente por ponerse en pie. Y luego, Louis se abatió junto a ella.

Descorazonados, sorprendidos por la rapidez de su colapso, los cuatro se apelotonaron débilmente contra el pavimento gris, tratando de respirar, tratando de continuar vivos. Ninguno de ellos realizaba ya intento alguno de moverse; el propósito de la prueba se había olvidado. Sufriendo, luchando por mantenerse conscientes, miraron

sin ver a la erguida figura del doctor Rafferty.

Rafferty se había detenido, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Esto es lo que hay —dijo estólidamente—. ¿Queréis continuar?

No contestó ninguno de ellos; ninguno de ellos le había oído.

—Vuestro sistema orgánico no admite el aire natural —continuó Rafferty—. Ni la temperatura. Ni la comida. Ni nada.

Miró a Cussick, con una expresión de dolor en su rostro, un agudo reflejo de sufrimiento que sorprendió al oficial de la Seguridad.

—Así pues, renunciemos —dijo ásperamente—. Llamemos al Van y regresemos.

Vivian asintió desmayadamente; sus labios se movieron, pero no se oyó sonido alguno.

Volviéndose, Rafferty hizo una breve señal. El Van se puso a rodar instantáneamente; un equipo robot se deslizó por el pavimento y recogió a las cuatro figuras desmayadas. En pocos instantes fueron subidas a las cámaras del Van. La expedición había fracasado; se acabó. Cussick había podido echarles un vistazo. Había visto la lucha y la derrota de los hombrecitos.

Durante algún rato él y el doctor Rafferty se quedaron en la acera, en mitad de la noche fría, sin hablar, absorto cada uno en sus propios pensamientos. Por último Rafferty se movió.

—Gracias por despejar las calles —murmuró.

—Me alegro de haber tenido tiempo —contestó Cussick—. Podría haber surgido algún incidente… Algunas de las patrullas de la Liga de la Juventud de Jones están rondando en torno.

—¡El eterno Jones! ¿Es que no vamos a tener ninguna esperanza?

—Hagamos como esos cuatro que acabamos de ver; sigamos probando.

—Pero, ¿es verdad?

—Completamente verdad —admitió Cussick—. Tan verdad como que esos cuatro mutantes suyos no pueden respirar aquí fuera. Pusimos barreras móviles por todas partes y despejamos las calles, y esperábamos haberles podido rechazar esta vez.

—¿Ha visto usted alguna vez a Jones?

—Varias veces —contestó Cussick—. Lo vi cara a cara mucho antes de que tuviera una organización; aún antes de que alguien hubiese oído hablar de él.

—Cuando era un ministro —insinuó Rafferty—. Con una iglesia.

—Antes de eso —dijo Cussick, rememorando.

Le parecía imposible que hubiese existido una época antes de

Jones, una época en que no había necesidad alguna de despejar las calles. Cuando no había figuras uniformadas de gris mugiendo por las calles, reuniéndose en turbas. El crujido de cristales rotos, el furioso crepitar de incendios…

—¿Qué hacía él entonces? —preguntó Rafferty.

—Estaba en una feria —dijo Cussick.

II

Tenía él veintiséis años cuando vio a Jones por primera vez. Era el 4 de abril de 1995. Siempre se acordaría de aquel día; el aire de primavera estaba fresco y lleno del aroma de la granazón nueva. La guerra había acabado apenas el año anterior.

Delante de él se desplegaba una larga cuesta en descenso. Las casas estaban colgadas aquí y allá, la mayoría construidas privadamente, refugios temporales y caducos. Calles rudimentarias, trabajadores en el camino… Una típica comarca rural que había sobrevivido, muy alejada de los centros industriales. Normalmente se habría oído allí el zumbido de múltiples actividades: carpinterías, forjas y vastos procesos de fabricación. Pero aquel día una gran quietud pesaba sobre la comarca. Muchos de los adultos capaces de desempeñar un trabajo y todos los niños se habían acercado a la feria.

El terreno se mostraba blando y húmedo bajo sus zapatos. Cussick caminaba ansiosamente porque él también iba a la feria. Tenía un empleo.

Los empleos eran escasos; le alegró poder conseguir uno. Como otros jóvenes intelectualmente simpatizantes del Relativismo de Hoff, había solicitado entrar al servicio del Gobierno. El aparato de Fedgov ofrecía una oportunidad de verse contratado en la tarea de la Reconstrucción: al mismo tiempo que ganaba un salario pagado en plata contante y sonante, ayudaba al género humano.

Por aquellos días era un idealista.

Específicamente, había sido asignado al Departamento del Interior. En el centro Antipol de Baltimore había recibido un adiestramiento político y luego había tomado contacto con la Secpol: el brazo de la Seguridad. Pero la tarea de suprimir sentimientos extremistas políticos y religiosos parecía un trabajo meramente burocrático en 1995. Nadie lo tomaba en serio; con un racionamiento de subsistencia capaz para el mundo entero, el pánico había desaparecido. Todo el mundo estaba seguro ahora de su manutención básica. El fanatismo de los años de guerra había desaparecido de la existencia tan pronto como un control racional recuperó su posición anterior a la inflación.

Delante de él, extendida como una hoja de papel de estaño, la feria aparecía apelotonada. Las estructuras principales eran diez edificios metálicos, desplegando brillantes letreros de neón. Un camino central conducía hasta el centro: un cono dentro del cual se habían montado asientos. Allí tendrían lugar las actuaciones básicas.

Ya podía ver el primer espectáculo familiar. A fuerza de empujones, Cussick se abrió camino entre la compacta masa de gente. El olor a sudor y tabaco se alzaba a su alrededor, un olor excitante. Deslizándose junto a una familia de enfurecidos campesinos, llegó hasta el borde de la primera exhibición y alzó la mirada.

La guerra, con sus fuertes radiaciones y complicadas enfermedades, había producido innumerables fenómenos, monstruos, rarezas. Aquí en esta feria de segunda categoría se había congregado una gran variedad de ellos.

Directamente por encima de su cabeza vio a un multi-hombre, una revuelta masa de carne y de órganos. Cabezas, brazos, piernas se enredaban lúgubremente; la criatura resultaba absolutamente indefensa y era un retrasado mental. Afortunadamente, sus vástagos serían normales; los multiorganismos no eran mutantes verdaderos.

—Espantoso —dijo horrorizado detrás de él un ciudadano corpulento, de rizada cabellera—. ¿No es eso horrible?

Otro hombre, delgado y alto, observó con tono indiferente:

—Vi un montón de esos en la guerra. Quemamos todos los que pudimos; era una especie de colonia.

El hombre corpulento parpadeó, mordió fuertemente su manzana azucarada, y se apartó del veterano de guerra. Guiando a su mujer y a tres niños, vino a colocarse al lado de Cussick.

—¡Es horrible!, ¿verdad? —murmuró—. Todos esos monstruos.

—Desde luego —admitió Cussick.

—No sé por qué vengo a ver estas cosas —el hombre corpulento señaló a su mujer y a sus chiquillos, todos los cuales seguían comiendo estólidamente sus palomitas y sus arropías—. A ellos les gusta venir. Las mujeres y los críos son así.

Cussick dijo:

—Bajo el Relativismo, tenemos que dejarles vivir.

—Desde luego —concedió el hombre gordo, asintiendo enfáticamente.

Se le quedó pegado al labio superior un trozo de manzana azucarada; se lo quitó con una manaza llena de pecas.

—Tienen sus derechos, lo mismo que todo el mundo. Como usted y como yo, caballero. También ellos tienen sus vidas.

Habiéndose acercado por la valla colocada ante el espectáculo, el escuálido veterano de guerra volvió a tomar la palabra.

—Eso no se aplica a los monstruos. Y eso es lo que es esa gente.

El hombre corpulento se arreboló. Moviendo seriamente su mano manchada de manzana contestó:

—Caballero, es muy posible que ellos piensen que somos *nosotros* los monstruos. ¿Alguien puede decir quién es y quién no es un monstruo?

Disgustado, el veterano replicó:

—Yo puedo decir muy bien quién es un monstruo —se quedó mirando a Cussick y al hombre corpulento con desagrado—. ¿Qué son ustedes, aficionados a los monstruos? —preguntó.

El hombre gordo escupió y se engalló; pero su mujer le agarró del brazo y le arrastró lejos, dentro de la muchedumbre, hacia otra exposición. Todavía protestando, desapareció de allí. Cussick se quedó haciéndole cara al veterano de guerra.

—Maldito estúpido —dijo el veterano—. Eso es contrario al sentido común. Cualquiera ve enseguida que son monstruos. ¡Dios mío, para eso estamos aquí!

—Pero él también tiene razón —objetó Cussick—. La ley concede a todo el mundo el derecho.

—Que se vaya al cuerno el Relativismo. ¿Es que reñimos una guerra, derrotamos a aquellos judíos y ateos y rojos, para que la gente pueda tener la monstruosidad que le dé la gana? ¿Es que puede uno creer a la primera basura de cabeza de huevo?

—Nadie derrotó a nadie —contestó Cussick—. Nadie ganó la guerra.

Un pequeño corro de gente se había detenido a escuchar. El veterano se dio cuenta de su presencia e inmediatamente sus ojos fríos se apagaron y desvió la mirada. Gruñó, lanzó una última mirada hostil a Cussick, y desapareció en medio de los grupos. Desencantada, la gente siguió andando.

El monstruo siguiente era en parte humano, en parte animal. En algún momento a lo largo de aquella época habían ocurrido acoplamientos entre especies; el suceso estaba, desde luego, perdido en las sombras de pesadilla de la guerra. Cuando levantó la mirada, Cussick trató de averiguar cuáles habrían sido los progenitores originales; seguramente uno había sido un caballo. Con toda probabilidad este monstruo era un engaño injertado artificialmente, pero convencía visualmente. De la guerra habían llegado intrincadas

leyendas de progenie humano-animal, exagerados relatos de grupos puramente humanos que habían degenerado, historias eróticas de cópulas entre mujeres y bestias.

Había niños con muchas cabezas; una broma corriente. Pasó junto al despliegue usual de parásitos que vivían sobre anfitriones emparentados. Monstruos humanoides con plumas, con rabo, con alas o escamas charloteaban y gruñían por todas partes: infinitas rarezas de genes deteriorados. Gente con los órganos internos colocados fuera de la pared dermal; otros sin ojos, sin caras, incluso sin cabeza; monstruos con miembros ensanchados y alargados y de múltiples articulaciones; lastimosas criaturas mirando desde dentro de otras criaturas. Un grotesco panorama de organismos mal conformados: miserias permanentes que no dejarían rastro, monstruos que sobrevivían por la exhibición de sus propias cualidades monstruosas.

En el área principal los animadores estaban empezando su actuación. No meros monstruos, sino artistas legítimos con habilidades y talento. Exhibiéndose no ellos mismos, sino más bien sus capacidades insólitas. Danzarines, acróbatas, volatineros, comedores de fuego, luchadores, domadores de animales, payasos, jinetes, buzos, hombres fuertes, magos, adivinos, bonitas muchachas; actuaciones que se venían repitiendo desde hacía miles de años. Nada nuevo: sólo los monstruos eran nuevos. La guerra produjo monstruos nuevos, pero no nuevas habilidades.

O por lo menos, eso era lo que él pensaba. Pero todavía no había visto a Jones. Nadie le había visto aún en aquel entonces; era demasiado pronto. El mundo seguía recobrándose, reconstruyéndose: su tiempo no había llegado todavía.

A su izquierda guiñaba y centelleaba el furioso despliegue de una exhibición de muchachas. Con algún interés espontáneo, Cussick se permitió ser arrastrado por la multitud.

Cuatro muchachas estaban tendidas en la alta plataforma, con los cuerpos en una relajación de aburrimiento. Una estaba recortándose las uñas con unas tijeras; las otras miraban con expresión vacía a la multitud de hombres que estaban abajo. Naturalmente, las cuatro estaban desnudas. A la débil luz del sol su carne relucía tenuemente luminosa, aceitada, sonrosada, con vellos suaves. El anunciador chillaba metálicamente por el megáfono. Su voz se perdía en un estrépito de ruidos confusos. Nadie prestaba la menor atención a lo que decía. Los que sentían algún interés alzaban las miradas hacia las muchachas. Detrás de éstas había un ligero edificio tapado con sábanas, en el que tenía lugar la representación.

—Oye —le dijo una de las muchachas.

Sorprendido, Cussick se dio cuenta de que le estaba hablando a él.

—¿Qué? —preguntó nerviosamente.

—¿Qué hora es? —le dijo la chica.

Precipitadamente, Cussick examinó su reloj de pulsera.

—Las once y treinta.

La muchacha se apartó del tabladillo y vino a situarse en el filo de la plataforma.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó ella.

Rebuscándose en los bolsillos, Cussick dio por fin con el paquete. Lo sacó.

—Gracias.

Bamboleando los pechos, la muchacha se agachó y aceptó un cigarrillo. Después de una pausa incierta, Cussick buscó su encendedor y le dio lumbre. Ella le sonrió. Era una mujer pequeña y muy joven, con cabellos y ojos castaños, piernas esbeltas y pálidas y ligeramente mojadas de sudor.

—¿Has venido a ver la función? —preguntó ella. Él no tenía esa intención.

—No —dijo.

Los labios de la muchacha se fruncieron en una mueca burlona.

—¿No? ¿Por qué no? —la gente que estaba a su alrededor observaba divertida—. ¿No te interesa? ¿Eres uno de *ésos*?

La gente en torno a Cussick reía y hacía muecas. Empezó a sentirse embarazado.

—Eres muy listo —dijo la muchacha perezosamente.

Se puso en cuclillas, con el cigarrillo entre sus labios rojos, descansando los brazos sobre sus rodillas desnudas y protuberantes.

—¿No tienes cincuenta dólares? ¿Puedes procurártelos?

—No —contestó Cussick, atrapado en la red—. No puedo procurármelos.

—¡Huy! —traviesamente, pretendiendo estar decepcionada, la muchacha alargó la mano y revolvió la bien peinada cabellera de Cussick—. Eso está muy mal. Quizá te admita gratis. ¿Te gustaría estar conmigo por nada? —haciéndole un guiño, le sacó la punta de la lengüecilla sonrosada—. Puedo enseñarte un montón de cosas. Te quedarías sorprendido de las técnicas que conozco.

—Pasa el sombrero —rezongó un hombre calvo y sudoroso a la derecha de Cussick—. Vamos a hacer una colecta para este joven.

Una carcajada general se levantó en torno y unas cuantas monedas de cinco dólares fueron arrojadas adelante.

—¿Es que no te gusto? —le preguntaba la muchacha, inclinándose hacia él y poniéndole una mano en el cuello—. ¿Crees que no podrías? —insinuante, con voz ronca, seguía murmurando—: Estoy segura de que podrías. Y toda esta gente piensa también que podrías. Van a ver. No te preocupes. Yo te enseñaré cómo.

De pronto, le cogió fuertemente por la oreja.

—Tú; sube aquí. Tu mamaíta va a enseñarle a todo el mundo lo que sabe hacer.

Un rugido de risotadas estalló en la multitud, y Cussick fue empujado adelante e izado. La muchacha le soltó la oreja y alargó los dos brazos para cogerle; en aquel momento él torció el cuerpo y volvió a caer en la masa de gente. Después de un corto intervalo de empujones y carreras, se vio lejos de la multitud, respirando penosamente, jadeando, tratando de arreglarse la chaqueta y de recuperar su *savoir faire*.

Nadie le prestaba la menor atención, por lo que siguió andando sin meta alguna, con las manos en los bolsillos y con el aire más despreocupado que pudo. La gente afluía por todas partes, la mayoría dirigiéndose hacia las funciones principales y al área central. Se apartó cuidadosamente de aquella marea creciente; el sitio más seguro estaba en las exhibiciones de la periferia, lugares abiertos donde se distribuían folletos y se pronunciaban discursos, congregándose pequeños corros en torno a algún orador aislado. Se preguntó si el delgado veterano de guerra habría sido un fanático; quizás había identificado a Cussick como miembro de la Policía de Seguridad.

La exhibición de muchachas constituía una especie de tierra de nadie entre la monstruosidad y el talento. Más allá del escenario de las chicas se alzaba la tarima del primer adivino, uno de tantos.

—Son charlatanes —le dijo el hombre corpulento de cabello rizado; estaba con su familia junto a un mostrador de lanzamiento de dardos, tratando de ganar un jamón holandés de veinte libras—. Nadie puede leer el futuro; esos son cuentos para chicos.

Cussick se echó a reír.

—Y eso no es un jamón holandés de veinte libras. Probablemente está hecho de cera.

—Voy a ganar ese jamón —afirmó el hombre con naturalidad.

Su esposa no dijo nada, pero sus hijos tenían toda clase de confianza en la habilidad de su padre.

—Esta noche me llevo el jamón a casa.

—Pues yo quizá vaya a que me echen la buenaventura —dijo Cussick.

—Buena suerte, caballero —le deseó caritativamente el hombre de los rizos.

Se volvió hacia la diana de los dardos: un gran telón de fondo de los nueve planetas, acribillados por infinitas aproximaciones. Su centro virgen, una Tierra increíblemente diminuta, permanecía intocado. El corpulento y rizado ciudadano echó el brazo hacia atrás y ordenó el vuelo; el dardo, atraído por un disimulado electroimán desviador, falló la Tierra y hundió su punta de acero en un espacio vacío poco más allá de Ganímedes.

En la primera tiendecilla de adivinos, una mujer vieja, de oscuros cabellos y muy gorda, estaba sentada junto a una mesa cuadrada sobre la que se hallaba dispuesto un aparato inmemorial: un globo transparente. Varias personas guardaban cola para pagar sus veinte dólares. Un anuncio de neón comunicaba:

Conozca usted su fortuna. Madame Lulú Carima-Zelda.
Sabe el Futuro.
Esté preparado para todas las eventualidades.

Allí no había nada de particular. La mujer vieja farfullaba la rutina tradicional, contentando a las mujeres otoñales que aguardaban en cola. Pero inmediatamente a continuación del tenderete de Madame Lulú Carima-Zelda, había un segundo, ruinoso e ignorado. Otro adivino estaba sentado allí. Pero la brillantez barata de Madame Carima-Zelda desaparecía en la nueva tienda; el deslumbrante nimbo se agotaba en lúgubre oscuridad. Ya Cussick no andaba entre las cambiantes luces fluorescentes; estaba en una gris zona crepuscular entre mundos chillones.

En la desnuda tarima estaba sentado un joven que no tendría mucha más edad que él mismo, quizás incluso menos. Su cartel intrigó a Cussick.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD
(NO SE ADIVINAN DESTINOS PARTICULARES)

Durante algún rato Cussick se quedó estudiando al joven. Estaba sentado en una silla astrosa, fumando malhumoradamente y mirando al espacio con ojos vacíos. Nadie aguardaba en la taquilla: el tenderete era ignorado. Él tenía el rostro bordeado por una barbilla rala; un rostro extraño, de un rojo hinchado y profundo, con frente saltona,

gafas de acero, labios enfurruñados como los de un niño. Parpadeaba con rapidez; daba chupadas al cigarrillo, se remangaba nerviosamente las mangas de la camisa. Sus brazos desnudos eran pálidos y delgados. Era una figura intensa y sombría, sentada solitariamente en un trozo vacío de la plataforma.

No se adivinan destinos particulares. Un curioso señuelo para un espectáculo; nadie podía estar interesado en destinos abstractos, en futuros de agrupaciones. Aquello daba a entender que el adivino no era muy bueno; el cartel implicaba vagas generalidades. Pero Cussick se sentía interesado. Aquel hombre estaba condenado antes de empezar, y, sin embargo, seguía sentado allí. Después de todo, el decir la buenaventura era un noventa y nueve por ciento de teatro y el resto un cálculo astuto. De la manera más sencilla podría haber aprendido los anzuelos tradicionales; ¿por qué elegía entonces aquella solicitación tan brusca? Era algo deliberado, evidentemente. Cada línea del cuerpo encorvado y feo mostraba que el hombre se había apegado a aquello; que estaba apegado a aquello desde sabe Dios cuánto tiempo hacía. El cartel se veía carcomido y desgarrado; tal vez hacía años desde su estreno.

Aquel era Jones. Pero por aquella época, naturalmente, Cussick no lo sabía.

Inclinándose hacia la tarima, Cussick se puso las manos en forma de bocina y gritó:

—Oiga.

Al cabo de un minuto la cabeza del joven se volvió. Sus ojos se encontraron con los de Cussick. Ojos grises, pequeños y fríos bajo los gruesos cristales de sus gafas. Parpadeó y le devolvió la mirada sin hablar, sin moverse. Sus dedos tamborileaban incansablemente sobre la mesa.

—¿Por qué? —preguntó Cussick—. ¿Por qué nada de destinos particulares?

El joven no contestó. Gradualmente su mirada fue apagándose, volvió la cabeza y una vez más se quedó mirando sin ver la mesa desnuda.

No cabía duda acerca de aquello: aquel muchacho no tenía un negocio en serio, no seguía ninguna línea. Algo estaba equivocado; estaba fuera de juego. Los otros animadores se contorsionaban, aullaban, echaban (a veces literalmente) los pulmones por la boca para llamar la atención, pero aquel muchacho se limitaba a estar sentado y a mirar como un loco. No realizaba movimiento alguno para hacer negocio, y no lo hacía. ¿Por qué, entonces, estaba allí?

Cussick titubeó. Aquel no parecía un sitio muy apropiado para husmear; realmente estaba despilfarrando el tiempo del Gobierno. Pero se le había despertado el interés. Venteaba un misterio, y no le gustaban los misterios. Con mucho optimismo, creía que las cosas podían ser resueltas; le gustaba que el universo tuviera sentido. Y aquello desafiaba todo sentido de una manera escandalosa.

Cussick subió los escalones y se aproximó al joven.

—Está bien —dijo—. Morderé el anzuelo.

Los escalones crujieron bajo sus pisadas. Se vio en una pobre plataforma, inestable e insegura. Cuando se sentó frente al joven, la silla gimió bajo su peso. Ahora que estaba más cerca podía ver que la piel del muchacho estaba moteada de profundas manchas descoloridas que podían haber sido injertos en la epidermis. ¿Era que lo habían herido en la guerra? Flotaba a su alrededor un olor tenue a medicinas, dando a entender que tenía cuidado de su cuerpo frágil. Sobre el abombamiento de su frente, el cabello se le arremolinaba, su traje le colgaba en arrugas del cuerpo huesudo. Ahora estaba mirando fijamente a Cussick, examinándolo, estudiándole despaciosamente.

Pero no con miedo. Había en él una torpe crudeza, una crispación incierta de su cuerpo anguloso. Pero sus ojos eran duros e inflexibles. Se mostraba torpe, pero no asustado. No era ninguna personalidad débil la que estaba afrontando a Cussick; era un muchacho bastote y resuelto. Las ganas de bromear de Cussick desaparecieron rápidamente; de pronto sintió un temor vago. Había perdido la iniciativa.

—Veinte dólares —dijo Jones.

Con torpeza, Cussick rebuscó en sus bolsillos.

—¿A cambio de qué? ¿Qué voy a obtener?

Al cabo de un momento, Jones explicó:

—¿Ve eso?

Señaló una rueda sobre la mesa. Dando hacia atrás a una palanca, la soltó. La manecilla que giraba sobre la rueda se movía lentamente, acompañada por un penoso chirriar metálico. El disco de la rueda estaba dividida en cuatro cuadrantes.

—Dispone usted de ciento veinte segundos. Pregunte lo que quiera. Luego, el tiempo se le acabará.

Cogió el dinero y se lo metió en un bolsillo de la chaqueta.

—¿Preguntar? —dijo Cussick torpemente— ¿Preguntar sobre qué?

—Sobre el futuro.

Había desprecio en la voz del muchacho, un desprecio no disimulado, un desprecio evidente. Estaba claro; desde luego que el

futuro. ¿Qué otra cosa iba a ser? Con irritación, sus dedos largos y delgados golpeaban sobre la madera. Y la rueda giraba.

—Pero ¿nada personal? —preguntó Cussick— ¿Nada sobre mí mismo?

Torciendo los labios espasmódicamente, Jones disparó la respuesta:

—Naturalmente que no. Usted es un don nadie. Usted no cuenta.

Cussick parpadeó. Turbado, sintiendo que las orejas se le arrebolaban, contestó con la mayor naturalidad posible:

—Quizás está usted equivocado. Quizá soy alguien.

Un tanto caldeado, estaba pensando en su posición: ¿qué diría este rústico patán si supiese que estaba frente a un hombre del Servicio Secreto de Fedgov? Tenía en la punta de la lengua aquella respuesta airada, confesar su papel para defenderse de esa forma. Naturalmente, aquello sería salirse de la Seguridad. Pero se sentía molesto e inseguro.

—Ha gastado usted ya noventa segundos —le notificó Jones desapasionadamente.

Luego su voz pétrea e incolora siguió diciendo:

—¡Por el amor de Dios, *pregunte* usted algo! ¿Es que no quiere saber nada? ¿No siente curiosidad?

Humedeciéndose los labios, Cussick dijo:

—Bueno, ¿qué hay en el futuro? ¿Qué va a suceder?

Disgustado, Jones meneó la cabeza. Suspiró y aplastó su cigarrillo. Por un momento pareció como si no fuese a contestar; estaba concentrado sobre el aplastado cigarrillo deshecho bajo la suela de su zapato. Luego se incorporó y dijo cuidadosamente:

—Preguntas concretas. ¿Quiere que formule una por usted? Muy bien; lo haré. Pregunta: ¿quién será el próximo presidente del Consejo? Respuesta: el candidato Nacionalista, un individuo insignificante llamado Ernest T. Saunders.

—¡Pero si los Nacionalistas no son un partido! No son más que un grupo religioso dividido en mil tendencias…

Sin hacerle caso, Jones prosiguió:

—Pregunta: ¿qué son los derivantes? Respuesta: seres de más allá del sistema solar; origen desconocido, naturaleza desconocida.

Desconcertado, Cussick vaciló.

—¿Desconocidos hasta qué momento? —se aventuró a decir.

Haciendo acopio de todo su valor, añadió:

—¿Con qué anticipación puede usted ver?

Sin especial inflexión en la voz, Jones contestó:

—Puedo ver sin error en el espacio de un año. Después de ese tiempo todo se enturbia. Puedo ver acontecimientos trascendentales,

pero los detalles específicos se emborronan y no consigo nada concreto. Por lo que puedo ver, el origen de los derivantes es todavía desconocido. —Mirando a Cussick, añadió—: Los menciono porque van a ser la cuestión más importante a partir de ahora.

Se quedó con la vista quieta y clavada en paisajes irreales.

—Ya lo son —dijo Cussick, recordando los últimos titulares sensacionales en la prensa barata: VUELOS DE NAVES DESCONOCIDAS DETECTADOS POR PATRULLAS EXPLANETARIAS—. ¿Dice usted que son seres? ¿Que no son naves? No le comprendo bien; ¿quiere usted decir que lo que hemos visto son verdaderas criaturas vivientes y no sus construcciones artificiales…?

—Vivas, sí —le interrumpió Jones con impaciencia, casi febrilmente—. Pero Fedgov lo sabe ya. Es cierto, en los altos niveles tienen informes detallados. Los informes saldrán a la luz dentro de pocas semanas; los muy cabritos están apartándolos del público. Un derivante muerto fue traído por un explorador que volvía de Urano… —de pronto, la rueda cesó de chirriar y Jones se echó hacia atrás en su silla, cortándose su flujo de agitadas palabras—. Su tiempo ha acabado —anunció—. Si quiere usted saber más cosas, tendrá que pagar otros veinte dólares.

Aturdido, Cussick se alejó de él, bajó los escalones y se retiró de la plataforma.

—No, gracias —murmuró—. Con esto es suficiente.

III

A las cuatro le recogió el coche de la policía y le llevó de vuelta a Baltimore. Cussick estaba en efervescencia. Excitadamente, encendió un cigarrillo, lo aplastó a las pocas chupadas y luego encendió otro. Tal vez había conseguido algo; tal vez nada. Los edificios del Servicio Secreto en Baltimore se alzaban como un enorme cubo de cemento sobre la superficie de la tierra, a unos dos kilómetros de la ciudad. Alrededor del cubo inmenso se erguían puntos metálicos: coordinados bloques de casas que eran las bocas de complicados túneles subterráneos. En el cielo azul de primavera colgaban perezosamente unas cuantas minas aéreas interceptoras manejadas por robots. El coche de la policía aflojó la marcha al llegar a la primera estación de control; guardias empuñando pistolas automáticas, con granadas de mano colgando de sus cintos y cascos de acero relucientes al sol, vigilaban plácidamente.

Una inspección rutinaria. El coche continuó, siguió su camino a lo largo de una rampa y penetró en el área de recepción. En aquel momento Cussick fue desalojado; el coche entró en el garaje y él se vio de pie y solo ante la escalera mecánica, con la mente todavía en un torbellino. ¿Cómo se suponía que él debería evaluar lo que había descubierto?

Antes de hacer su informe a Pearson, el director de Seguridad, se desahogaría en uno de los niveles pedagógicos. Un momento más tarde se vio en la atareada oficina de su jefe instructor político.

Max Kaminski estaba examinando afanosamente papeles amontonados sobre su mesa. Transcurrió algún rato antes de que observara la presencia de Cussick.

—El hogar es el marino —observó, continuando su trabajo—. Hogar desde el mar. Y el cazador también, si venimos al caso. ¿Qué otea usted en las colinas, esta hermosa tarde de abril?

—Quería preguntarle algo —dijo Cussick torpemente— antes de hacer mi informe.

Aquel hombrecillo rechoncho y carirredondo, de espesos bigotes y enmarañadas cejas, era quien lo había adiestrado; técnicamente,

Cussick no seguía ya bajo la jurisdicción de Kaminski, pero aún acudía en busca de su consejo.

—Sé lo que dice la ley… pero aquí depende mucho de la evaluación personal —continuó—. Parece existir una violación de estatuto, pero no estoy seguro de cuál es.

—Bueno —dijo Kaminski soltando su pluma estilográfica, quitándose las gafas y cruzando después sus manos carnosas—; como usted sabe, las violaciones entran en tres clasificaciones principales. Todo está basado en el *Manual de Relativismo* de Hoff; no tengo necesidad de decírselo —palmeó el libro familiar de encuadernación azul colocado en un ángulo de su mesa—. Vaya y dele otra hojeada a su ejemplar.

—Me lo sé de memoria —dijo Cussick con impaciencia—, pero todavía estoy confuso. El individuo en cuestión no está afirmando su gusto personal con aseveraciones de hecho; está haciendo aseveraciones acerca de cosas incognoscibles.

—¿Sobre qué?

—Sobre el porvenir. Pretende saber lo que va a suceder durante el año venidero.

—¿Predicción?

—Profecía —corrigió Cussick—. Si es que entiendo bien la distinción. Y yo opino que la profecía es algo que se contradice a sí mismo. Nadie puede tener un conocimiento absoluto acerca del futuro. Por definición, el futuro no ha sucedido. Y si existiera el conocimiento, éste cambiaría el futuro, lo que invalidaría el conocimiento.

—¿Quién era ese tipo? ¿Un adivino en una feria?

Cussick se ruborizó.

—Sí.

El bigote del viejo temblequeó irritadamente.

—¿Y va usted a dar un informe sobre eso? ¿Va usted a recomendar que se actúe contra algún truquista que trata de conseguir unos cuantos dólares leyendo en la palma de la mano en un circo ambulante? Los muchachos demasiado celosos como usted… ¿*Es que no se da cuenta de lo serio que es esto*? ¿No sabe usted lo que significa una condena? La pérdida de derechos civiles, la confinación en un campamento de trabajos forzados… —sacudió la cabeza—. Quiere destrozar a algún inofensivo adivino para causar buena impresión a sus jefes.

Con reprimida dignidad, Cussick replicó:

—Pero es que yo creo que verdaderamente se trata de una

violación de la ley.

—*Todo el mundo* viola la ley. Cuando le digo a usted que las aceitunas tienen un gusto terrible, técnicamente estoy violando la ley. Cuando alguien dice que el perro es el mejor amigo del hombre, está haciendo algo ilegal. Esto pasa a cada momento, pero no es eso lo que nos interesa.

En aquel momento Pearson entró en la oficina.

—¿Qué sucede? —preguntó malhumoradamente, alto y severo en su pardo uniforme de policía.

—Aquí nuestro joven amigo que ha traído una perla —dijo Kaminski ávidamente—. En la feria que estuvo recorriendo… ha desenterrado a un adivino.

Volviéndose hacia Pearson, Cussick trató de explicar:

—No se trata de un adivino corriente; de esos también había —notando que su voz titubeaba torpemente, siguió hablando con ímpetu—. Creo que este hombre es un mutante, un fenómeno de una clase u otra. Pretende saber la historia futura. Me dijo que alguien llamado Saunders va a ser el próximo presidente del Consejo.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Pearson con indiferencia.

—También me ha dicho ese hombre —prosiguió Cussick— que los derivantes van a resultar ser auténticas criaturas vivientes, no naves. Y que esto se sabe ya en los altos mandos.

Una expresión extraña cruzó por los rasgos impasibles de Pearson. En su mesa, Kaminski cesó abruptamente de escribir.

—¡Ah…! —exclamó Pearson débilmente.

—Me dijo —continuó Cussick— que los derivantes van a constituir el asunto más importante durante el año venidero. La cuestión más grave que haya que resolver.

Ni Pearson ni Kaminski dijeron nada. No tenían necesidad; Cussick podía apreciarlo en sus rostros. Había puesto el dedo en la llaga. Había suministrado la prueba que era necesaria.

Jones estaba empezando a ser conocido.

IV

Como medida inmediata, Floyd Jones fue sometido a una discreta vigilancia. Aquel sistema provisional continuó así durante un período de siete meses. En noviembre de 1995, el blanduzco y desvalido candidato del partido extremista de los Nacionalistas avanzó hasta las candilejas y ganó las elecciones para el Consejo General. A las veinticuatro horas de haber jurado su cargo Ernest T. Saunders, Jones fue detenido sin escándalo.

Durante aquel medio año Cussick había perdido mucha de su impulsividad juvenil. Su rostro era ahora más firme y más viejo. Pensaba más y hablaba menos. Y había adquirido bastante experiencia como hombre del Servicio Secreto.

En junio de 1995, Cussick había sido trasladado a la región danesa. Conoció allí a una muchacha del lugar, bonita, rolliza y muy independiente, que trabajaba en el departamento de Arte de un centro de información Fedgov. Nina Longstren era hija de un arquitecto influyente. Su familia era adinerada, talentuda y de gran brillo social. Incluso después de estar oficialmente casados, Cussick todavía la consideraba con temor respetuoso.

Las órdenes de las oficinas de la Policía de Baltimore llegaron mientras él y Nina estaban retocando su vivienda. Le costó algún tiempo caer en la cuenta de lo que se trataría; estaban en plena faena de pintura.

—Querida —le dijo él por fin—, creo que nos vamos a meter en un buen lío…

Por un momento Nina no contestó. Estaba estudiando intensamente patrones de colores, con los codos clavados en la mesa del recibidor, las manos cruzadas bajo la barbilla.

—¿El qué? —preguntó ella vagamente.

El recibidor era un muestrario de actividad; cubos de pintura, rodillos y pinceles yacían por todas partes. El mobiliario estaba cubierto con sábanas de plástico llenas de goterones. En la cocina y en los dormitorios había montones de objetos todavía no desembalados, de trajes, de muebles, de regalos de boda sin abrir aún.

—Perdona… no estaba escuchando.

Cussick se inclinó sobre ella y suavemente retiró de sus codos los patrones coloreados.

—Órdenes de la gran rueda. Tengo que regresar a Baltimore; van a formalizar un caso contra ese individuo Jones. Se supone que debo comparecer.

—¡Oh! —exclamó Nina débilmente—. Ya veo…

—No me llevará más de un par de días. Puedes quedarte aquí, si quieres —él no deseaba que ella se quedara; sólo llevaban casados una semana: técnicamente, él estaba pasando su luna de miel—. Nos pagarán a ambos los gastos de viaje; es lo que dice Pearson.

—Realmente no nos queda mucho que elegir, ¿verdad? —dijo Nina resignadamente.

Se levantó de la mesa y empezó a recoger los diversos cartones coloreados.

—Creo que lo mejor será que tapemos todos los botes de pintura.

Desalentada, empezó a echar aguarrás en un botecito donde introdujo los pinceles. Debajo de la mejilla izquierda tenía una mancha de pintura verde, que se había hecho probablemente al echarse hacia atrás su largo cabello rubio. Cussick cogió un trapito, lo mojó en el aguarrás y le limpió escrupulosamente la mancha.

—Gracias —dijo Nina tristemente, cuando él hubo acabado—. ¿Cuándo hemos de marcharnos? ¿Ahora mismo?

Él miró su reloj.

—Será mejor que lleguemos a Baltimore de noche; ahora están echándole mano al individuo. Eso significa que debemos tomar la nave de las ocho treinta en Copenhague.

—Voy a bañarme —dijo Nina obedientemente— y a cambiarme de ropa. Tú también tienes que hacerlo —con aire crítico, le pasó la mano por la barbilla—. Y te afeitarás.

Él dio su conformidad.

—¿Necesitas algo?

—¿Te pondrás el terno gris claro?

—Tendré que llevar el marrón. Recuerda que es un asunto de servicio. Durante las próximas doce horas vuelvo a estar en funciones.

—¿Significa eso que tenemos que ponernos solemnes y serios?

Él se echó a reír.

—No, desde luego que no. Pero este asunto me preocupa.

Nina frunció su hociquito.

—Preocúpate entonces. Pero no esperes que yo lo haga. Tengo otras cosas en las que pensar… ¿Te das cuenta de que no tendremos

acabado el piso hasta la semana que viene?

—Podríamos meter aquí a una pareja de trabajadores para completar la obra.

—¡Oh, no! —dijo Nina calurosamente.

Desapareció en el cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente y volvió. Desprendiéndose de los zapatos empezó a desnudarse.

—Esto lo haremos nosotros mismos. Ningún calzonazo va a entrar en esta casita. Esto no es una tarea; es… —buscó la palabra apropiada mientras se sacaba el suéter por encima de la cabeza—. Esta es nuestra vida juntos.

—Bueno —dijo Cussick secamente—, la verdad es que yo era uno de esos calzonazos hasta que me incorporé a la Seguridad. Pero haremos lo que quieras. Me gusta pintar; no me importa el qué.

—Pues debe importarte —dijo Nina críticamente—. Caramba, es de suponer que podré inculcar un poco de sensibilidad artística en tu alma burguesa.

—No digas que me debe importar. Ese es un crimen contra el Relativismo. A ti puede importarte todo lo que quieras, pero no me digas que tiene que importarme a mí también.

Riéndose, Nina se abalanzó contra él.

—Grandísimo idiota pomposo. Si lo tomas todo tan en serio, ¿qué voy a hacer contigo?

—No lo sé —confesó Cussick frunciendo el ceño—. ¿Qué vamos a hacer todos nosotros?

—Por lo visto eso te preocupa de verdad —observó Nina mirándole al rostro con turbación y seriedad en sus ojos azules.

Cussick se retiró de ella y empezó a recoger los montones de periódicos esparcidos por las habitaciones. Nina le miraba un tanto asustada, descalza, con el cabello rubio desparramado sobre sus lisos hombros.

—¿Puedes explicarme con más detalles de lo que se trata? —terminó por preguntar.

—Desde luego —dijo Cussick.

Se puso a rebuscar entre los periódicos, eligió uno, lo desplegó y se lo alargó a su mujer.

—Puedes leer lo que hay aquí mientras estás en el baño.

El artículo era largo y prominente.

MINISTRO QUE ARRASTRA A MULTITUDES
MÁS PRUEBAS DE UN RENACIMIENTO
RELIGIOSO DE ALCANCE MUNDIAL

Los ciudadanos acuden en manadas para oír cómo el ministro les habla de calamidades futuras. La infiltración por extrañas formas vivientes predicha con todo detalle.

Debajo de aquello había una foto de Jones, pero ya no más sentado en la plataforma de un tenderete de feria. Era un ministro consagrado ahora, llevando una arrugada levita negra, zapatos negros más o menos deteriorados, barba más o menos crecida. Un predicador peripatético rugiendo por los campos, arengando a turbas de campesinos. Nina echó una ojeada al artículo, leyó unas cuantas líneas, miró de nuevo la foto y luego, sin decir una palabra, dio media vuelta y se precipitó al cuarto de baño donde cerró el grifo. No devolvió el periódico; cuando reapareció, diez minutos más tarde, el periódico había desaparecido.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó Cussick con curiosidad.

Él había puesto la habitación en orden todo lo que pudo y empezaba a hacer la maleta.

—¿Con el periódico? —luminosa y humeante al salir del baño, Nina empezó a rebuscar en su tocador una muda limpia—. Lo leeré más tarde; ahora tenemos que ocuparnos de las maletas.

—Veo que no te importa un comino —dijo Cussick malhumorado.

—¿El qué?

—El trabajo que yo realizo. Todo este sistema.

—Querido, eso no es asunto mío —malignamente observó—: Después de todo, se supone que es una cosa secreta… No me gusta andar fisgando.

—Escucha —dijo él tranquilamente. Se le acercó, le puso una mano bajo la barbilla y le alzó el rostro hasta que ella no tuvo más remedio que mirarle cara a cara—. Cariño, tú sabías antes de casarte conmigo qué era lo que yo estaba haciendo. Ahora ya no es tiempo de protestar.

Por un momento se enfrentaron con expresiones desafiantes. Luego, con un rápido giro de la mano, Nina agarró un pulverizador del tocador y le roció la cara.

—Ve a afeitarte y a lavarte —le ordenó—. Y por el amor del cielo, ponte una camisa limpia. Tienes un cajón lleno. Quiero verte guapo en el viaje; no me hace ninguna gracia tener que avergonzarme de ti.

Bajo la nave, la extensión azul e insípida del Atlántico se alargaba hasta el infinito. Cussick la miraba con mal humor, y luego procuraba interesarse por la pantalla de televisión que brillaba en el respaldo del

asiento colocado delante de él. A su derecha, en el asiento de la ventanilla y vestida con un costoso traje sastre, Nina estaba sentada leyendo un ejemplar del *London Times* mientras de vez en cuando cogía una pastilla de menta de una cajita colocada a su alcance.

Desplegando de mala gana las órdenes recibidas, Cussick empezó a estudiar de nuevo el material a su disposición. Jones había sido detenido a las cuatro treinta de la madrugada en el distrito meridional de Illinois, cerca de una ciudad llamada Pinckneyville. No había opuesto resistencia alguna cuando la policía le sacó de su cabaña de madera, descrita técnicamente como su «iglesia». Ahora le tenían arrestado en el principal centro judicial de Baltimore. Era de presumir que hubiese sido extendido un auto de procesamiento por la oficina del Procurador General de Fedgov; la sentencia era ya una mera rutina. Había la necesidad de una aparición ante la Audiencia Pública, y que fuese dictada efectivamente la sentencia…

—Me pregunto si se acordará de mí —dijo Cussick en voz alta.

Nina bajó su *Times*.

—¿Cómo decías? Perdona, pero no te he oído, cariño. Estaba leyendo la crónica sobre el navío explorador que encalló en Neptuno durante un mes y tres días. Dios mío, debió de ser espantoso. Esos planetas helados, sin aire y sin luz; nada más que rocas muertas…

—Todo eso es inútil —admitió Cussick con calor—. Es un despilfarro que se hace del dinero de los contribuyentes, dedicándolo a esas exploraciones estúpidas.

Plegó las órdenes y volvió a metérselas en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Nina—. ¿Es el mismo de quien me hablaste, aquel que era adivino?

—El mismo.

—¿Y por fin lo han detenido?

—No ha resultado nada fácil.

—Yo creía que eso era lo más sencillo del mundo; que ustedes podían detener a cualquiera.

—Podemos, pero no queremos. Sólo se detiene a gente que realmente parece peligrosa; pero tú crees que yo debería detener a la prima de tu hermano porque va por todas partes diciendo que los cuartetos de Beethoven son la única música digna de oírse.

—Mira —dijo Nina indolentemente—, la verdad es que no recuerdo una palabra de lo que leí en el libro de Hoff. Lo teníamos en el colegio, naturalmente; es una asignatura obligada en Sociología. —Alegremente, concluyó—: La cuestión es que, por lo visto, el

Relativismo nunca me ha interesado… y ahora que estoy casada con un… —echó una mirada alrededor—. Me imagino que no debería decirlo. Todavía no consigo acostumbrarme a este clandestino husmear en torno.

—Se hace por una buena causa —dijo Cussick.

Nina suspiró.

—Me gustaría que trabajaras en otra cosa. En el negocio de cordones para los zapatos o incluso en el de postales indecentes. Cualquier cosa de la que pudieras enorgullecerte.

—Me siento orgulloso de esto.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Soy el lacero de la ciudad —dijo Cussick lacónicamente—. A nadie le gusta ver al hombre que coge los perros. Los niños rezan para que un rayo caiga sobre el lacero. Soy el dentista. Soy el recaudador de contribuciones. Soy todos los hombres serios que andan enarbolando pliegos de papel blanco, advirtiendo a las gentes que han de prepararse para el juicio. Yo no sabía eso hace siete meses. Ahora sí lo sé.

—Sin embargo, todavía continúas en el Servicio Secreto.

—Si —dijo Cussick—. Todavía continúo. Y probablemente continuaré por el resto de mi vida.

Nina vaciló.

—¿Por qué?

—Porque la Seguridad es el menor de dos males. Digo males. Naturalmente, tú y yo sabemos que no existe eso que se llama mal. Un vaso de cerveza resulta malo a las seis de la mañana. Un plato de setas parece un infierno antes de acostarse. Para mí, el espectáculo de demagogos enviando a millones de seres a la muerte, arruinando al mundo con guerras fanáticas y derramamientos de sangre, desgarrando naciones enteras para imponer una supuesta «verdad» filosófica o política, es… —se encogió de hombros—… algo obsceno. Asqueroso.

»El comunismo, el fascismo, el sionismo… son opiniones de individuos absolutistas impuestas sobre continentes enteros. Y eso no tiene nada que ver con la sinceridad del caudillo. O con la de sus seguidores. El hecho de que crean en eso hace la cosa todavía más obscena. El hecho de que puedan matarse unos a otros y morir voluntariamente por palabrerías sin sentido… —se interrumpió—. Tú ves a los equipos de reconstrucción; tú sabes lo felices que seremos si alguna vez llegamos a reedificarlo todo.

—Pero eso de la Policía Secreta… me parece algo despiadado y…

bueno, *cínico*.

Él insistió.

—Supongo que el Relativismo es cínico. Seguramente no tiene nada de idealista. Es el resultado de un mundo sacrificado y ofendido, empobrecido y esclavizado por causa de palabras vacías. Es la cosecha de generaciones enteras de muletillas estrepitosas, marchas con fusiles y sables, cantos de himnos patrióticos, charangas y banderas al viento.

—Pero es que vosotros los metéis en la cárcel. A la gente que no está de acuerdo con vosotros no la dejáis que no esté de acuerdo… Por ejemplo, ese ministro Jones.

—Jones puede no estar de acuerdo con nosotros. Jones puede creer lo que quiera; puede creer que la Tierra es plana, que Dios es una cebolla, que los niños nacen en bolsas de papel celofán. Puede tener la opinión que quiera; pero en cuanto empieza a defenderla como verdad absoluta…

—Entonces lo metéis en la cárcel —dijo Nina apretadamente.

—No —corrigió Cussick—. Entonces intervenimos nosotros; simplemente le decimos: o dentro, o fuera. Pruebe usted lo que está diciendo. Si le gusta decir que los judíos son la raíz de todo mal, *pruébelo*. Puede usted decirlo si tiene forma de probarlo. De lo contrario, al campo de concentración.

—Es… —sonrió tenuemente—. Es una solución dura.

—Desde luego que sí.

—Si me ves sorbiendo cianuro con una pajita —dijo Nina—, no puedes decirme que no lo haga. Soy libre para envenenarme.

—Puedo decirte que lo que hay en la botella es cianuro, no naranjada.

—Pero, ¿y si yo lo sé?

—Buen Dios —repuso Cussick—, entonces es asunto tuyo; puedes bañarte en cianuro; puedes hilarlo y utilizarlo como vestido. Eres una persona adulta.

—Tú… —los labios de ella temblaron—. A ti no te importaría lo que me pudiese pasar. No te importaría que tomase veneno, o lo que fuera.

Cussick miró su reloj de pulsera; el transporte estaba ya por encima de la masa de tierra norteamericana. Virtualmente, el viaje había terminado.

—Sí que me importa. Por eso es por lo que estoy metido en esto; porque me importas tú y porque me importa el resto de la humanidad doliente. —Con aire preocupado añadió—: Pero ahora eso no interesa. Vamos detrás de Jones. Y esta puede ser la única vez en que nuestros

métodos se vuelvan contra nosotros mismos.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo le estamos diciendo a Jones: las cartas boca arriba; veamos la prueba. Y me temo que el muy cabrito nos la va a dar.

Jones había cambiado en muchos aspectos. De pie y silencioso en la puerta, Cussick ignoró al grupo de policías uniformados y estudió al hombre que estaba sentado en la silla colocada en el centro de la habitación.

Fuera del edificio patrullaba una unidad de tanques de la policía, seguida por un regimiento de tropas armadas. Era como si la presencia de Jones hubiese puesto en movimiento una incómoda cadena de flexiones de músculos. Pero el individuo mismo no prestaba atención alguna; estaba allí sentado, fumando, con la mirada baja, el cuerpo tirante. Se parecía al hombre que Cussick había visto en el tenderete.

Pero era más viejo. Aquellos siete meses también le habían cambiado a él. La barba rala le había crecido; el rostro del hombre resultaba ahora impresionante con su áspero cabello negro, que le daba un aire ascético, casi espiritual. Sus ojos brillaban febrilmente. Una y otra vez cruzaba las manos, se humedecía los labios secos, lanzaba miradas nerviosas y cautas alrededor de la habitación. Cussick pensó que si el individuo era en realidad vidente, si de verdad podía ver las cosas con un año de anticipación, habría tenido que prever todo esto en el momento en que Cussick estuvo hablando con él.

De pronto, Jones se dio cuenta de su presencia y alzó la mirada. Se encontraron los ojos de ambos. Cussick empezó a sudar; se dio cuenta, con un escalofrío, de que cuando Jones había hablado con él aquel día, cuando había aceptado sus veinte dólares, había visto esto. Había sabido que Cussick entregaría un informe sobre él.

Aquello significaba, por lo tanto, que Jones estaba aquí voluntariamente.

Por una puerta lateral apareció el director Pearson, con un legajo de papeles en una mano. Se dirigió hacia Cussick, con las botas y el casco brillantes, muy solemne en su uniforme de gala.

—Estamos metidos en un aprieto —dijo sin preámbulos—. Nos hemos quemado las pestañas para comprobar si el resto de su palabrería encaja. Y ha encajado. Ha encajado. Así es que ahora no sabemos qué hacer.

—También yo podría haberles dicho a ustedes lo mismo; que probablemente pasaría eso —reflexionó Cussick—. En siete meses de

vigilancia, ¿no han obtenido ustedes un montón de profecías?

—Sí. Pero el expediente dependía de esto; el anuncio de Saunders era la base de nuestro caso. Naturalmente, habrá leído usted ya la publicación oficial de los datos que hay sobre los derivantes.

—Llegó a mis oídos en plena luna de miel. No me interesé mucho, de momento.

Después de encender su pipa, Pearson dijo:

—Deberíamos comprar a este individuo. Pero dice que no está en venta.

—La cosa es seria, ¿verdad? No se trata de un impostor.

—No, no tiene nada de impostor. Y lo peor es que todo el maldito sistema está basado sobre la teoría de que *tiene* que ser un impostor. Hoff nunca tomó esto en cuenta; este brujo está diciendo la verdad. —Agarrando a Cussick por el brazo, le hizo pasar a través del círculo de la policía— Acérquese usted y salúdele. Tal vez él le recuerde.

Jones miró rígidamente a los dos hombres mientras se iban acercando hacia él. Reconoció a Cussick; no había ambigüedad alguna en su expresión.

—Hola —dijo Cussick.

Jones se puso lentamente en pie y se quedaron mirando el uno al otro. Por fin Jones alargó el brazo y se dieron la mano.

—¿Cómo está usted? —preguntó Cussick.

—Bien —contestó Jones fríamente.

—Usted me conoció aquel día. Usted sabía que yo estaba en la Policía Secreta.

—No —corrigió Jones—. A decir verdad, no lo supe.

—Pero usted sabía que terminaría por estar aquí —dijo Cussick, sorprendido—. Debe usted haber visto esta habitación, esta reunión.

—No le reconocí a usted. Entonces tenía un aspecto muy diferente. Usted no se da cuenta de lo mucho que ha cambiado en los últimos siete meses. Todo lo que yo supe era que en algún sitio de la feria se estableció un contacto conmigo —hablaba desapasionada, pero tensamente, temblándole un músculo en la mejilla—. Ha perdido usted peso… pero el estar sentado detrás de una mesa no le ha beneficiado en su apostura.

—¿Qué ha estado haciendo en estos últimos meses? —preguntó Cussick—. ¿Ya no está en la feria?

—No soy más que un modesto ministro de la Honorable Iglesia de Dios —contestó Jones con un espasmo terco.

—Parece estar demasiado flaco para ser ministro de cualquier Iglesia.

Jones se encogió de hombros.

—No se gana mucho. La verdad es que de momento no hay mucha gente interesada. —Luego añadió—: Pero las habrá.

—Naturalmente usted sabe —intervino Pearson— que toda esta entrevista está siendo registrada. Todo lo que usted diga aquí va a repetirse en el juicio.

—¿Qué juicio? —comentó Jones brutalmente—. Dentro de tres días me soltarán ustedes —torciendo su rostro, con voz fría y metálica, continuó pensativamente—. Desde ahora en adelante ustedes van a estar repitiendo una determinada parábola. Voy a decírsela; presten atención. Un irlandés se entera de que el Banco va a quebrar. Corre a la sucursal donde tiene su dinero y pide que le entreguen hasta el último céntimo de lo suyo. «Sí, señor» dice el cajero cortésmente. «¿Lo quiere usted en metálico o en cheque?» El irlandés contesta: «Bueno, si ustedes lo tienen, no lo necesito. Pero si no lo tienen, quiero que me lo den inmediatamente».

Se produjo un silencio embarazoso. Pearson parecía desconcertado; se quedó mirando a Cussick.

—¿Voy a repetir eso? —preguntó con aire dubitativo—. ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir —explicó Cussick— que nadie está engañando a nadie.

Jones sonrió apreciativamente.

—¿He de deducir —preguntó Pearson, el rostro sombrío y maligno— que usted cree que no podemos hacerle nada?

—No creo nada —contestó Jones relamidamente, con una insoportable seguridad—. No lo necesito. Esa es la cuestión. ¿Quieren ustedes mis profecías en metálico o en forma de cheque? Elijan lo que quieran.

Profundamente desconcertado, Pearson se retiró a un lado.

—No puedo comprenderle —masculló—. Está loco; no está en su juicio.

—No —dijo el instructor político jefe, Kaminski. Había permanecido cerca, escuchando con toda atención.

—Es usted un tipo raro, Jones —le dijo el hombre huesudo que permanecía nerviosamente en pie junto a la silla—. Hay una cosa que no puedo comprender. ¿Cómo, con su habilidad, estaba usted haciendo el tonto en aquella feria? ¿Por qué despilfarrar así su tiempo?

La respuesta de Jones les dejó a todos sorprendidos. Fueron unas palabras que por su candor y su desnuda sinceridad les produjo un

choque.

—Porque estoy asustado —dijo—. No sé qué hacer. Y lo más espantoso de todo es… —tragó ruidosamente— que no me queda ninguna elección.

V

En la oficina de Kaminski estaban los cuatro sentados alrededor de la mesa, fumando, y oyendo sombríamente el tableteo distante de las pistolas de la policía abriéndose camino hasta el área del alboroto.

—Para mí —dijo Jones con voz ronca—, *esto es el pasado*. Este momento justo, con ustedes tres, aquí en este edificio, transcurrió hace un año. No se trata tanto de que yo pueda ver el futuro; lo peor es que tengo un pie hundido en el pasado. No puedo soltarlo. Estoy retardado; no hago más que volver a vivir un año de mi vida perpetuamente —se estremeció—. Una y otra vez. Todo lo que hago, todo lo que digo, oigo, siento, tengo que experimentarlo dos veces —alzó la voz, estridente y angustiada, sin esperanza— ¡Estoy viviendo la misma vida por partida doble!

—En otras palabras —dijo Cussick lentamente—, para usted el futuro es una cosa estática. El conocerlo no le faculta para cambiarlo.

Jones se echó a reír heladamente.

—¿Cambiarlo? Es algo totalmente rígido. Más rígido, más sólido y permanente que esta pared —furiosamente golpeó con la palma de la mano contra la pared que tenía a su espalda—. ¿Creen ustedes que disfruto de alguna especie de libertad? No se ilusionen… Cuanto menos sepan ustedes acerca del futuro, tanto mejor vivirán. Así por lo menos acarician una bonita ilusión; pueden creer que tienen libre albedrío.

—Pero usted no.

—No —admitió Jones amargamente—. Estoy dando las pisadas que di hace un año. No puedo cambiar ni siquiera una sola. Esta conversación me la sé de memoria. Nada nuevo puede irrumpir en ella; nada puede ser omitido.

Al cabo de un momento, Pearson tomó la palabra:

—Cuando yo era un chiquillo —dijo con aire reminiscente—, acostumbraba a ir dos veces al cine a ver la misma película. La segunda vez me proporcionaba una cierta superioridad sobre el resto del público. Aquello me gustaba. Yo podía adelantar la frase un segundo antes que los actores. Aquello me daba una sensación de

poder.

—Desde luego —concedió Jones—. También me gustaba eso cuando yo era niño. Pero ya no soy un niño. Quiero vivir como todo el mundo… Tener una vida corriente. Yo no he pedido esto; no ha sido idea mía.

—Es un talento muy valioso —dijo Kaminski astutamente—. Como Pearson dice, un hombre que puede anticipar el diálogo una fracción de segundo antes de que acontezca en el tiempo tiene un poder auténtico. Es un genio por encima del resto de la multitud.

—De lo que me acuerdo —insistió Pearson— es del desprecio que me inspiraban todas aquellas caras enajenadas. Los muy idiotas, mirando fijamente, temblando, lloriqueando, sintiendo miedo, creyendo en aquello, preguntándose cómo iría a terminar todo. Y yo lo sabía. Aquello me asqueaba. Por eso, a veces, decía en voz alta cual era el final.

Jones no hizo ningún comentario. Pensativamente, seguía derrengado en su silla con los ojos clavados en el suelo.

—¿Qué tal si le ofreciéramos un empleo? —preguntó Kaminski secamente—. Instructor político principal del jefe de instructores políticos.

—No, gracias.

—Usted podría ser una ayuda —explicó Pearson—. Podría colaborar en la Reconstrucción. Podría ayudarnos en la unificación de nuestros trabajos y de nuestros recursos. Sería un progreso importantísimo.

Jones le lanzó una mirada exasperada.

—Sólo hay un asunto importante. Con eso de la Reconstrucción… —movió impacientemente su mano delgada y huesuda— …están ustedes perdiendo el tiempo. Son los derivantes los que importan.

—¿Por qué? —preguntó Cussick.

—¡Porque son todo un universo! Están ustedes perdiendo el tiempo en reconstruir este planeta, y ¡por Dios Santo!, podríamos tener un millón de planetas. Planetas nuevos, planetas intocados. Sistemas enteros. Recursos infinitos… y están ustedes cavilando y tratando de rehacer unos pobres pingajos. Remendando ratas, recogiendo migajas, alojando y estrujando a vuestra gente miserable —se volvió, asqueado —. Estamos superpoblados, estamos desnutridos. Otro mundo habitable resolvería todo esto.

—¿Como Marte? —preguntó Cussick suavemente—. ¿Como Venus? Mundos muertos, vacíos, hostiles.

—No me refiero a eso.

—¿A qué se refiere usted entonces? Tenemos exploradores dando vueltas por todo el sistema. Muéstrenos un sitio donde podamos vivir.

—No aquí —irritadamente, Jones barrió el sistema solar—. Quiero decir fuera de aquí. En cualquiera de ellos.

—¿Forzosamente han de ser mejores?

—La colonización entre sistemas es posible —contestó Jones—. ¿Por qué creen ustedes que están aquí los derivantes? Es evidente: están colonizando. Están haciendo lo que nosotros deberíamos estar haciendo: están buscando planetas habitables. Deben llevar millones de años luz viajando.

—Esa respuesta no tiene nada de claro —decidió Kaminski.

—Es bastante clara para mí —replicó Jones.

—Ya lo sé —asintió Kaminski, turbado—. Eso es lo que me preocupa.

Pearson preguntó con curiosidad:

—¿Sabe usted algo más acerca de los derivantes? ¿Qué ve usted para el año próximo?

En el rostro de Jones se impuso una expresión dura e impasible.

—Para eso es para lo que soy un ministro —dijo ásperamente.

Los tres hombres del Servicio Secreto aguardaron, pero no hubo nada más. Derivantes era una palabra clave para Jones; a ojos vistas, la palabra hacía vibrar algo profundo y básico en su interior. Algo que crispaba dolorosamente su rostro enjuto; un meollo del fervor llameante había saltado hasta la superficie.

—No les tiene usted mucha simpatía —observó Cussick.

—¿Simpatía? —Jones pareció a punto de estallar—. ¿A los derivantes? ¿A esas criaturas extrañas que vienen aquí, a establecerse en nuestros planetas? —su voz aumentó de tono hasta convertirse en un chillido salvaje e histérico—. ¿Es que no pueden ustedes ver lo que está sucediendo?

»¿Cuánto tiempo creen ustedes que nos dejarán solos? Ocho mundos muertos; nada más que rocas. Y la Tierra, el único utilizable. ¿No lo ven ustedes? Están preparándose para atacarnos; están utilizando Marte y Venus como bases. Lo que quieren es apoderarse de la Tierra; ¿quién iba a interesarse por esos desiertos vacíos?

—Quizá les interese a ellos —sugirió Pearson un tanto incómodo —. Como usted dice, son seres vivos totalmente extraños. Quizá para ellos la Tierra no signifique nada. Tal vez necesiten condiciones de vida completamente distintas.

Mirando a Jones intensamente, Kaminski dijo:

—Cada forma de vida tiene sus propias necesidades físicas; lo que

para nosotros es un desierto estéril resultará un valle fértil para otros, ¿no es así?

—La Tierra es el único planeta fértil —repitió Jones con absoluta convicción—. Lo que ellos quieren es la Tierra. Para eso han venido hasta aquí.

Silencio.

Así estaba la cosa. Allí estaba, el espectro terrorífico que todos ellos temían. Allí estaba aquello, para destrozarlo donde existían ellos mismos; allí estaba aquello: lo que se les había enviado a atrapar antes de que se hiciese demasiado grande para ser atrapado. Estaba ante ellos; mejor dicho, se hallaba sentado ante ellos. Porque Jones había vuelto a sentarse; ahora estaba derrengado en la silla, fumando crispadamente, con el delgado rostro distorsionado y una vena oscura latiéndole en la frente. Tras los cristales de sus gafas, sus ojos curiosamente brillantes se habían empañado, atiborrados de pasión. Con el cabello revuelto, erizada la negra barba, un hombre arrugado de brazos larguísimos y piernas enjutas… Un hombre de poder infinito. Un hombre con infinita capacidad de odio.

—Usted realmente los odia —dijo Cussick, asombrado.

Mudamente, Jones asintió.

—Pero no sabe nada sobre ellos, ¿verdad?

—Están aquí —respondió Jones airadamente—. Están a nuestro alrededor. Circundándonos. Rodeándonos por todas partes. ¿Es que no pueden ustedes ver sus planes? Están cruzando el espacio, siglo tras siglo… elaborando sus planes, desembarcando primero en Plutón, luego en Mercurio, disponiendo las bases más próximas, más cerca por momentos. Más cerca de la presa; montando bases para el ataque.

—Ataque —repitió Kaminski suavemente, con astucia—. ¿Lo sabe usted? ¿Tiene alguna prueba? ¿O no es más que una idea descabellada?

—Dentro de seis meses —declaró Jones con voz punzante y metálica—, el primer derivante desembarcará en la Tierra.

—Nuestros exploradores han desembarcado en todos los planetas —puso de relieve Kaminski, pero su aterciopelada seguridad había desaparecido—. ¿Significa eso que los estemos invadiendo?

—Hemos estado allí —replicó Jones—, porque esos planetas son nuestros. Los estamos inspeccionando —alzando la mirada, concluyó—. Y eso es lo que están haciendo los derivantes. Están mirando a la Tierra. Precisamente ahora, están mirándonos. ¿No sienten ustedes sus ojos sobre nosotros? Ojos asquerosos, repulsivos, extraños, ojos de insecto…

Horrorizado, Cussick gritó:

—Esto es algo patológico.

—¿Puede usted ver eso? —insistía Kaminski.

—Lo sé.

—Pero, ¿lo ve usted? ¿Ve usted una invasión? ¿Destrucciones? ¿Derivantes apoderándose de la Tierra?

—Dentro de un año —declaró Jones—, habrá derivantes aterrizando por doquier. Cada día de la semana. Diez aquí, veinte allí. Hordas y hordas. Todos idénticos. Incalculables hordas de asquerosos seres extraños.

Haciendo un esfuerzo, Pearson dijo:

—Sentándose a nuestro lado en los autobuses, supongo. Queriendo casarse con nuestras hijas, ¿no es así?

Jones debía de haber adivinado la observación; un segundo antes de que Pearson hablara, la cara del hombre se puso blanca como la tiza, y se agarró convulsivamente a los brazos del sillón donde estaba sentado. Luchando consigo mismo, esforzándose por mantener su dominio, contestó entre dientes:

—La gente no va a soportarlo, amigo. Puedo verlo. Va a haber quemas. Esos derivantes son seres secos, amigo. Arden bien. Habrá que recoger mucha basura.

Kaminski soltó un juramento en voz baja, furiosamente.

—Dejadme salir de aquí —empezó a decir, sin dirigirse a nadie en particular—. No puedo soportarlo.

—Tómelo con calma —dijo Pearson secamente.

—No puedo, no lo resisto —fútilmente, Kaminski daba vueltas alrededor—. ¡No hay nada que podamos hacer! No podemos tocarle; realmente él está viendo esas cosas. Está libre de nosotros… *y él lo sabe*.

Era el principio de la noche. Cussick y Pearson estaban juntos en el oscuro pasillo del piso superior de las oficinas de la Policía. A unos cuantos pasos de distancia aguardaba un ordenanza, con rostro blanduzco bajo su casco de acero.

—Bueno —empezó a decir Pearson. Tuvo un escalofrío—. Hace frío aquí. ¿Por qué no vienen usted con su mujer a cenar a mi casa? Podríamos hablar, cambiar impresiones, discutir el asunto.

Cussick contestó:

—Con mucho gusto, gracias. Usted no conoce a Nina, ¿verdad?

—No. Creo que estaba usted de licencia. ¿Pasando la luna de miel?

—Algo parecido. Conseguimos un lindo piso en Copenhague…

Estábamos empezando a pintarlo.

—¿Cómo pudo usted encontrar casa?

—La familia de Nina me ayudó.

—Su esposa no está en la Seguridad, ¿verdad?

—No. Arte e Idealismo.

—¿Qué opina ella sobre que sea usted policía?

—No le gusta. Se pregunta si es una profesión necesaria. Piensa que es quizá la nueva tiranía —Cussick añadió, irónicamente—. Después de todo, los absolutistas se están extinguiendo. Dentro de unos cuantos años…

—¿Cree usted que Hitler era un adivino? —preguntó Pearson de pronto.

—Sí, lo creo. No tan desarrollado como Jones, naturalmente. Sueños, atisbos, intuiciones. También para él el futuro era una cosa fija. Y se permitía grandes jugadas. Creo que Jones también comenzará a hacer lo mismo, ahora que está comenzando a comprender para qué se halla sobre la Tierra.

En la mano de Pearson había un documento doblado. Distraídamente golpeó con él sobre las puntas de sus dedos.

—¿Sabe usted qué idea insensata se me ocurrió hace poco? Iba yo bajando cuando le tenían en aquella habitación. Pensé que le abriría las mandíbulas y le metería una píldora A por la garganta. Le estallaría la osamenta hecha añicos. Pero luego caí en la cuenta.

—No puede ser asesinado —completó Cussick.

—*Puede* ser asesinado. Pero no puede ser cogido por sorpresa. Para matar a Jones habría que bloquearlo por todas partes. Y nos lleva una delantera de un año. Morirá; es un mortal como nosotros. Hitler murió al fin. Pero Hitler escapó en su época de un montón de balas y venenos y bombas. Haría falta un anillo cerrado para hacerlo, una habitación sin puertas. Y por la expresión de su rostro puede usted saber que todavía hay una puerta.

Llamó al ordenanza.

—Entregue esto personalmente. Ya sabe usted dónde; en el piso de abajo en el despacho 45 A. Donde tienen cogido al tipo ese huesudo.

El ordenanza saludó, recogió el documento y se alejó con un trotecito rápido.

—¿Usted opina que él se cree todo eso? —preguntó Pearson—. Acerca de los derivantes.

—Nunca lo sabremos. Hay algo raro en eso. Naturalmente, es verdad que van a aterrizar; se pulsan ellos mismos a la ventura, ¿no es así?

—A decir verdad —continuó Pearson por su cuenta—, uno ha aterrizado ya.

—¿Vivo?

—Muerto. Están trabajando en la investigación. Al parecer el secreto será mantenido… hasta que aparezca otro.

—¿Puede dar algún detalle?

—Muchísimos. Es un organismo gigantesco unicelular, que emplea el espacio vacío como medio de cultivo. Deriva, usando una especie de órgano de propulsión. Es absolutamente inofensivo. Es una ameba. Tiene una anchura de seis metros. Posee una forma de corteza rudimentaria para resguardarse del frío. No se trata de ninguna invasión siniestra; esos pobres seres condenados vagan en torno sin propósito alguno.

—¿Qué comen?

—Nada. Siguen viviendo hasta que se mueren. No tienen mecanismo alguno para alimentarse, ni ningún proceso digestivo, ninguna excreción, ningún aparato reproductor. Son incompletos.

—Es extraño.

—Al parecer hemos tropezado con un enjambre de ellos. Seguramente han empezado a caer. Se desplomarán aquí y allá, estallarán en sitios alejados, caerán sobre los coches, se aplastarán en los campos. Llenarán los lagos y los ríos. Serán una plaga. Apestarán y se pudrirán. Lo más probable será eso: que se limiten a morir tranquilamente. Babeándose al sol… Precisamente el calor es lo que ha matado al que tenemos; lo ha cocido como a un bollo. Y mientras tanto la gente tendrá algo en que pensar.

—Especialmente después de que Jones ha iniciado la cosa.

—Si no hubiese sido Jones, habría sido cualquier otro. Pero Jones tiene ese talento, esa ventaja. Sabe montar el escenario.

—El documento ese era la orden poniéndolo en libertad, ¿no es así?

—Exactamente —repuso Pearson—. Está libre. Hasta que no elaboremos una ley nueva, es un hombre libre. Para hacer lo que quiera.

VI

En la diminuta, blanquísima y ascética celda de la Policía, Jones se dedicaba a enjuagarse la boca con el Tónico Especial para la Garganta del Dr. Hammerton. El tónico era amargo y desagradable. Trasladaba la buchada de un carrillo a otro, la mantenía durante un momento sobre la parte superior de su tráquea y la escupía luego al lavabo de porcelana.

Sin hacer comentarios, los dos policías uniformados, uno a cada extremo de la habitación, vigilaban. Jones no les prestaba la menor atención; mirándose al espejo colocado encima de la palangana, se peinó escrupulosamente los cabellos. Luego se pasó el pulgar por los dientes. Quería estar en forma; dentro de una hora iba a verse metido en asuntos importantes.

Por un momento trató de recordar lo que sucedía a continuación. La orden de libertad estaba ya en marcha, o así le parecía al menos. Hacía tanto tiempo que había ocurrido aquello… todo un año había pasado, y los detalles se habían difuminado. Vagamente guardaba el recuerdo de un policía que entraba con algo, un papel cualquiera. Eso era: aquella era la orden de libertad. Y después de eso venía un discurso.

El discurso estaba todavía muy claro en su memoria; no lo había olvidado. Le acometió el fastidio al pensar en aquello. Tener que decir las mismas palabras, repetir los mismos gestos. Las viejas acciones mecánicas… acontecimientos pasados, secos y polvorientos, chirriando bajo la sabana niveladora de una época lúgubre.

Y mientras tanto, la onda viviente continuaba centelleando.

Era un hombre con los ojos en el presente y el cuerpo en el pasado. Incluso ahora, mientras estaba examinando su traje deteriorado, alisando su cabello, frotando sus encías; incluso estando allí, en la aséptica celda de la Policía, sus sentidos se hallaban fuertemente pegados a otra escena, a un mundo que todavía se agitaba con vitalidad, un mundo que no se había hecho rancio. Mucho había sucedido en el año próximo. Y mientras se rascaba viciosamente el mentón cubierto de barba espinosa, arrancándose un viejo barrillo, la

ola descubría nuevos instantes, nuevas excitaciones y acontecimientos.

La ola del futuro estaba alzando conchas increíbles para que él las examinara.

Impacientemente, se acercó a la puerta de la habitación y miró afuera. Aquello era lo que más odiaba; la cosa repulsiva. La jalea del tiempo: no se le podía dar prisa. Era algo que se arrastraba con cansados pasos de elefante. Nada le hacía ir más aprisa; era algo monstruoso y sordo. Y él había agotado ya el año próximo; estaba totalmente harto de él. Pero iba a acontecer de un momento a otro. Le gustase o no —y no le gustaba—, iba a tener que revivirlo pulgada a pulgada, volviendo a experimentar en su cuerpo lo que hacía mucho tiempo había experimentado en su mente.

Y así le había sucedido durante toda su vida. El desfasamiento había existido siempre. Hasta que cumplió los nueve años, se había imaginado que todo ser humano debía sufrir la duplicación de todos los instantes de vida. A los nueve años había vivido dieciocho años. Estaba agotado, deshecho, aplastado por un sentido de fatalidad. A los nueve años y medio comprendió que era el único individuo gravado con aquella carga. A partir de entonces su resignación se convirtió rápidamente en rabiosa impaciencia.

Había nacido en Colorado, el 11 de agosto de 1977. La guerra estaba todavía en su apogeo, pero había pasado de largo al centro oeste de América. La guerra no había pasado nunca por Greeley, Colorado; nunca había llegado hasta allí. Ninguna guerra podía alcanzar a todas las ciudades, a todos los seres humanos vivos. La granja que mantenía a su familia continuaba casi como de costumbre: una unidad económica que se autoabastecía y continuaba una rutina estancada, ignorante e indiferente hacia la crisis del género humano.

Los primeros recuerdos eran extraños. Más tarde había tratado de desenmarañarlos. El feto lánguido había ya experimentado impresiones de un mundo no existente todavía; mientras estaba acurrucado en las entrañas sangrientas de la madre, una fantasmagoría, incomprensible y vívida, se arremolinaba a su alrededor. Simultáneamente había estado tendido al sol brillante de un otoño de Colorado y vegetando tranquilamente en el negro saco mojado, goteante proveedor de todo. Había conocido el terror del nacimiento antes de ser concebido; en la época en que el embrión tenía ya un mes de edad, el trauma llevaba largo tiempo de existencia en el pasado. El hecho real del nacimiento no tuvo para él significación alguna; mientras se balanceaba colgado del puño del doctor, la verdad era que llevaba ya en el mundo un año entero.

Se asombraban de que el nuevo bebé no lloraba. Y de cómo su proceso de aprendizaje fue tan rápido.

Es más; en cierta ocasión, él se había hecho estas conjeturas: ¿cuál era el verdadero momento de su origen?

¿En qué momento del tiempo había llegado a existir realmente por vez primera? Mientras flotaba en el útero había estado claramente vivo, sensible. ¿A qué punto se retrotraían las primeras memorias? Un año antes del nacimiento, él no era todavía una unidad; ni siquiera un cigoto. Los elementos que lo formaban no se habían juntado aún. Y en la época en que el óvulo fertilizado había empezado a dividirse, la pared había saltado mucho más allá del momento del nacimiento: a tres meses de distancia en el otoño cálido, polvoriento y brillante de Colorado.

Era un misterio. Terminó por dejar de pensar en eso.

En sus primeros años de niñez había aceptado su doble existencia aprendiendo a integrar los dos continuos. El proceso no había resultado fácil. Durante meses se había arrastrado penosamente hacia puertas, muebles, paredes. Se había rebelado a tomar una cucharada de aceite de hígado de bacalao un año antes de que se la dieran; había rechazado frenéticamente un pezón olvidado hacía mucho tiempo. La confusión le había llevado al borde de la muerte por inanición; había sido alimentado a la fuerza, y a la fuerza se le impidió alejarse de la existencia. Naturalmente se supuso que era un retrasado mental. Un bebé que se empina por objetos invisibles, que trata de pasar las manos por los tableros cerrados de la cuna…

Pero a los cuatro meses ya estaba diciendo palabras completas.

Algunas escenas de su niñez, reforzadas por el doble acaecimiento, no habían abandonado nunca su recuerdo. Una de ellas surgió ahora, mientras se hallaba en la blanca y solitaria celda de la Policía, aguardando impaciente su orden de libertad. Cuando él tenía nueve años y medio, había llegado la primera bomba de hidrógeno. No la primera bomba de hidrógeno arrojada en la guerra, naturalmente; ya habían caído docenas en el mundo. Esta era la primera que atravesaba las intrincadas pantallas que guardaban el corazón de América, la región desde las Montañas Rocosas al Mississipi. La bomba había estallado a unos doscientos kilómetros de Greeley. Ceniza y partículas radiactivas habían flotado implacablemente sobre la región durante semanas enteras, enfermando al ganado y agostando las cosechas. Camiones y carros desalojaban penosamente a los mutilados y a los enfermos de la zona de muerte. Brigadas especiales de reparación se iban abriendo camino para examinar la amplitud del daño y para

sellar la gigantesca úlcera hasta que desalojara su carga de toxinas.

A lo largo del estrecho y sucio camino junto a la granja de los Jones, un convoy de vehículos de emergencia, interminable al parecer, se dirigía hacia los hospitales y lazaretos montados en las afueras de Denver. En dirección contraria se movía una caravana de víveres para los supervivientes que quedaban en el área alcanzada por el desastre. Todo aquello lo había visto él con fascinación. De la mañana a la noche no había interrupción en el arroyo de coches, carros, camiones, ambulancias, gente a pie, gente en bicicleta, perros, ganado vacuno, ovejas, pollitos, un abigarrado muestrario de formas, colores y sonidos; gruñidos distantes que llegaron a los oídos del niño y le hicieron precipitarse muy excitado al interior de la casa.

—¿Qué es eso? —gritó, bailando salvajemente alrededor de su madre.

Su madre, la señora Edna Jones, se detuvo en el lavadero, su rostro gris arrugado por el cansancio y el fastidio. Se echó hacia atrás el cabello salpicado de espuma de jabón y se volvió irritada hacia el pequeño.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —preguntó.

—¡Los coches! —gritó él, corriendo a la ventana y señalando—. ¿Los ves? ¿Quiénes son? ¿Qué pasa?

Fuera de la ventana no había nada. Nada para ella, al menos; ella no podía ver lo que el niño veía tan claramente.

Volvió a salir y se quedó mirando a la línea que se movía a lo largo del horizonte, realzada por el sol poniente. Se movían más y más hacia delante… ¿Adónde iban? ¿Qué había pasado? Corrió hasta el límite de la granja, todo lo que le estaba permitido. Los alambres le cerraron el paso, una maraña de alambre de espino. Casi pudo distinguir rostros aislados; casi podía penetrar la visión del dolor individual. Si pudiera acercarse un poco más a ellos…

Aquel fue el momento en que se dio cuenta de lo que pasaba. Porque sólo él veía la procesión del horror. Para todos los demás, incluso para los mismos condenados, aquello no existía. Reconoció un rostro: el de la vieja señora Lizzner, de Denver. Ella estaba allí. Rostros que él conocía, gente que había visto en la iglesia. No eran desconocidos; eran vecinos, gente de la localidad. Eran el mundo, su mundo, el mundo retorcido y reseco del centro oeste.

Al día siguiente la señora Lizzner llegó a la granja en su polvoriento Oldsmobile, para pasar la tarde con su madre.

—¿Lo vio usted? —le gritó él—. ¿Lo vio usted?

Ella no lo había visto. Y, sin embargo, ella había formado parte de aquello. Así pues, no cabía duda; no tenía objeto seguir preguntando.

La comprensión completa le llegó en el décimo año de su edad. Ahora la bomba había llegado efectivamente; la señora Lizzner estaba muerta, y el área había quedado en realidad devastada. Tal cataclismo único, no repetido nunca, nunca visto antes o después, era experimentado ahora por todos. La relación entre la onda y lo que el prójimo experimentaba era evidente. Como es natural, no se lo dijo a nadie. Cuando le llegó la comprensión, sus intentos por comunicarse cesaron.

No podía volver atrás. Sabiéndose diferente, no podía volver a la actividad sin objeto de la granja. La monotonía de los trabajos agrícolas era para él una monotonía doble; era una carga demasiado pesada. A los quince años, desgalichado, huesudo y sombrío, había reunido todos sus ahorros (quizá doscientos dólares, todos en papel de inflación del bloque oeste) y se había marchado.

Halló que la comarca de Denver era lo esperado, como todo lo demás. Un año antes, a los catorce, había previsualizado su viaje. Una vez más, pero ahora de primera mano, examinó el bostezante cráter causado por la bomba, haciendo sus cálculos sobre los miles de personas que se habrían convertido en cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Se montó en un autobús y abandonó Colorado. Tres días más tarde estaba en las ruinas de Pittsburg.

Allí las actividades industriales básicas continuaban. Bajo tierra, los altos hornos seguían funcionando. Pero a Jones no le interesaba aquello; continuó su camino a pie, pasando junto a los millones de toneladas de metal fundido de lo que en tiempo había sido la mayor concentración de fábricas de todo el universo. Imperaba la ley marcial; tal como había previsto, unas patrullas tropezaron con él y le atraparon en la red ordinaria.

A la edad de quince años y tres meses fue examinado por autoridades competentes; le hicieron preguntas, le tomaron las huellas dactilares y dispusieron de él. El Batallón de Trabajadores al que fue incorporado no le causó la menor sorpresa; pero la angustia seguía prevaleciendo. Lúgubremente, lleno de cólera, estuvo sacando puñados de rocas durante meses y meses, tratando, en compañía de otros trabajadores, de limpiar las ruinas utilizando los métodos más primitivos. A finales de año, habiéndose traído maquinaria, la mano de obra se dispersó. Era ahora mayor, más fuerte y muchísimo más prudente. Justo cuando se le dio un fusil y fue trasladado a las tambaleantes líneas, la guerra acabó.

Él había previsto aquello. Desertando de su unidad, trocó el fusil por una buena comida y destruyó su uniforme militar. Un día después estaba de nuevo andando por la carretera de la misma forma que había empezado: a pie, con pantalones cortos, una camisa sudada y hecha jirones y una mochila a la espalda, caminando entre los escombros que habían sobrevivido a la guerra; la desolación caótica que era el nuevo mundo.

Durante cerca de diecisiete años su existencia dual había sido algo sin objeto alguno. Resultaba una carga, un gran peso muerto. Le faltaba incluso la idea de aprovecharse de eso. Lo veía como una cruz, nada más. La vida era algo doloroso; la suya lo era doblemente. ¿De qué podía servir saber que la tristeza del año siguiente era inevitable? Si la señora Lizzner hubiese visto su propio cadáver alineado a lo largo de la carretera, ¿le habría servido eso de algo?

Alguien tenía que enseñarle a utilizar su talento; alguien había de mostrarle la forma de explotarlo.

Aquella persona fue un gordo y sudoroso comerciante metido en una camisa rosa a rayas y unos pantalones de pana amarillo limón, que conducía un baqueteado Buick. El asiento trasero del coche iba abarrotado de delgadas cajitas pardas; montones y montones. Jones iba arrastrándose doblado por el cansancio por el recodo de la carretera cuando el Buick hizo un alto renqueante. Como había abordado al coche un año antes, apenas si levantó la mirada. Colocó su mochila en un sitio libre, se volvió luego y se sentó estólidamente junto al conductor.

—No parece usted muy agradecido —rezongó indignado Hyndshaw cuando él subió al coche—. ¿Es que quiere usted que le haga bajar?

Jones se recostó contra la harapienta tapicería y se quedó muy tranquilo. Se sabía de memoria lo que iba a seguir ahora: Hyndshaw no iba a echarle. Hyndshaw iba a ponerse a hablar: le gustaba hablar. Y en aquella charla, algo de gran valor iba a acontecer para el muchacho.

—¿Adónde iba usted? —preguntó Hyndshaw con curiosidad.

Entre sus labios se agitaba la colilla húmeda de un cigarro puro. Sus dedos se aferraban pulcramente al volante. Sus ojos, hundidos en grasa, se mostraban cargados con toda la astucia del mundo. Manchas de cerveza desteñían la pechera de su camisa. Era una criatura haragana, facilona, saturada de vicios, oliendo a sudor y años de vagabundeo. Y era un gran y fantasioso timador, dispuesto a engañar a cualquiera.

—A ninguna parte —contestó Jones, respondiendo a la pregunta con su acostumbrada indiferencia sombría. Llevaba ya doce meses fastidiado con aquella pregunta.

—Pero usted tendrá que ir a algún sitio —opinó Hyndshaw.

Y entonces el acontecimiento ocurrió. Palabras, acciones, desarrollándose en el perímetro de la onda móvil, se habían fijado para siempre. Un año antes, el cansado muchacho había proferido una observación alocada y brusca. Había dispuesto del intervalo necesario para recoger la provocativa cosecha de aquella observación.

—No me diga usted adónde voy —replicó—. Yo puedo verlo; también puedo ver adónde va usted.

—¿Adónde voy yo? —preguntó Hyndshaw tercamente; se dirigía a una casa próxima de mala fama, pero la zona se hallaba todavía bajo jurisdicción militar.

Jones se lo dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hyndshaw roncamente, extrayendo de Jones un relato detallado de la inminente actividad del individuo —. Maldito crío lenguaraz… —gritó, pálido y asustado— ¿Quién eres tú? ¿Uno de esos tiparracos que leen el pensamiento?

—No —contestó Jones—. Pero yo también voy. Estaré con usted.

Aquello despejó a Hyndshaw todavía más. Durante algún rato estuvo sin hablar; impresionado, se aferraba al volante y miraba al frente, a la destrozada carretera llena de pozos. Aquí y allí, a ambos lados, estaban los abandonados cascarones de las casas. Aquella región, en torno a San Louis, debió ser evacuada forzosamente después de un bien logrado aguacero de píldoras bacteriales soviéticas. Los habitantes se hallaban todavía en campamentos de trabajo forzado, reconstruyendo las zonas que se necesitaban más vitalmente; la producción industrial y agrícola estaban en primer lugar.

Hyndshaw se sentía asustado, pero al mismo tiempo su avidez natural y su interés aumentaban. Era un oportunista nato. Dios sabía con lo que podía haber tropezado. Decidió proceder precavidamente.

—¿Sabes lo que llevo ahí atrás? —dijo indicando las pilas y pilas de delgadas cajas—. Te apuesto lo que quieras a que no lo adivinas.

El concepto *adivinanza* le era ajeno a Jones.

—Cinturones magnéticos —contestó—. Cincuenta dólares al por menor, cuarenta dólares en lotes de diez o más. Garantizados para proteger contra la radiactividad tóxica y contra los venenos bacteriales, o se devuelve el dinero.

Humedeciéndose los labios nerviosamente, Hyndshaw preguntó:

—¿Es que he hablado ya alguna vez contigo? ¿Quizás en la zona de Chicago?

—Usted va a intentar venderme uno. Cuando nos paremos a buscar agua.

Hyndshaw no tenía la menor intención de pararse a buscar agua; ya iba retrasado.

—¿Agua? —gruñó—. ¿Agua para qué? ¿Quién tiene sed?

—El radiador tiene un escape.

—¿Cómo lo sabes?

—Dentro de quince minutos… —Jones reflexionó; se le había olvidado el intervalo exacto—. Dentro de media hora aproximadamente el indicador de temperatura se pondrá a hacerle señales, y usted no tendrá más remedio que parar. Encontrará agua en un pozo abandonado.

—¿Todo eso sabes?

—Naturalmente que sé todo eso —irritado, Jones rompió un jirón de la tapicería—. ¿Para qué iba a decirlo si no lo supiera?

Hyndshaw no replicó. Siguió conduciendo en silencio hasta que, al cabo de veinte minutos poco más o menos, el indicador de la temperatura chispeó, y entonces detuvo al Buick rápidamente al costado de la carretera.

El único sonido era el silbido desagradable del radiador vacío. Unas cuantas virutas de humo de aceite se elevaron por los huecos del capot.

—Bueno —rezongó Hyndshaw torpemente, tanteando en busca de la manija de la puerta—. Creo que lo mejor será que nos paremos a echar un vistazo. ¿Por qué sitio dices que está el pozo?

Como no tenía necesidad de adivinar, Jones localizó el pozo inmediatamente. Estaba medio enterrado bajo un montón de piedras, ladrillos y chapas de uralita que habían formado parte de un granero. Entre los dos lograron alzar un cubo herrumbroso. Diez minutos más tarde, Hyndshaw estaba abriendo botellas de cerveza caliente y mostrando uno de sus cinturones magnéticos.

Mientras soltaba su rollo, su imaginación corría frenética. Allí había algo. Había oído hablar de mutantes; incluso los había visto. Seres odiosos, la mayoría: deformadas monstruosidades, destruidas sistemáticamente por las autoridades. Pero esto era algo distinto; esto no era ninguna monstruosidad. Alguien que podía eliminar la sorpresa, que podía adivinar lo que estaba delante…

Precisamente era aquello lo que hacía de Hyndshaw un buen comerciante. Tenía una imaginación viva. Podría imaginar

erróneamente; podía figurarse una situación en forma equivocada. Pero no le pasaría eso con el muchacho que tenía al lado. Los dos lo sabían. Hyndshaw se sentía fascinado e impresionado. Jones se mostraba despreciativo.

—¿Cuánto dinero tienes? —preguntó Hyndshaw de pronto, interrumpiendo su propia verborrea. Astutamente, conjeturó—: Ni siquiera tienes cincuenta machacantes que sean tuyos. No puedes comprarte uno de estos cinturones.

—Tengo cincuenta machacantes —replicó Jones—, pero no para un engaño inservible como éste.

Hyndshaw se puso furioso; durante los años que llevaba explotando a las ignorantes poblaciones campesinas, más temerosas y supersticiosas que nunca por efecto de la guerra, había llegado a creerse sus propias mentiras.

—¿Qué quieres decir? —empezó, y luego cerró el pico, cuando Jones le explicó lo que quería decir—. Ya veo —dijo Hyndshaw cuando acabó el otro de soltarle la breve y amarga parrafada—. No eres más que un crío…; no te da miedo decir lo que piensas.

—¿Por qué había de tener miedo?

Malignamente, Hyndshaw contestó:

—Quizás uno de estos días alguien se entretenga en partirte los bonitos dientes que tienes y clavártelos en la garganta. Tu documentada charla puede no sentarle bien a alguien que desprecie a un niño sabiondo.

—No será usted el que haga eso —le dijo Jones—. Usted no va a ponerme una mano encima.

—¿Qué voy a hacer entonces?

—Usted me va a proponer que llevemos el negocio a medias. Usted pone su surtido de cinturones y su experiencia y yo mi habilidad. A medias.

—¿Cinturones? ¿Vas a asociarte conmigo en el negocio de los cinturones?

—No —contestó Jones—. Eso es idea de usted. A mí no me interesan los cinturones. Vamos a dedicarnos a los cubiletes.

Hyndshaw retrocedió desconcertado.

—¿Qué significa eso?

—Juego. Dados. Póquer.

—No entiendo nada de juegos —Hyndshaw se mostraba muy suspicaz—. ¿Estás seguro de que es eso lo que conviene? ¿Estás seguro de que no es un lío de todos los demonios?

Jones no se molestó en contestar; continuó con lo que estaba

diciendo.

—Trabajaremos a nuestras anchas en esa casa de tratos, más o menos un mes. Usted se llevará la mayor parte de los ingresos; a mí eso no me interesa. Después nos separaremos. Usted tratará de detenerme y yo denunciaré el sitio a la Policía Militar. Las muchachas irán a campos de concentración y usted irá a la cárcel.

Horrorizado, Hyndshaw jadeó:

—¡Cielo Santo, no quiero tener nada que ver contigo!

Cogió una botella de cerveza, y la rompió contra una roca próxima; los dientes corvos de cristal chorrearon espuma cuando empuñó el arma convulsivamente. Repelido por el muchacho, se vio al borde de un ataque de histeria.

—¡Estás loco! —aullaba, medio alzando la botella en un gesto innato de defensa.

—¿Loco? —dijo Jones desconcertado— ¿Por qué?

Atropelladamente, Hyndshaw seguía gesticulando. Un sudor frío le rodaba por la cara y le caía por el cuello abierto.

—¿Me dices eso a mí? ¿Estás ahí sentado diciendo lo que vas a hacerme?

—Pero si es la verdad.

Después de arrojar lejos la botella, Hyndshaw dio un salvaje tirón del muchacho, haciéndole caer a sus pies.

—¿Es que no sabes más que la verdad? —barbotó desesperado.

No, no sabía otra cosa ¿Cómo iba a saberlo? Para Jones no existía ninguna conjetura, ningún error, ningún conocimiento equivocado. Sabía; tenía la certidumbre absoluta.

—Tómelo o déjelo —dijo, encogiéndose de hombros indiferentemente.

Ya había perdido todo interés por el destino del gordo comerciante; después de todo, aquello había sucedido hacía mucho tiempo.

—Haga lo que quiera.

Agarrando al muchacho suavemente, Hyndshaw tronó:

—Sabes que estoy cogido. Sabes que no me queda otra elección. ¡Tú puedes verlo!

—A nadie le queda elección —dijo Jones, súbitamente severo y pensativo—. Ni a mí, ni a usted, ni a nadie. Estamos todos amarrados como ganado. Como esclavos.

Lentamente, lastimeramente, Hyndshaw le soltó.

—¿Por qué? —protestó, alzando sus manos gordezuelas y vacías.

—No lo sé. Eso es algo que no puedo contestarle, por lo menos por

ahora.

Jones acabó con calma su cerveza y luego arrojó la botella a las hierbas secas que estaban al borde de la carretera. En el último año las malas hierbas habían crecido hasta una altura de casi dos metros.

—Vámonos —dijo—, tengo interés por llegar a esa casa de prostitutas. Va a ser la primera vez que esté en una de ellas.

En la higiénica celda de la Policía entró el ordenanza. Saludó a los guardias y les alargó el papel.

—Muy bien —dijo uno de los guardias, haciéndole una señal a Jones—. Venga usted.

La espera había acabado; reanudaba su camino. Muy contento, Jones empezó a caminar tras la crujiente figura uniformada. El guardia le condujo por un largo pasillo iluminado con luces amarillentas a través de una serie de puertas selladas magnéticamente. Las puertas se apartaron, y al final se encontraba una rampa ascendente que se perdía en las sombras de la noche húmeda. Un viento oscuro y frío azotaba a la rampa, colándose por las mangas de Jones. Sobre las cabezas del grupo, frías estrellas brillaban aquí y allá, colgadas de un cielo completamente opaco.

Estaba afuera del edificio de la Policía.

Al final de la rampa se extendía un corredor de hormigón. A unos cuantos metros a la derecha, un coche pesado se alzaba reluciente, mojado y metálico. El guardia le condujo hasta él, mantuvo abierta la portezuela, y luego se deslizó a su lado. El conductor encendió los faros y el coche comenzó a moverse por la carretera.

El viaje duró media hora. Cuando las luces de una pequeña ciudad empezaron a relucir débilmente a lo lejos, el gran coche se apartó de la retorcida y desigual carretera y se metió en el campo. Entre el herbazal y los cascotes la portezuela fue abierta, y Jones se vio expulsado al exterior. El guardia volvió a subir sin decir palabra, cerró la puerta de golpe, y el coche volvió a ponerse en marcha, dejando a Jones completamente solo.

Comenzó a caminar hacia las luces de la ciudad. Casi al momento, una estación gasolinera, medio derruida, surgió a la vista. Al lado había una taberna de carretera, un bar, un almacén de comestibles con las puertas echadas y una droguería. Y, por fin, un gigantesco hotel medio en ruinas.

En el vestíbulo del hotel se movían unos cuantos hombres, la mayoría de ellos viejos, de ojos vacíos, sin esperanzas, fumando y aguardando una alegría. Jones se abrió camino entre ellos hacia la

cabina telefónica situada junto al mostrador. Después de introducir en la ranura la moneda de dos dólares que se sacó del bolsillo, marcó rápidamente.

—Estoy en una ciudad llamada Laurel Heights —le dijo al individuo que le contestó—. Vengan a recogerme.

Después paseó impaciente por el vestíbulo, mirando de vez en cuando a la carretera oscura, más allá de la ventana manchada de moscas.

Todos estarían aguardando, y él sentía impaciencia por comenzar. Primero había lo del discurso y luego las preguntas, pero para él todo aquello era una minucia; tenía prevista desde hacía mucho tiempo la aceptación renuente y refunfuñante de sus condiciones. Protestarían, pero al final terminarían por aceptar: primero el editor, luego el general Patzech y por último la señora Winestock, cuya finca de Montana proveería el sitio para la reunión y cuyo dinero iba a financiar a la Organización.

El nombre le agradaba. Se llamarían Patriotas Unidos. Tillman, el industrial, sería quien sugeriría el nombre; los trámites legales habían sido ya arreglados por David Sullivan, el consejero de Nueva York. Todo estaba ya dispuesto, y todo iba a funcionar conforme a los planes.

Enfrente del hotel apareció un delgado proyectil con morro de aguja. Precavidamente, el proyectil descansó en la carretera; su portezuela se plegó, y la envoltura se echó hacía atrás. Jones salió precipitadamente del vestíbulo a la noche fría. Se encaminó hacia el proyectil y penetró en la oscuridad.

—Es hora —le dijo a las figuras medio visibles en las tinieblas—. ¿Están todos allí?

—Absolutamente todos —llegó la respuesta—. Todos reunidos y dispuestos a escuchar. ¿Se ha abrochado ya el cinturón?

Se lo había abrochado. La envoltura se deslizó, volvió a encajar en su sitio, y la puerta quedó cerrada. Un instante más tarde el proyectil de morro de aguja se alzaba en el cielo. Puso proa al oeste, hacia Montana y a las montañas Bitterroot; Jones estaba ya en camino.

VII

En el tablero de anuncio de la administración principal de Correos, entre los anuncios sobre falsificadores escapados y la información acerca del correo en cohetes, colgaba un ancho cuadrado blanco, firmemente asegurado en su sitio por chinchetas y defendido por cristales protectores.

¡ADVERTENCIA AL PUBLICO!
NO SE DEBE HACER DAÑO A
LOS PROTOZOOS EMIGRANTES

Por la presente se advierte al público que ciertos protozoos migratorios interplanetarios a los que se ha dado el nombre de *derivantes* han sido colocados en la categoría de Pupilos del Estado por ley especial del Consejo Supremo del Gobierno Federal Mundial, y no deben ser dañados, heridos, mutilados, destruidos, maltratados, torturados, o en forma alguna sometidos a tratamiento cruel o insólito con intención de perjudicar o matar.

Se advierte, además, que la Ley Pública 30d954A determina que cualesquiera persona o personas que fueran sorprendidas maltratando a miembros de la clase de los protozoos migratorios interplanetarios descritos como *derivantes* serán castigados con multa no superior a ciento noventa mil dólares del bloque occidental y/o confinamiento a un campo de trabajos forzados por un período que no excederá de los veinte años.

Otrosí: se declara por el Departamento de Salud Pública del Gobierno Federal Mundial que los protozoos migratorios designados como *derivantes* son organismos unicelulares, incompletos y benignos, incapaces de afectar a la seguridad o propiedad humanas, y que si se les dejara solos, sucumbirían a la temperatura natural de la superficie de la Tierra. Se advierte, además, que cualquier persona que presencie el susodicho maltrato de protozoos migratorios designados como *derivantes* y testimonie en dicho sentido, será recompensado con la suma en metálico de diez mil dólares del bloque del Oeste.

7 de octubre de 2002.

La mayor parte de los anuncios sobre falsificadores escapados, así como los informes sobre el correo en cohetes, estaban amarillentos, carcomidos, manchados por las moscas y por el mucho tiempo transcurrido. Esta nota en cambio permaneció limpia y brillante durante todo su tiempo de vida; después de haber colgado durante unas tres horas, el cristal protector fue apartado cuidadosamente y retirado el anuncio. El anuncio fue roto en pedacitos y arrojado al viento. Y el cristal volvió a ser colocado.

El hombre que iba al frente de aquella turba especial tenía el cabello rojo y era tuerto. Por lo demás parecía cualquier otro de los campesinos de anchos hombros que vociferaba a la cabeza de la multitud. Excepto que, cuando emergió brevemente a la luz de la luna, se le distinguió por un momento un brazalete, y en la mano derecha empuñaba un radioteléfono portátil de campaña.

Tampoco podía decirse que la turba fuese tal turba en realidad. Se trataba de una bien organizada agrupación de hombres escogidos. Detrás de aquellos hombres avanzaba una multitud vociferante e indisciplinada compuesta de muchachos de las escuelas superiores, muchachas vestidas con blancos pantalones cortos, niños pedaleando en bicicleta, trabajadores de mediana edad, amas de casa de angulosas facciones, perros, y unos cuantos viejos con los brazos cruzados para defenderse del frío. En su mayor parte la multitud permanecía en retaguardia y cada cual se ocupaba de sus propios asuntos; era la hilera de hombres escogidos a las órdenes del cabecilla pelirrojo, la que realizaba el verdadero trabajo. Y el cabecilla pelirrojo desarrollaba las instrucciones que iba recibiendo por el radioteléfono de campaña.

—En la próxima casa —estaba diciendo el radioteléfono con su extraño susurro ahogado, compuesto de noche y de telarañas metálicas—. Puedo verlo bastante bien. Avancen con cuidado; alguien va a salir a vuestro encuentro.

Por encima de sus cabezas el avión explorador giró sus chorros y se puso a salvo directamente por encima de la presa. La presa había terminado por posarse en el tejado de un almacén abandonado hacía mucho tiempo. Virtualmente era invisible; nadie sabía cuantas horas llevaba allí, secándose y crujiendo bajo la cálida luz del sol, sudando frías gotas de niebla durante las largas noches. Ahora acababa de ser detectada en uno de los vuelos periódicos sobre la ciudad.

Era un ejemplar voluminoso.

—Bueno —dijo el radioteléfono de campaña cuando el avión explorador descendió cautelosamente—. Es un abuelito. Grande como un pajar. Debe de ser tan viejo como el infierno.

El cabecilla pelirrojo no contestó; cuidadosamente estaba inspeccionando el muro del almacén, buscando una escalera que llevase hasta el tejado. Finalmente la encontró: una escala de incendios que acababa a tres metros del pavimento.

—Coge aquellas cajas —le ordenó a uno de sus hombres—. Los cajones de basura que están en aquella avenida.

Dos hombres se retiraron de la línea; después de cederles a otros que venían tras ellos sus linternas, se pusieron a trotar a lo largo de la calle desierta. Era tarde, bien pasada ya la medianoche. El distrito fabril de las cataratas de Omaha era repelente y desértico. A lo lejos resonaba el motor de un coche. De vez en cuando, alguien de la turba tensa y vigilante tosía o estornudaba o murmuraba. Nadie hablaba en voz alta; embelesados, fascinados, con un temor casi religioso, veían cómo los hombres transportaban los cajones de la basura y los iban apilando bajo la escala.

Un momento más tarde el pelirrojo se subió a lo alto de la pila, agarró el último peldaño de la escalera y tiró hacia abajo.

—Ahora suba usted —dijo el radioteléfono de campaña, sostenido en la mano de uno de sus hombres—. Tenga cuidado cuando llegue al tejado… está justamente en el filo.

—¿Está vivo? —preguntó el pelirrojo, recogiendo de momento el radioteléfono.

—Creo que sí; se movía un poco. Pero está débil.

Satisfecho, el pelirrojo empuñó la lata de gasolina y trepó por la escalera. Bajo sus fuertes dedos, el metal parecía sudar. Gruñendo, siguió adelante; rebasó el segundo piso del almacén, pasó frente a los bostezantes y rotos huecos que habían sido ventanas. Unas cuantas formas imprecisas llenaban el anticuado edificio de maquinarias de guerra, herrumbrosas y olvidadas. Ahora ya casi estaba en el tejado. Haciendo un alto, se agarró de momento, regulando su respiración, y examinó la perspectiva.

Se veía el filo del tejado. A su nariz llegó el débil olor acre del derivante; el olor de carne seca que él había llegado a conocer tan bien. Casi podía verlo. Con grandes precauciones subió un escalón más; ahora ya era claramente visible.

El derivante era el mayor que hubiese visto nunca. Yacía a lo largo del tejado del almacén, plegado y derramado en espesas capas. Uno de

los bordes goteaba sobre el filo; si quisiese, podría alargar la mano y tocarlo. Pero no quería. Asustado, retrocedió involuntariamente. Le horripilaba tan sólo el mirarlo, pero no tenía más remedio. Algunas veces tenía que tocarlos; y una vez, en una ocasión espantosa, se resbaló y cayó de lleno en uno de ellos, encontrándose medio enterrado en la gelatinosa masa de protoplasma.

—¿Qué aspecto tiene? —gritó un hombre desde abajo.

—Bueno.

—¿Es grande?

—Mucho.

El pelirrojo se situó expertamente y ladeó el cuello. El derivante parecía viejo y era bastante amarillo: su fluido se había vuelto de un opaco vetusto, decolorando el tejado de asfalto que tenía debajo. Era muy delgado, naturalmente; cada capa sólo tenía un espesor de una fracción de pulgada. Y era extraño. Una forma de vida extranjera, antifamiliar, caída del cielo sobre el tejado de aquel almacén. La nuez se le subió a la garganta y casi le atragantó. Retirándose, se inclinó y volcó la lata de gasolina sobre el tejado.

Cuando la primera nave de la Policía llegó aullando directamente al tejado, rebasando al lento aeroplano de exploración, ya la gasolina se había extendido y el fósforo había sido aplicado.

La multitud se dispersó; el aeroplano explorador se alejó a toda prisa. De pie en la seguridad de las tinieblas, el hombre del cabello rojo se dio cuenta de que el fuego ya no podría ser apagado. Una nave contra incendios de la Policía estuvo derramando inútilmente espuma durante algún tiempo y luego se retiró. La nave vaciló, bajó luego cerca de la calle y siguió rociando para impedir que las llamas se propagaran hacia abajo. Por su parte el derivante ya había perecido. De golpe, el cadáver reseco se puso a temblar y envió trozos llameantes de sí mismo al pavimento, en una lluvia de fuego. Rápidamente fue retorciéndose, contrayéndose, expulsando su fluido vital hasta desaparecer. Un estridente alarido, de tono insoportable, retumbó en la calle de arriba abajo; el jugo viviente de aquel ser protestaba sin saberlo contra el fuego.

Luego el tejido restante se chamuscó, desintegrándose en humeantes fragmentos. La nave contra incendios se elevó, arrojó sin convencimiento unos cuantos chorros, y se retiró luego.

—Ya está —dijo el pelirrojo en su radioteléfono.

Sentía una satisfacción profunda y duradera al saber que él personalmente había matado a aquella extraña forma de vida.

—Ahora podemos irnos.

VIII

Sobre el escenario brillantemente iluminado, figuras abigarradas bailaban y gesticulaban. Las formas llenas de colorines cantaban alegre y despreocupadamente; la escena resplandecía con fuertes fulgores: un pequeño cuadrado de luz que se recortaba sobre el fondo lejano del vestíbulo. El tercer acto estaba dando fin. Todos los personajes estaban en el escenario; con infinita precisión, seguían sus respectivas líneas melódicas. En el foso, la orquesta, clásica y exacta, trabajaba furiosamente.

Dominando la ópera planeaba la anciana y evanescente figura de Gaetano Tabelli, ya muy pasado su frescor juvenil, pero todavía actor y cantor espléndido. De empurpurada faz, corto de vista, el fabuloso Tabelli se movía por el escenario con una expresión de petrificado asombro en sus amplias facciones arrugadas, luchando grotescamente para abrirse paso entre el laberinto de sombras que formaban el mundo de Bea. Escrutando a través de los cristales de sus lentes, Tabelli examinaba intensamente a sus compañeros, sin dejar de dar mientras tanto su resonante vozarrón de barítono bajo. Nunca había habido un Don Bartolo más grande. Y nunca lo habría. Aquella interpretación, aquel cenit de consumada actuación operística, fuerza dramática y perfecto arte vocal, estaba helado por los siglos de los siglos. Tabelli estaba muerto, hacía ya diez años. Las brillantes figuras en el escenario eran escrupulosas imitaciones con robots.

Pero aun así, la interpretación resultaba totalmente convincente. Relajado y cómodo en su profunda butaca, Cussick atendía con pasiva apreciación. Le encantaba *Le Nozze di Figaro*. Había visto a Tabelli muchas veces; nunca se había cansado de admirar al gran artista en su papel más brillante. Y gozaba con los alegres trajes, con el flujo ininterrumpido de melodía lírica, con el coro de sonrosadas mejillas que cantaba interludios campesinos llenos de gracia delicada. La música y la fantasmagoría de los colores le habían ido sumiendo poco a poco en un estado soporífero. Soñadoramente, casi dormido, se retrepó en su butaca y se absorbió feliz en todo aquello.

Pero algo iba mal.

Despierto, se puso de pronto en pie. A su lado, Nina se sentaba en una satisfacción extática; seguía tan contenta como siempre. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, él había levantado ya el asiento de su butaca para disponerse a salir.

Parpadeando, Nina salió del asiento en que estaba sentada.

—¿Qué pasa? —dijo atónita.

Él le hizo un gesto diciéndole que esperara y se abrió camino por la fila hasta el patio.

Un momento más tarde iba entre filas de rostros atentos, hundiendo los pies en la mullida alfombra, hasta llegar a la parte de atrás de la sala y luego a la acolchada sala de espera. Allí hizo una pausa para lanzar una mirada final al escenario.

La sensación persistía, incluso a aquella distancia. Pasó junto a los calcificados acomodadores y llegó al vestíbulo. Allí, en la bóveda alfombrada ahora vacía que aún olía a humo de cigarrillos y a perfume de mujeres, se detuvo y encendió un cigarrillo a su vez.

Era la única persona que se hallaba en el vestíbulo, totalmente desierto entonces. A su espalda, a través de las puertas entornadas, se alzaban los sonidos, las voces y el flujo suave de una orquesta sinfónica vienesa. Vagamente irritado, se puso a dar vueltas. Su inquietud continuaba; y no había sido aliviada precisamente por la rápida mirada de desaprobación que, al marcharse, había observado en el rostro de Nina. Era una mirada que él había visto otras veces; sabía lo que significaba. Se iban a necesitar explicaciones. Se sintió molesto al pensar en aquello.

¿Cómo iba a explicarlo?

Más allá del vestíbulo del Palacio de la Ópera se extendía la calle nocturna, hundida en una calma desolada. Por la parte más lejana había desiertos edificios dedicados a oficinas, vacíos y negros, cerrados durante el fin de semana. Resplandecía la entrada de uno de ellos: una luz nocturna parpadeaba lúgubremente. Junto a la pared de hormigón había un montón de hojarasca, urdido por el viento de la noche. Anuncios, tiras de papel, huellas urbanas de diversa índole. Incluso desde donde estaba, aislado por espesas puertas de gruesos cristales, por el tramo descendente de escalones de hormigón, por la otra acera y por la calle, Cussick podía distinguir las letras de un cartel desgarrado.

PATRIO
neralmente un
de la ma

JONES QUIERE
vitación públi

Desgarrado por la mitad, el cartel seguía pregonando inútilmente. Pero por cada uno de los que habían sido arrancados por la policía, había mil más en las paredes, en las puertas; colgados en los restaurantes, en los escaparates, en los bares, en los urinarios, en las estaciones de gas, en las escuelas, en las oficinas, en las casas particulares. La flauta mágica y su rebaño… el hedor a gasolina ardiendo.

Cuando estalló el estruendoso tableteo final de aplausos, Cussick se puso tenso. Ya unas cuantas personas ansiosas se precipitaban por las puertas abiertas; aparecieron los porteros y rápidamente apartaron las puertas laterales. Avanzaba ya la primera falange de la concurrencia; riendo y conversando, poniéndose los abrigos, los bien vestidos ciudadanos de las plateas desembocaban en el vestíbulo como un jarrón de costosa joyería volcado repentinamente. Descendiendo por las amplias escaleras, patrones cortados con menos elegancia descendían en copioso arroyo. En pocos momentos Cussick se vio rodeado por una masa sólida de gente que hablaba, murmuraba y gesticulaba haciendo ruido.

Nina hizo un esfuerzo para llegar hasta él.

—Hola —dijo él, incómodo.

—¿Qué pasó? —pregunto Nina, medio ansiosa, medio exasperada —. ¿Te sentiste mal?

—Lo siento —resultaba difícil explicárselo—. El último acto me recordó algo; la escenografía, quiero decir. Una cosa lúgubre. Gente reuniéndose en la oscuridad.

Con tono ligero, Nina preguntó:

—¿Te recordó el servicio? ¿Las prisiones de la Policía, quizá? —hablaba con voz tensa, afilada en una acusación momentánea—. ¿Conciencia culpable?

Él sintió que el rostro se le arrebolaba.

—No, no es eso.

Al parecer había hablado en voz demasiado alta; algunas de las personas próximas miraron alrededor con curiosidad. Cussick apretó las mandíbulas irritadamente y se hundió las manos en los bolsillos.

—Más tarde hablaremos de eso.

—Muy bien —dijo Nina brillantemente, desplegando la lumbrarada familiar de su sonrisa de dientes brillantes—. Nada de escenas esta noche.

Ágilmente giró sobre sus talones, lanzando una ojeada a los grupos de gente en torno. La apretada línea de su frente daba a entender que todavía seguía su enfado; a él no le cabía duda. Pero el choque quedaba pospuesto.

—Lo siento —repitió Cussick torpemente—. Es siempre el maldito asunto. El escenario oscuro me lo recordó. Siempre se me olvida que toda la escena transcurre de noche.

—No te preocupes —contestó ella insistentemente, deseando alejar el tema. Sus uñas afiladas se hundieron aprisa en el brazo de su marido—. ¿Qué hora es? ¿Es ya medianoche?

Él examinó su reloj de pulsera.

—Poco más.

Frunciendo el ceño, Nina miró ansiosamente hacia la acera opuesta. Los taxis se deslizaban dentro de la zona de aparcamiento, recogían a los pasajeros y arrancaban inmediatamente.

—¿Crees que no le habremos visto? Era él quien tenía que esperar; él, ¿no? Me pareció haberle visto hace un segundo, cuando yo iba saliendo.

—¿Pero no nos iba a recoger en casa? —preguntó Cussick a su vez.

En cierto modo no se podía imaginar a Kaminski en una ópera de Mozart; el hombrecillo preocupado y carirredondo de espeso bigote pertenecía a un siglo completamente diferente.

—No, querido —dijo Nina pacientemente—. Nos vendrá a buscar aquí, ¿no recuerdas? Como de costumbre, estarías pensando en otra cosa. Se convino en que nosotros le aguardaríamos; él no sabe dónde vivimos.

La multitud estaba empezando a pasar del vestíbulo a la calle. Ráfagas de frígido aire nocturno penetraban en el teatro; se procedía a la ceremonia de colocarse los abrigos y ajustarse las pieles. El olor íntimo de perfumes y humo de cigarrillos se disipó en cuanto el vacío remoto y oscuro del mundo exterior fue abriéndose camino.

—Nuestro pequeño cosmos se deshace —observó Cussick mórbidamente—. Vuelve a imponerse el mundo verdadero.

—¿Qué es aquello? —preguntó Nina con aire absorto, estudiando todavía críticamente a las mujeres que tenían alrededor—. Mira lo que lleva aquella muchacha allí, aquella de azul.

Mientras Cussick procuraba mirar, una figura familiar empezó a avanzar hacia ellos.

—Hola —dijo Kaminski al llegar junto al matrimonio—. Siento haberme retrasado. Se me olvidó completamente.

La visión de Max Kaminski resultó un sobresalto. Hacía meses que

no veía al que en el POG había sido su Instructor Político. Kaminski estaba macilento y encorvado; tenía los ojos inyectados en sangre, subrayados por fofos círculos morados. Temblaban sus dedos cuando los alargó para el apretón de manos. Bajo un brazo llevaba un voluminoso paquete envuelto en papel pardo. Con una ligera inclinación de cabeza a Nina, fijándose en ella por primera vez, murmuró:

—Buenas noches, Nina. Me alegro de volverla a ver.

—No estuvo usted en la ópera —observó Nina con una mirada de desagrado al arrugado traje de servicio del hombre y al intempestivo paquete.

—No, no he podido ir. —La mano de Kaminski estaba húmeda y pegajosa; él la retiró y se mantuvo parado torpemente, fijando la mirada con un esfuerzo—. No puedo estar sentado en espectáculos muy largos. Bueno, ¿estamos listos?

—Desde luego —contestó Nina con mal humor; su desaliento se estaba convirtiendo casi en aversión.

Evidentemente, Kaminski había estado trabajando quince horas seguidas. La fatiga y el agotamiento nervioso se veían escritos en cada poro de su encorvado cuerpo.

—¿Qué lleva usted ahí? —preguntó, indicando el paquete.

—Os lo enseñaré más tarde —dijo Kaminski sin mucha efusión, sujetando el paquete con más fuerza.

—Vámonos, pues —dijo Nina entonces, tomando del brazo a su marido—. ¿Adónde?

—A buscar a la muchacha —murmuró Kaminski, andando con torpeza tras ellos—. Tengo que llamarla. Vosotros no la conocéis… Se me olvidó hablaros de ella. Es una chica muy agradable. Compondremos así un cuarteto bien avispado —trató de echarse a reír, pero el sonido que profirió semejaba más bien el de una carraca —. No me pidáis que os la presente, ignoro su apellido. La recogí en una de las oficinas exteriores.

Nina dijo entonces:

—Me gustaría ir primero a casa. Quiero ver como está Jackie.

—¿Jackie? —desconcertado, Kaminski apresuró el paso tras ellos —. ¿Quién es Jackie?

—Nuestro hijo —repuso Nina rudamente.

—Eso está bien —admitió Kaminski—. Conque tenéis un hijo. Nunca lo he visto —su voz se arrastró—. Con todo este trabajo, nunca sé si voy o vengo.

—Ahora precisamente va —dijo Nina, parándose al borde de la

acera, con el cuerpo rígido, en actitud desaprobadora, los brazos cruzados, aguardando activamente la llegada de un taxi—. ¿Está usted seguro de que se siente a tono? Da la impresión como si usted ya lo hubiera estado celebrando por su cuenta.

Cussick la cortó secamente.

—Deja eso.

Llegó el taxi y Nina entró malhumorada. La siguieron los dos hombres, y el taxi se disparó hacia el cielo.

Bajo ellos titilaban y guiñaban las luces de Detroit, estrellas esparcidas simétricamente en un universo hecho por el hombre. El fresco aire nocturno entraba a remolinos en la cabina del taxi, un viento áspero pero vivificante que ayudó a despejar la cabeza de Cussick. Sólo entonces Kaminski pareció recobrarse un poco.

—Su marido y yo llevamos una racha mala en los últimos tiempos —le dijo a Nina: una excusa atrasada—. Probablemente lo habrá notado.

Nina asintió.

—Nos están dejando en la estacada. Todo este esfuerzo… —hizo una mueca—. No es fácil vigilar toda la zona rincón por rincón, ladrillo tras ladrillo.

—¿Siguen aumentando los casos? —preguntó Cussick.

—Continuamente. En cada comarca, en cada pueblecillo. Está llegando a todas partes; es una mancha de aceite. ¿Cómo demonios vamos a aislar una cosa así? Hay gasolina ardiendo en todas las esquinas del mundo.

Nina preguntó pensativamente:

—¿Le sorprende a usted eso?

—Es ilegal —replicó Kaminski con furia pueril—. No tienen derecho a matar a esas cosas.

Las cejas delgadas y sombreadas de la mujer se alzaron interrogativamente.

—¿De verdad se preocupa usted por esos… pingajos?

—No —admitió Kaminski—. Desde luego que no. Me gustaría que todos estuvieran tostándose a pleno sol. Y a nadie les interesa; nadie se preocupa de los derivantes en forma alguna.

—Qué extraño —dijo Nina con voz cuidadosamente modulada—. Millones de personas están rabiosas, deseando violar la ley para mostrar su resentimiento, y ustedes dicen que a nadie le importa.

—A nadie que valga la pena —dijo Kaminski, perdiendo todo sentido de proporción sobre lo que decía—. Es algo que no interesa sino a los vividores y a los idiotas. Jones lo sabe y nosotros lo

sabemos; los derivantes son un medio, no un fin. Son un punto de cita, un pretexto. Estamos desarrollando un juego, un juego muy complicado. —Osadamente, murmuró—: ¡Dios, es algo que me asquea!

—Entonces —dijo Nina, prácticamente— dejen de jugar.

Kaminski rumió.

—Quizá tenga razón. A veces pienso eso: cuando estoy agotado, hundido entre estadísticas e informes. No deja de ser una idea.

—¿Dejar que quemen a los derivantes? —preguntó Cussick—. Y después, ¿qué? ¿Es que eso acabaría la cuestión?

—No —asintió Kaminski a regañadientes—, desde luego que no. Entonces empezaría el asunto verdadero. Porque los derivantes no están aquí todos; hay unos cuantos en nuestro sistema. Vienen de alguna parte; tienen un punto de origen.

—Más allá de los ocho muertos —dijo ella enigmáticamente.

Sacado de su letargo, Kaminski se incorporó bruscamente para mirar a la mujer. Astuto, con la faz arrugada, sombría por la sospecha, la seguía estudiando todavía cuando el taxi empezó a descender. Nina abrió su bolso y halló un billete de cincuenta dólares.

—Hemos llegado —dijo concisamente—. Puede usted entrar si quiere. O puede aguardar aquí; es cuestión de un segundo.

—Entraré —dijo Kaminski, al que se le notaba que no tenía deseo alguno de quedarse solo—. Me gustaría ver a vuestro pequeño. No lo he visto nunca —mientras tanteaba buscando la manija de la portezuela, murmuró inseguro—: ¿O sí lo he visto?

—No —contestó Cussick, fuertemente afectado por las pruebas de senilidad de su instructor. Con cuidado, alargó el brazo por encima de Kaminski y abrió la portezuela del taxi—. Entre con nosotros y caliéntese un poco.

El recibidor del apartamiento se encendió automáticamente en cuanto Nina empujó la puerta de entrada. Del dormitorio llegó una queja borboteante y monótona; Jackie estaba despierto y enfadado.

—¿Estará bien? —preguntó Cussick ansiosamente—. ¿No funcionará el aparato?

—Probablemente tiene hambre —dijo Nina, quitándose el abrigo y arrojándolo sobre una silla—. Voy a calentarle su botella.

Con la falda girándole en torno a los tobillos, desapareció por el vestíbulo hacia la cocina.

—Siéntese —dijo Cussick.

Kaminski se sentó agradecido. Puso el paquete a su lado, sobre el

diván.

—Tenéis aquí un rinconcito muy lindo. Limpio, fresco, todo nuevo.

—Lo decoramos cuando nos trasladamos aquí.

Kaminski miró a su alrededor con aire embarazado.

—¿Puedo ayudar en algo?

—¿Ayudar? —Cussick se echó a reír—. No, a menos que sea usted un experto en la alimentación de los bebés.

—No lo soy —con gesto lastimero, se tiró de una manga del abrigo —. Nunca he tenido nada que ver con cosas de éstas —lanzó una mirada circular por el recibidor, pintándose en su rostro una nostalgia inútil—. La verdad es que os envidio.

—¿Esto?

La salita de estar estaba muy bien amueblada. Era un apartamiento pequeño, mantenido rigurosamente a raya, mostrando el gusto de la mujer en los muebles y en el decorado.

—Supongo que no está mal —admitió Cussick—. Nina lo cuida muy bien. Pero no son más que cuatro habitaciones. —Añadió secamente—: Nina me lo recuerda de vez en cuando.

Con tono disgustado, Kaminski dijo:

—Tu esposa me mira con hostilidad. Lo siento; es una cosa que me preocupa. ¿Por qué me mira así?

—Es usted policía.

—¿No puede tragar al Servicio? —insistió Kaminski—. Ya pensé que sería eso. Ahora no resulta nada popular. Y cada vez va siéndolo menos. A medida que Jones sube, nosotros bajamos.

—A ella nunca le gustó —dijo Cussick en voz baja; podía oír los sonidos distantes de Nina agitándose en la cocina, calentando la fórmula del bebé, haciendo resonar sus tacones mientras entraba a toda prisa en el dormitorio, y los débiles murmullos de su conversación con el niño—. Ella procedía de una agencia de información. El Relativismo nunca afincó muy profundamente en la clase media; todavía están vinculados a los viejos slogans de Bondad, Verdad y Belleza. La Policía no tiene nada de bella, desde luego… y ella se pregunta si tiene algo de buena —sardónicamente, continuó—. Después de todo, admitir la necesidad de la policía secreta sería admitir la existencia de cultos absolutistas fanáticos.

—Pero ella ha oído hablar de Jones.

—Algunas veces creo que las mujeres son receptores totalmente pasivos, como pedazos de papel de tornasol.

—Algunas mujeres —corrigió Kaminski, moviendo la cabeza—. No todas.

—Ella piensa de Jones lo que piensa el público en general. Yo puedo adivinar lo que piensa el público hablando con ella. Parece obtener sus ideas intuitivamente, por una especie de ósmosis psíquica. —Al cabo de un momento, contó—: Un día robó unos vasitos de un almacén. Entonces no pude imaginármelo. Más tarde lo comprendí todo… pero hubo necesidad de dos hurtos más para poner las cosas en claro.

—¡Ah! —dijo Kaminski—. Sí, naturalmente. Tú eres un poli. Ella se siente resentida contra ti. Por tanto, quebranta la ley y de esa forma se afirma contra los polis —levantó la mirada—. ¿Lo comprende ella así?

—No exactamente. Ella sabe que siente contra mí una indignación moral. Prefiero pensar que no es sino un idealismo hecho de slogans trasnochados. Pero puede ser algo más. Nina es ambiciosa; procede de una buena familia. Socialmente le gustaría estar sentada en los palcos, no en el patio de butacas. Estar casada con un poli nunca ha sido socialmente útil. Es un estigma. Ella no puede soportarlo.

Kaminski observó pensativamente:

—Eso es lo que tú dices. Pero se te nota que estás totalmente enamorado de ella.

—Bueno, la verdad es que espero retenerla.

—¿Dejarías el Servicio por conservarla, si es que tuvieras que elegir?

—No sé qué decirle. Espero que nunca tendré que elegir. Probablemente depende de lo que haga Jones. Y eso nadie puede saberlo, excepto el mismo Jones.

Nina apareció en la puerta.

—Ahora ya está tranquilo. Podemos irnos.

Poniéndose en pie, Cussick preguntó:

—¿De verdad tienes ganas de salir?

—Desde luego —contestó Nina—. No tengo el menor deseo de quedarme aquí, si es a eso a lo que te refieres.

Mientras la mujer recogía sus cosas, Kaminski preguntó titubeando:

—Nina, ¿podría ver a Jack antes de irnos?

Nina sonrió; su rostro se dulcificó.

—Desde luego, Max. Venga usted al dormitorio —soltó sus cosas—. Pero no haga mucho ruido.

Kaminski recogió su paquete y los dos hombres la siguieron obedientemente. El dormitorio estaba oscuro y cálido. En su cunita el niño yacía profundamente dormido, una manecita subida hasta la boca, las rodillas levantadas. Kaminski se detuvo un rato, con las manos en la baranda de la cuna. El único sonido era la suave

respiración del bebé y el clip continuo del vigilante robot.

—Realmente no tenía hambre —explicó Nina—. Ya él —indicó al vigilante— le había dado de comer. Solamente me echaba de menos.

Kaminski empezó a inclinarse hacia el niño, luego cambió de idea.

—Tiene muy buen aspecto —dijo torpemente—. Se te parece muchísimo, Doug. Tiene tu misma frente. Pero ha sacado los cabellos de Nina.

—Sí —admitió Cussick—. Va a tener un cabello bonito.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Azules. Como los de Nina. El ser humano perfecto; mi poderosa inteligencia y la belleza de ella —bromeó.

Pasó el brazo alrededor del talle de su esposa y la ciñó fuertemente.

Contrayendo los labios, Kaminski dijo a media voz:

—Me pregunto cómo será el mundo cuando él haya crecido. Me pregunto si estará entre ruinas con una pistola y un brazalete… cantando un slogan.

Abruptamente, Nina dio media vuelta y salió del dormitorio. Cuando la siguieron la hallaron de pie en la puerta de la salita de estar, con el abrigo puesto y el bolso bajo el brazo, calzándose los guantes con movimientos rápidos y bruscos.

—¿Listos? —preguntó con voz crispada.

Con la afilada puntera de su zapato de noche abrió la puerta del vestíbulo de un puntapié.

—Entonces, vámonos. Recogeremos a esa *muchacha* de Max y nos pondremos en marcha.

IX

La muchacha estaba aguardando aburridamente en el edificio anexo a la Seguridad. Kaminski ordenó que el taxi se detuviera en la travesía en penumbra; se bajó y anduvo por el pasaje sombrío hacia el alto edificio de hormigón. Después de un corto intervalo, regresó con una figura pequeña y solemne. Ya se las había arreglado para averiguar su nombre.

—Tyler —murmuró, ayudándola a entrar en el taxi—, estos son Doug y Nina Cussick —indicando a la muchacha, concluyó—: Tyler Fleming.

—Hola —dijo Tyler alegremente, echando la cabeza hacia atrás y lanzando una mirada alrededor.

Tenía ojos grandes y negros. Su cutis era liso y tenía el cabello corto y alborotado. Era esbelta, casi delgada, con un cuerpo muy joven y todavía no formado bajo su sencillo vestido de noche.

Nina la examinó críticamente y preguntó:

—¿No la he visto a usted en alguna parte? ¿Está usted empleada en Seguridad?

—Estoy en Investigación —contestó Tyler, en un susurro casi inaudible—; en Seguridad sólo he estado unos meses.

—Llegará usted lejos —observó Nina, al mismo tiempo que hacía señal al taxi para que se elevara.

Un momento después estaban en marcha. Con irritación, bajó el soporte para descansar el brazo cuando iban a gran velocidad.

—Es casi la una —explicó—. Si no nos damos prisa, no veremos nada.

—¿Ver? —preguntó Cussick aprensivamente.

Por indicación de Nina, el taxi les dejó en la sección norte de la playa de San Francisco. Cussick pagó al robot encargado del taxímetro con noventa dólares sueltos, y el vehículo despegó. A la derecha de donde estaban se extendía la avenida Columbus con sus conocidas filas de bares, bodegas, cabarets y restaurantes del mercado negro. La gente avanzaba por las calles en gran cantidad; sobre sus cabezas, el cielo estaba cubierto de taxis interurbanos elevándose y descendiendo.

Guiñaban carteles multicolores; escaparates chirriantes y deslumbradores centelleaban en cada acera.

Al ver adonde Nina les había traído, Cussick sintió una punzada de malestar. Sabía que ella había ido anteriormente a San Francisco; informes de la policía habían mencionado su presencia en el área de vigilancia de la playa norte. Pero él había supuesto que se trataba de un manejo clandestino, de una protesta encubierta; nunca había esperado que le trajese por estos sitios. Nina se inclinaba ya decididamente hacia las escaleras de un bar subterráneo; parecía saber con toda exactitud a dónde ir.

Colocándose a su altura, le preguntó:

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Nina se detuvo.

—¿Hacer el qué?

—Esta es una zona que me gustaría hubieran demolido. Fue mala suerte que las bombas no acabaran con ella de una vez para siempre.

—Estaremos muy bien —le aseguró ella relamidamente—. Conozco por aquí a varias personas.

—¡Dios mío! —exclamó Kaminski, viendo por primera vez donde estaban—. ¡Estamos cerca de *ellos*!

—¿De quiénes? —preguntó Cussick intrigado.

El rostro aflojado de Kaminski volvió a endurecerse. No dijo nada más; colocando su mano sobre el hombro de Tyler, la guió hacia las escaleras. Nina había empezado ya a bajar; Cussick la seguía con repugnancia. Kaminski iba el último, absorto en un mundo sombrío exclusivamente suyo, pensando y refunfuñando acerca de temas esotéricos conocidos sólo en la duda mordiente de su propia consciencia. Tyler, seria y adaptable, descendía gustosamente, sin resistencia. A pesar de lo joven que era, parecía totalmente segura de sí; en su rostro no había signo alguno de asombro.

El bar subterráneo estaba abarrotado de gente; una masa densa y compacta que se movía y ondulaba como un único organismo. Un estrépito constante de estridentes ruidos rugía ensordecedor; el aire ofuscaba con el clima de humo, de sudor y de voces constantes de seres humanos. Camareros robots, colgados del techo, rodaban acá y allá, sirviendo bebidas y recogiendo vasos.

—Por aquí —dijo Nina, enseñando el camino.

Cussick y Kaminski cambiaron miradas sugestivas; aquellos lugares no eran estrictamente ilegales, pero la Seguridad habría preferido cerrarlos. La zona norte de la playa de San Francisco era la *béte noire* de los escuadrones del vicio, un último remanente del estrato pre-

bélico de la luz roja.

Nina se sentó junto a una diminuta mesa de madera empotrada contra la pared. Encima, una araña de similor parpadeó afanosamente. Cussick encontró un escabel y se sentó incómodo; Kaminski se dedicó al rito mecánico de buscar una silla para Tyler y otra para sí mismo. Inclinándose, dejó su paquete en el suelo, apoyado contra una pata de la mesa. Los cuatro estaban sentados muy juntos, con los codos y los pies rozándose, mirándose unos a otros por encima de la superficie cuadrada de la mesa mojada.

—Bueno —dijo Nina alegremente—, aquí estamos.

Su voz apenas se oía en el tumulto. Cussick se agachó y trató de resistir el clamor constante. El aire cerrado, el movimiento frenético de la gente le ponían vagamente enfermo. La diversión de Nina tenía un tono amargo y deliberado; se preguntaba qué pensaría Tyler. Ella no parecía pensar en nada; bonita, competente, se sentó, desabrochándose el abrigo, con una expresión agradable en su rostro.

—Este es el precio que tenemos que pagar —comentó en los oídos de Cussick la voz de Kaminski—. Tenemos el Relativismo; cada cual puede hacer lo que le guste.

Algunas de sus palabras llegaron a Nina.

—¡Oh, sí! —asintió ella con una sonrisa apretada—. Tienen ustedes que dejar que la gente haga lo que quiera.

El camarero robot bajó del techo como una águila de metal, y Nina volvió su atención al listado. De la lista eligió una preparación de heroína por vía bucal, luego pasó la hoja a su marido.

Petrificado, Cussick vio cómo el robot traía un paquete de cápsulas blancas envueltas en papel de celofán.

—¿Tú tomas estas cosas? —preguntó.

—De vez en cuando —contestó Nina con fatuidad, abriendo el paquete con sus afiladas uñas.

Dócilmente, Cussick pidió marihuana para él; Kaminski hizo lo mismo. Tyler examinó la lista con interés, y finalmente se decidió por un licor elaborado a base de la droga *artemisia*. Cussick pagó la cuenta, y el camarero, después de servir las consumiciones, recogió el dinero y zarpó.

Nina, ya bajo la influencia de la heroína, estaba sentada con las manos cruzadas, los ojos vidriosos, respirando débilmente. En la garganta le había brotado un ligero brillo de sudor; gota a gota le iba corriendo por el cuello y se evaporaba en el calor de la sala. Él sabía que la droga había sido rebajada severamente por orden de la policía, pero todavía seguía siendo un narcótico poderoso. Podía casi percibir

un movimiento rítmico en el cuerpo de su mujer; se balanceaba hacia adelante y hacia atrás obedeciendo a una música que no oían los demás.

Alargando un brazo, le tocó la mano. Tenía la carne fría, dura, pálida como la piedra.

—Querida —dijo él gentilmente.

Con un esfuerzo, ella pudo fijar en él su mirada.

—Hola —dijo ella, un tanto tristemente—. ¿Cómo estás?

—¿De verdad nos odias hasta este punto?

Ella sonrió.

—No a vosotros, a nosotros. A todos nosotros.

—¿Por qué?

—La verdad —dijo Nina en tono remoto, desligado, traído a la realidad por una fantástica concentración de voluntad—, parece todo tan endemoniadamente sin esperanzas… Todo, como dice Max. No hay nada. Estamos viviendo dentro de la muerte.

Kaminski, fingiendo no oír, fingiendo no prestar atención, estaba sentado en una actitud de hielo y recogía cada palabra, reaccionando con intenso dolor.

—Quiero decir —continuó Nina— que hubo guerra, y ahora estamos donde estamos. Y Jackie también. ¿Para qué? ¿Adónde podemos ir? ¿Qué podemos buscar? Ni siquiera se nos permite tener ilusiones románticas, ninguna de ellas. Ni siquiera podemos decirnos mentiras a nosotros mismos. Si lo hacemos —sonrió sin rencor—, entonces nos llevan a los campamentos de trabajos forzados.

Fue Kaminski quien contestó:

—Tenemos a Jones… El Torbellino, que nos va barriendo. Esa es la cosa peor que pueda decirse de nuestro mundo… que haya permitido que vean esa bestia.

Tyler sorbió su cóctel y no dijo nada.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Nina—. No podéis mantener en pie vuestro mundo; os dais cuenta de que está acabado. Jones ha venido, tenéis que reconocerle. Él es el futuro; está todo entremezclado, enmarañado, hecho una madeja. No podéis tener una cosa sin la otra… Vuestro mundo no tiene futuro propio.

—Jones quiere matarnos a todos —dijo Kaminski.

—Pero eso, por lo menos, tendría algún sentido. Estaríamos haciendo algo —la voz de Nina se arrastraba, alejándose más y más de ellos—. Sería para algo. Nos esforzaríamos por llegar a algún sitio, como antes solíamos hacer.

—Un idealismo vacío —comentó Cussick lastimeramente.

Nina no contestó. Había desaparecido dentro de su mundo interior; su rostro estaba hueco, desgajado de personalidad.

Sobre la plataforma levantada en la parte trasera de la sala, una conmoción había empezado a ponerse en marcha: la pista de atracciones del local, el espectáculo nocturno. El auditorio empezó a concentrar su atención en aquel punto; los racimos de gente estacionados al pie de las escaleras tendían sus cuellos ansiosamente. Sin alegría, Cussick miraba, indiferente a lo que estaba sucediendo, dejando su mano todavía en la de su esposa.

En la pista aparecieron dos figuras, un hombre y una mujer. Sonrieron a la concurrencia, y luego se quitaron los vestidos. Cussick se acordó del primer día que había caminado por el negro suelo de escorias para ir a visitar la feria. El brillante día de abril en que había presenciado los variados fenómenos y monstruos mutantes coleccionados procedentes de la guerra. El recuerdo crecía en su interior, una mezclada nostalgia de su propia juventud esperanzada, de sus vagas ambiciones y de su idealismo.

Las dos figuras en escena, profesionalmente hábiles y bien conformadas, habían empezado a hacerse el amor. La acción se desarrollaba conforme a un ritual: había sido hecha tantas veces, que ya sólo consistía en una serie de movimientos de danza, terminado en un momento de ritmo febril; el sexo sin intensidad ni pasión. Al llegar a un punto determinado, la figura del hombre empezó a transformarse. Al cabo de un rato, lo que existía era el movimiento rítmico de dos mujeres. Luego, hacia el final, la figura que originalmente se había presentado como mujer se transformó en un hombre. Y el baile acabó tal como había empezado. Con un hombre y una mujer haciéndose tranquilamente el amor.

—Una proeza —admitió Kaminski cuando el hombre y la mujer se pusieron sus trajes, saludaron, y abandonaron el escenario.

Habían cambiado de vestidos: el efecto final resultó abrumador. Un trueno de sinceros aplausos resonó en la sala: no podía negarse que ambos eran unos artistas.

—Recuerdo la primera vez que vi a mutantes hermafroditas en acción. Ahora parece uno de tantos espectáculos —observó Kaminski irónicamente—. Un ejemplo más del Relativismo en acción.

Durante un rato ninguno de los cuatro habló. Por último, Tyler dijo:

—Me pregunto hasta qué extremo podremos llegar.

—Creo que hemos ido todo lo lejos que podíamos —contestó Cussick—. Ahora todo lo que nos queda por hacer es esperar que la

cosa quede en donde está.

—¿Fuimos demasiado lejos? —preguntó Kaminski con voz implorante.

—No —dijo Cussick con sencillez—. Teníamos razón. Tenemos razón ahora. Es una paradoja, una contradicción, una ofensa criminal el decirlo. *Pero tenemos razón*. Secretamente, encubiertamente, hemos llegado a creerlo —sus dedos se crisparon convulsos en torno a la mano fría de su esposa—. Hemos conseguido mantener la voluntad de conservar a nuestro mundo apartado de la caída total.

—Quizá sea ya demasiado tarde.

—Sí —dijo Nina de pronto—. Es demasiado tarde.

Su mano se zafó con iracunda sacudida de la mano de Cussick. Moviendo la mandíbula espasmódicamente, se inclinó hacia adelante, rechinando los dientes y con las pupilas dilatadas.

—Por favor, querida…

Cussick se levantó, y Tyler hizo lo mismo.

—Me cuidaré de ella —dijo la muchacha, dando un rodeo a la mesa para acercarse a Nina—. ¿Dónde está el tocador de señoras?

—Gracias —dijo Kaminski, aceptando un cigarrillo de Cussick. Las mujeres no habían vuelto. Después de encender, Kaminski observó—: Supongo que ya sabrá usted que Jones ha escrito un libro.

—¿Diferente de las publicaciones de los Patriotas Unidos?

Desde el suelo, junto a la mesa, Kaminski abrió su paquete envuelto en papel pardo; lo abrió cuidadosamente.

—Esto es un resumen —dijo—. Se llama *La Lucha Moral*. Expone todo su programa: lo que él quiere realmente, lo que propugna. El mito del Movimiento.

Depositó el abultado volumen en el centro de la mesa y manoseó las páginas.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó Cussick, mirando el paquete a su vez.

—Todo no. No está completo; Jones está pontificando oralmente. El libro es una transcripción de sus arengas… va creciendo a trancas y barrancas.

—¿Qué quería usted decir —preguntó Cussick— con eso de que estábamos cerca de *ellos*? ¿De Jones hablaba usted?

Una expresión extraña, desvaída y oblicua apareció en el rostro del anciano. Recogiendo su libro, comenzó a envolverlo de nuevo.

—No recuerdo haber dicho eso.

—Cuando estábamos entrando.

Kaminski terminó de preparar su paquete; volvió a colocarlo en el suelo, contra la pata de la mesa.

—Uno de estos días puede que intervenga usted en esto. Pero todavía no.

—¿No puede usted darme ninguna información?

—No, realmente no. Es algo que tiene que ir creciendo. Es importante. Indudablemente, aquí, en esta zona. Y desde luego es algo que afectará a un gran número de individuos.

—¿Lo sabe Jones?

Kaminski se estremeció.

—Dios no lo quiera. Aunque por otra parte, es muy posible. ¿No lo sabe él todo? Pero de todas formas, no puede hacer nada en cuanto a eso… no tiene ningún poder legal.

—Entonces es algo que depende de Fedgov.

—¡Oh, si! —concedió Kaminski sombríamente—. Fedgov sigue actuando todavía. Haciendo funcionar unos cuantos trucos finales antes de hundirse definitivamente.

—¿Doy esa impresión? En realidad no tenemos que enfrentarnos más que con un profeta… deberíamos estar muy acostumbrados. Ha habido montones de profetas antes; el Nuevo Testamento está lleno de ellos.

—Me refiero a Aquél a quien Juan profetizó.

—Está usted desvariando.

—No, estoy repitiendo. Son palabras que he oído. La Segunda Venida… Después de todo, se sabe que Él se mostrará de nuevo, alguna vez. Y el mundo ciertamente lo necesita, en estos momentos.

—Pero eso colocaría a los derivantes en la posición de… —Cussick hizo una mueca—. ¿Cuál es el término?

—Hordas del Infierno. —Soplando nubes de humo gris de su cigarrillo, Kaminski continuó—: Peones de Satanás. Los Malos.

—Entonces, no hemos retrocedido cien años. Hemos retrocedido un milenio.

—Puede que eso no sea tan malo. Los derivantes no son gente; son ampollas irracionales. Suponga lo peor: supongamos que Jones entiende. Acabamos con los derivantes aquí, y luego limpiamos los planetas uno a uno. Después de eso… —Kaminski hizo un gesto—. A las estrellas. Con flamantes astronaves de guerra. Persiguiendo a los bastardos, exterminando la raza. Bueno, ¿y qué? ¿Qué pasa después? El enemigo ha desaparecido, una raza de amebas gigantescas ha perecido. ¿*Es eso tan malo*? Sólo estoy tratando de ver las posibilidades que hay en eso. Estaremos más allá del sistema. Mientras que ahora,

sin la espuela, sin el odio, sin la sensación de estar combatiendo a un enemigo, languidecemos.

—Está diciendo usted lo mismo que Jones —comentó Cussick.

—Puede usted asegurarlo.

—¿Quiere que sea yo quien le muestre su error? El peligro no está en la guerra; está en la actitud que hace que la guerra sea posible. Para luchar, hemos de creer en que nosotros representamos la Razón y ellos el Error. Blanco contra negro, bueno contra malo. Los derivantes no tienen nada que ver con eso; son sólo un medio.

—Yo disentiría de usted en un punto —dijo Kaminski intensamente —. ¿Está usted convencido, totalmente, de que en la guerra misma no hay peligro alguno?

—Desde luego —dijo Cussick. Pero de pronto se sintió inseguro—. ¿Qué pueden hacernos protoplasmas primarios, unicelulares?

—No lo sé. Pero nunca hemos reñido una guerra con seres no terrestres. No me gustaría correr el albur. Recuérdelo, todavía no sabemos lo que son. Puede que nos quedemos sorprendidos uno de estos días. Sorprendidos o algo peor. Podemos descubrir algo que nos desagrade.

Abriéndose paso entre las mesas muy juntas, Tyler y Nina regresaron a sus asientos. Pálida y sacudida, pero con completo dominio de sí misma, Nina se sentó juntando las manos, fija su atención en la plataforma alzada.

—¿Se han ido ya? —inquirió débilmente.

—Estábamos preguntándonos —dijo Tyler— cómo se decidirían los hermafroditas. Esto es, mientras que Nina y yo estábamos allí dentro, podría entrar también uno de ellos, y no sabríamos si darnos o no por ofendidas —remilgadamente tomó un sorbo de su bebida—. Un montón de mujeres de aspecto insólito iba y venía por el tocador, pero ninguna era uno u otro de los hermafroditas.

—Uno de ellos está allí —dijo Nina lánguidamente—. Junto al sintonizador.

Apoyado contra la cuadrada máquina de metal, estaba uno de los bailarines, el que había empezado como muchacho. Era todavía una mujer, tal como había acabado su actuación. Esbelto, de corto cabello castaño, llevando una blusa, faldas y sandalias, era un perfecto andrógino. Su rostro neutral estaba vacío de toda expresión; si acaso, una ligera expresión de cansancio, nada más.

—Dile que venga —dijo Nina tocando el brazo de su marido.

—No hay sitio —dijo Cussick rotundamente; no quería tener nada que ver con aquello. Vio cómo ella se agachaba—. Y no te muevas. Te

quedas aquí.

Nina le lanzó una mirada rápida, de animal, y luego se resignó.

—Todavía sientes de esa manera, ¿verdad?

—¿De qué manera?

—Dejémoslo —las manos de Nina se movieron inquietas sobre la superficie de la mesa—. ¿Podríamos beber algo? Me gustaría un coñac.

Cuando llegaron las nuevas bebidas, Nina alzó su copa en un brindis.

—Vamos a brindar —anunció ella, y las otras copas se alzaron; se produjo un débil tintineo al rozarse—. Por un mundo mejor.

—Dios mío —dijo Kaminski cansadamente—, me fastidia hablar de esa manera.

Ligeramente divertida, Nina preguntó:

—¿Por qué?

—Porque eso no significa nada —atragantándose, Kaminski luchó con la acritud de su whisky—. ¿Quién no está a favor de un mundo mejor?

—¿Es cierto —preguntó Tyler al cabo de un rato— que se han mandado exploradores a Próxima Centaurus?

Kaminski asintió.

—Es cierto.

—¿Ha habido alguna suerte?

—No se han hecho públicos los datos.

—En otras palabras —dijo Tyler—, nada de valor.

Kaminski se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe?

—Jones —murmuró Nina.

—Entonces preguntádselo a él. O aguardad el comunicado oficial. No me deis la lata con eso.

—¿Qué sucede con Pearson? —pregunta Cussick para cambiar de tema—. He oído rumores de que está trabajando día y noche, reclutando gente, organizando proyectos.

—Pearson está resuelto a parar a Jones —contestó Kaminski remotamente—. Está convencido de que puede hacerse.

—Pero si nos volvemos tan fanáticos como ellos…

—Pearson es peor. Come, duerme, piensa, vive de Jones. No puede descansar. Cada vez que voy a su ala veo un batallón de guardias armados rondando en torno: ametralladoras, tanques y proyectiles cohetes.

—¿Cree usted que eso servirá para algo?

—Queridos —dijo Nina, midiendo sus palabras—, ¿es que vosotros no veis nada positivo en eso?

—¿En qué?

—Quiero decir en eso de que tengamos un hombre con ese talento tan maravilloso… Puede hacer cosas que nosotros no hemos hecho nunca. Ya no tenemos necesidad de conjeturar. *Ahora sabemos*. Podemos estar seguros de adónde vamos.

—Me gusta tener que conjeturar —dijo Cussick llanamente.

—¿Si? Quizá todo el mal estriba en eso; tal vez no te das cuenta de que mucha gente lo que quiere es certidumbre. Habéis rechazado a Jones. ¿Por qué? Porque vuestro sistema, vuestro gobierno está edificado en torno a la ignorancia, a la conjetura. Es un sistema que supone que nadie puede saber —alzó sus fríos ojos azules—. Pero ahora podemos saber. Así es que, en cierto sentido, estáis pasados de moda.

—Bueno —comentó Tyler divertida—, entonces me veo sin empleo.

—¿Qué hacía usted antes de entrar a Seguridad? —le preguntó Cussick.

—No hacía nada; este es mi primer empleo. Sólo tengo diecisiete años. Me siento un tanto desplazada junto a ustedes… realmente no tengo experiencia de nada.

Indicando el vaso de la muchacha, Kaminski comentó:

—Una cosa puedo decirle: esa especie de resina roja le hará polvo el sistema nervioso. Ataca el ganglio espinal superior.

—Oh, no —replicó Tyler rápidamente—, ya estoy prevenida contra eso —echó mano al bolso—. Para estos casos llevo un neutralizador sintético. De lo contrario, no tomaría nada.

El respeto de Cussick hacia la muchacha aumentó.

—¿De qué parte del mundo viene usted? —le preguntó con curiosidad.

—Nací en China. Mi padre era oficial de la Policía en el Secretariado de Kweiping del Partido Comunista del Pueblo Chino.

—Entonces nació usted en aquel bando de la guerra —comentó Cussick asombrado—. Se educó usted —hizo una mueca— en lo que la gente llama el bando judío-ateo-comunista.

—Mi padre era un devoto trabajador del Partido. Luchó con alma y vida contra los fanáticos mahometanos y cristianos. Fue él quien me educó; mi madre murió por efecto de las toxinas bacteriales. Como ella no era oficial, no tenía derecho a resguardarse en un refugio. Yo vivía con mi padre en sus oficinas del Partido, a unos dos kilómetros

bajo tierra. Estuvimos allí hasta que la guerra acabó —se corrigió a sí misma—. Es decir, estuve ahí yo. Mi padre fue fusilado por el Partido poco antes del fin de la guerra.

—¿Fusilado, por qué?

—Desviacionismo. El libro de Hoff había empezado a circular también en nuestra zona. Mi padre y yo copiamos a mano trozos, distribuyéndolos entre trabajadores del Partido. Fue algo completamente revolucionario; muchos de nosotros no habíamos oído hablar nunca del sistema plurivalual. La idea de que todo el mundo pudiese tener razón, que todo el mundo tuviese derecho a su propia manera de vivir, ejerció en nosotros un efecto sorprendente. El concepto hoffiano del estilo personal de vida… era algo excitante. Ni dogma religioso ni dogma antirreligioso; no más forcejeos sobre qué interpretación de los textos sagrados era la correcta. No más sectas, grupos fraccionados, facciones; no más herejes a los que fusilar y quemar y encerrar.

—Usted no es china —dijo Nina.

—No, soy inglesa. Mi familia era de misioneros anglicanos, antes de que se hiciesen comunistas. En China había una comunidad de comunistas ingleses. Llevaban ya tiempo viviendo allí.

—¿Recuerda usted mucho de la guerra? —preguntó Kaminski.

—No mucho. Las incursiones de los cristianos que salían de Formosa… El trabajo clandestino en la imprenta por las noches, el reparto secreto…

—¿Cómo pudo usted librarse? —preguntó Cussick—. ¿Por qué no la fusilaron a usted también?

—No tenía más que ocho años; era demasiado pequeña para que me fusilaran. Me adoptó uno de los jefes del Partido, un viejo caballero chino muy amable, que todavía leía a Lao-Tsé y tenía incrustaciones de oro en los dientes. Yo era enfermera del Partido Comunista cuando la guerra acabó y el aparato del Partido se desintegró —meneó la cabeza—. Fue todo un destino tan horrible… La guerra podría haberse evitado tan fácilmente. Sólo con que la gente hubiera sido un poco menos fanática.

Nina se había puesto en pie.

—Querido —le dijo a su marido—, ¿podrías hacerme un favor? Me gustaría bailar.

Una parte del suelo abarrotado quedó limpio para el baile; unas cuantas parejas se empujaban únicamente adelante y atrás.

—¿Realmente te gustaría? —preguntó Cussick con cansancio, al tiempo que se levantaba—. Si no es más que un rato…

—Es una muchachita encantadora —dijo Nina con tono distante, cuando los dos se vieron en medio de la masa compacta de bailarines —. Es interesante eso que ha contado de repartir la propaganda de Hoff entre los ofíciales del Partido.

De pronto, Nina apretó a su marido con fuerza.

—Me gustaría… —su voz se rompió quejumbrosamente—. ¿No hay ninguna manera de volver atrás?

—¿Atrás? —se sentía perplejo—. ¿Atrás, dónde?

—Adonde estábamos antes. No estar disgustados a cada momento. Parecemos estar tan distanciados. Ya no nos entendemos el uno al otro.

Ciñó a su esposa con fuerza; bajo sus manos, el cuerpo de ella se tornaba de una fragilidad increíble.

—Es esta maldita cosa… Algún día terminará, y estaremos unidos como lo estábamos antes.

Sobrecogida, Nina alzó la mirada con expresión implorante.

—¿Es que tiene que *terminar*? ¿Es preciso acabar con eso? ¿No se le puede aceptar?

—No —dijo Cussick—. Nunca lo aceptaremos.

Las afiladas uñas de la mujer se hundieron duramente en su espalda. Durante un intervalo ella reclinó su cabeza en el hombro del marido, un mechón de cabellos acariciándole las mejillas. El perfume familiar de la mujer subió al rostro de Cussick: el dulce perfume de su cuerpo, el calor de su cabello. Todo aquello, la lisura de los hombros desnudos, la sedosa contextura del vestido, el débil velillo de sudor que perlaba sus labios. Rudamente, la apretó contra sí, estrujándola silenciosamente, con avidez. Ella levantó la barbilla, gimió soñadoramente, y le besó en la boca.

—Probaremos —dijo ella con blandura—. Haremos todo lo que podamos, ¿verdad?

—Ni que decir tienes —contestó él, hablando de todo corazón—. Es demasiado importante; no podemos permitir que nuestras vidas se estropeen de esta forma. Y ahora que tenemos a Jack… —torpemente, sus dedos buscaron la base del cuello de la mujer, apartando el torrente de espesos cabellos—. No vamos a dejarlo para los buitres.

X

Después de que acabó el baile él la condujo de nuevo hasta la mesa, apretando con fuerza sus deditos hasta que los dos llegaron a sus asientos. Kaminski estaba allí, derrengado, medio dormido, refunfuñando vagos sonidos ásperos. Tyler estaba sentada muy derecha; había terminado su bebida y pidió otra.

—¿Otra ronda? —preguntó Nina, con frívola alegría.

Llamó al camarero y volvió a dar órdenes.

—Max, tiene usted el aspecto de quien va a morirse encima de nosotras.

Haciendo un esfuerzo, Kaminski levantó su cabeza enmarañada.

—Madame —contestó—, déjele algo a un hombre.

La noche estaba llegando a su fin; la gente comenzaba a retirarse del mostrador y a acercarse a las escaleras que conducían a la calle. En la alzada tarima, el hombre y la mujer habían reaparecido: se quitaron sus trajes y reanudaron su danza. Cussick apenas se fijaba; absorto en una contemplación sombría, estaba allí sorbiendo lúgubremente su bebida, dándose cuenta apenas del murmullo de las voces y de la pesada opacidad del aire. Cuando acabó la representación, la mayor parte de la concurrencia se puso en pie y empezó a empujarse hacia la salida. Ya la sala estaba medio vacía. Desde las escaleras de la calle, una ráfaga del frígido aire mañanero entró en torbellinos, haciendo estremecer a la gente sentada todavía ante sus mesas.

—Es tarde —dijo Cussick.

Frente a él, el rostro de Nina palideció de pánico.

—Tardarán todavía mucho en cerrar —protestó patéticamente—. Y en la parte de atrás no cierran nunca. Vuelve a bailar conmigo, antes de que nos vayamos.

Cussick meneó la cabeza.

—Lo siento, cariño. Me caería.

Nina estaba ya en pie.

—Max, ¿querría usted bailar conmigo?

—Desde luego —dijo Kaminski—. Estoy dispuesto a hacer

cualquier cosa. Divirtámonos, mientras tengamos tiempo.

Agarrándola torpemente por el brazo, la condujo, medio la arrastró entre la gente que se marchaba, hacia la parte delantera del salón. Allí unas cuantas parejas embriagadas se movían adelante y atrás. Los dos hermafroditas, ahora ambos mujeres, estaban bailando tranquilamente con parejas masculinas. Luego, cansados de aquello, cambiaron de sexo y de trajes, se convirtieron en hombres, y se pusieron a circular entre las mesas buscando parejas femeninas.

Sentado ante su mesa, Cussick preguntó:

—¿Crees que pueden dominar eso?

Tyler dio un sorbo a su bebida.

—Probablemente. Es un arte como otro cualquiera.

—Es una depravación.

Una a una, las luces se iban apagando. Cuando Cussick alzó de nuevo la mirada vio a Kaminski echado de bruces sobre una mesa, sin bailar. ¿Dónde estaba Nina? Durante algún tiempo no pudo localizarla; luego identificó su familiar cabello rubio. Ella estaba bailando con uno de los hermafroditas, brillándole el rostro con desesperada excitación. Ciñéndola con el brazo, el esbelto joven bailaba desapasionada y expertamente.

Antes de pensarlo, ya Cussick estaba en pie.

—Espérame aquí —le dijo a Tyler.

Recogiendo su bolso y su abrigo, Tyler empezó a caminar tras él.

—Será mejor que no nos separemos.

Pero Cussick sólo podía pensar en Nina. Su esposa y el hermafrodita iban caminando cogidos de la mano hacia donde el instinto le dijo que era la entrada a las habitaciones traseras todavía en funcionamiento. Apartando a un grupo de parejas tambaleantes, los siguió. Por unos momentos se debatió en una densa oscuridad y luego llegó a un corredor desierto. Con la cabeza baja, oteó ciegamente adelante. Al llegar a un muro se detuvo como si hubiera tropezado.

Nina, recostada contra la pared, con un vaso en la mano, estaba hablando quedamente con el hermafrodita. Su cabello rubio era una mancha. Su cuerpo se doblaba de fatiga, pero sus ojos todavía llameaban, brillantes y febriles. Acercándose a ella, Cussick dijo:

—Vamos, cariño. Tenemos que irnos —se daba cuenta vagamente de que Tyler y Kaminski le habían seguido.

—Iros vosotros —dijo Nina, con una voz forzada y metálica—. Vamos, vete.

—Pero, ¿y tú? —preguntó él escandalizado—. ¿Qué va a pasar con Jack?

—Que se vaya al infierno Jack —gritó ella, en una agonía repentina—. Al infierno todo, todo vuestro mundo. Yo no vuelvo. Me quedo aquí. Si me quieres, por el amor de Dios, *déjame en paz*.

El hermafrodita se volvió ligeramente y le dijo a Cussick:

—Métase en sus asuntos, amigo. En este lado, cada cual hace lo que quiere.

Cussick avanzó, cogió a la criatura por la camisa y la levantó en peso. El hermafrodita era increíblemente ligero; luchaba y se retorcía, Y al cabo de pocos instantes se desligó de entre las manos de Cussick. Al retroceder, el hermafrodita se convirtió en una mujer. Con ojos burlones, se puso a bailar ágilmente lejos de él.

—Anda —incitó—. Pégame.

Nina se había vuelto y echado a correr por el pasillo. El hermafrodita, al darse cuenta, se lanzó rápidamente tras ella, con una expresión ávida en su rostro. Cuando la criatura, siguiendo a Nina, llegó al vestíbulo por una puerta lateral, Tyler se acercó y la atrapó. Le dobló el codo a la criatura y le mantuvo el brazo en una presa que la inmovilizaba. Instantáneamente el hermafrodita se trocó en la figura de un hombre. Cussick dio un paso adelante y le golpeó en la mandíbula. Sin proferir un sonido, el hermafrodita se hundió totalmente inconsciente, y Tyler le soltó.

—Nina se ha ido —dijo Kaminski, tambaleándose con esfuerzo.

Acudieron precipitadamente otras personas; el compañero del hermafrodita apareció, cruzó las manos horrorizado, y se acercó temerosamente para acariciar a su inerte compañero.

Mirando en torno, Tyler le dijo rápidamente a Cussick:

—Ella conoce este sitio. Si espera usted llevársela consigo, tendrá que convencerla —impaciente, le dio un empujón—. Vaya.

La encontró casi inmediatamente. Se había deslizado por el corredor a una habitación lateral, un callejón sin salida con sólo una entrada. Allí la arrinconó, cerró la puerta de golpe y echó la llave. Nina estaba acurrucada en un ángulo, frágil y lastimera, los ojos brillantes de miedo, temblando y mirándole mudamente.

La habitación era sencilla, higiénicamente limpia en su pureza ascética. Las cortinas, la posición del mobiliario, le dijeron la insoportable verdad: solamente Nina podía haber arreglado aquella habitación. Aquella era su habitación. Su impronta, su imagen, estaban estampadas en cada milímetro.

Había ruidos afuera. El áspero gruñido de Kaminski se hinchó.

—Doug, ¿estás ahí?

Salió al vestíbulo y se vio frente a Kaminski y Tyler.

—La encontré. Está perfectamente —explicó.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Tyler.

—Quedarme aquí. Será mejor que ustedes dos se vayan. ¿Sabrán encontrar el camino?

—Desde luego —dijo Tyler, comprensiva. Agarrando a Kaminski, le hizo retroceder—. Buena suerte. Venga, Max. Aquí no podemos hacer nada.

—Gracias —dijo Cussick, plantado firmemente delante de la puerta —. Más tarde les veré a ustedes dos. Buenas noches.

Kaminski, desconcertado y con ánimo de protestar, se retiró ante la insistencia de la esbelta muchacha que le tenía firmemente agarrado por el brazo.

—Llámame por teléfono —balbuceó—. Cuando estés de vuelta; cuando hayas salido de aquí. Así sabré que estáis bien.

—Lo haré —dijo Cussick—. No se olvide usted del paquete.

Siguió allí un momento hasta que los dos hubieron desaparecido por el vestíbulo. Luego dio media vuelta y volvió a entrar en la habitación. Sobre la cama, Nina estaba sentada a medias, con la cabeza apoyada en la pared, las piernas extendidas, los pies cruzados. Le sonrió débilmente.

—Hola —dijo ella.

—¿Te sientes mejor? —echó la llave a la puerta y se acercó a su mujer—. Se han marchado; los he despedido —sentándose en el filo de la cama, preguntó—: Esta es tu habitación, ¿verdad?

—Sí —contestó ella sin mirarle directamente.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—¡Oh!, no mucho. Una semana quizá. Diez días.

—Realmente no lo comprendo. ¿Necesitas estar con esta gente?

—Quería estar fuera. No podía soportar el maldito apartamiento pequeñísimo… Quería estar en lo mío, hacer algo. Es difícil de explicar; algunas cosas ni yo misma las entiendo. Es como el hurtar; yo sentía que tenía que rebelarme.

—Para eso nos trajiste aquí a todos. Esto no significaba nada para ti mientras no pudieras mostrárnoslo, ¿verdad?

—Eso supongo. Sí, creo que tienes razón. Quería que lo vierais, así sabríais. Así verías que hay algún sitio a donde ir… que no depende de ti. Yo no estoy indefensa, atada a tu mundo. Fuera, en el bar principal, me asusté… Tomé la heroína para aplacar los nervios. —Sonrió débilmente—. Es un lío tan grande.

Él se inclinó sobre ella, tomándole las manos. Tenía la piel fría y ligeramente húmeda.

—No estás asustada ahora, ¿verdad?

—No —pudo responder—. No, teniéndote a ti aquí.

—Nos quedaremos esta noche —le dijo él—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella asintió desamparadamente.

—Luego, mañana por la mañana, volveremos, ¿verdad?

Retorciéndose, contestó ella penosamente:

—No me preguntes. No me hagas decir. Me da miedo decirlo ahora.

—Está bien —aquello le dolía, pero no quería forzarla a responder —. Podemos decidir mañana después que hayamos echado un buen sueño y desayunado. Después que hayamos eliminado toda esta porquería de nuestros cuerpos. Este veneno, esta podredumbre.

No hubo respuesta. Nina se había hundido en una soñarrera parcial; con los ojos cerrados, apoyada contra la pared, hundida la barbilla, dejado el cuerpo.

Durante largo rato, Cussick permaneció sentado, inmóvil. En la habitación el frío iba aumentando.

Fuera, en el vestíbulo, sólo había silencio. Su reloj marcaba las cuatro y media. Se alzó y le quitó a Nina los zapatos. Los colocó en el suelo junto a la cama, vaciló, y luego soltó las cintas y broches del vestido de ella. Se trataba de una confección intrincada y hubo de emplear algún tiempo. Por dos veces, ella se despertó ligeramente, se agitó y volvió a hundirse en el sueño. Por último consiguió separar el vestido; Cussick maniobró con una gran precaución por encima de la cabeza, le levantó luego las piernas y consiguió retirar la parte que quedaba. Resultaba asombroso ver la pequeñez de aquel cuerpo. Sin el adornado y costoso traje, aparecía insólitamente desnuda, indefensa, ofrecida a la lujuria. Era imposible mirarla con rencor. Subió las sábanas hasta sus hombros y se las remetió bajo la barbilla. Su pesado cabello rubio se derramó sobre la almohada, espesos mechones de miel contra el ajedrezado dibujo de negros y rojos. Apartándole los cabellos de los ojos, se sentó a su lado en la cama.

Durante un tiempo infinito estuvo allí, sentado, sin pensar en nada, mirando las sombras de la habitación. Nina dormía entre sobresaltos. De vez en cuando daba una vuelta, se retorcía y lanzaba sonidos lastimeros. Luchando en una ciudad invisible, reñía batallas solitarias, sin él, sin nadie. A fin de cuentas, cada uno de ellos estaba separado del otro, cada uno de ellos sufría a solas.

Por la mañana se dio cuenta de un sonido distante y algodonado:

un ruido que procedía de muy lejos. Durante algún tiempo no prestó atención alguna; el ruido golpeaba inútilmente contra su consciencia abotagada. Y luego, por fin, lo identificó. Una voz humana, áspera y alta, una voz que él reconocía. Envarado, temblando de frío, se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Con cuidado infinito hizo girar la llave y salió al corredor desierto y helado.

La voz era la de Jones.

Cussick caminó lentamente por el pasillo. Fue rebasando puertas cerradas y corredores transversales, pero no consiguió ver a nadie. Eran las cinco cuarenta de la madrugada; el sol estaba empezando a mostrarse. A través de una ventana abierta al final de un vestíbulo percibió un vislumbre de cielo, lúgubre y gris, tan hostil y remoto como el metal de un cañón. A medida que iba andando, la voz se hacía más ruidosa. De golpe y porrazo dio la vuelta a un recodo y se halló frente a una gran habitación almacén.

No era Jones, no era él en persona. Era una cinta magnetofónica. Pero la presencia, el espíritu cruel y vital, estaban allí. En filas de sillas, hombres y mujeres estaban sentados escuchando atentamente. La habitación almacén estaba llena de fardos, cajas, enormes paquetes apilados por todas partes. El corredor le había conducido a un edificio totalmente diferente; unía a varios establecimientos, una variedad de negocios. Aquel era el piso de carga de una casa comercial.

Sobre las paredes chillaban carteles. Mientras permanecía a la puerta, escuchando la voz furiosa y apasionada, se dio cuenta de que aquel era un local destinado a reuniones oficiales. Aquella era una reunión de antes del alba. Aquellos eran trabajadores que se congregaban antes de que comenzara su trabajo cotidiano. En el testero más lejano, desde donde aullaban los altavoces, colgaba el emblema de Jones, el caduceo de Hermes. Desperdigados entre los grupos estaban los diversos uniformes de las organizaciones de los Patriotas Unidos: tanto los grupos femeninos como los juveniles, lucían brazaletes, hombreras e insignias. En un ángulo se hallaban dos policías de la ciudad con casco: el mitín no era ningún secreto. No eran secretos los mitines: no había necesidad.

Nadie se cruzó con Cussick cuando salió por el corredor. Ahora el edificio comenzaba a agitarse; fuera, rechinantes camiones comerciales estaban empezando a cargar y descargar. Localizó la habitación de Nina y entró.

Estaba despierta. Cuando él abrió la puerta, ella se incorporó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Adónde fuiste? Creí que…

—Ya he vuelto. Oí unos ruidos —el distante rasgueo de la voz de Jones se escuchaba aún—. Eso.

—¡Ah! —ella asintió—. Sí, están celebrando una reunión. Eso forma parte de esto. Mi habitación.

—Has estado trabajando para ellos, ¿verdad?

—Nada importante. Plegando papeles y escribiendo direcciones. Poco más o menos lo que ya estaba acostumbrada a hacer. Repartiendo información. Publicidad, creo que lo llamaríais.

Sentado en el filo de la cama, Cussick cogió el bolso de su mujer y lo abrió. Papeles, tarjetas, barra de labios, un espejo, llaves, dinero, un pañuelo… lo derramó todo encima de la cama. Nina le miraba tranquilamente; se había retirado un poco y permanecía incorporada, apoyándose en uno de sus codos desnudos. Cussick manoteó en el contenido del bolso hasta topar con lo que buscaba.

—Tenía curiosidad —dijo— por saber el grado específico y la fecha.

Su tarjeta de miembro de los Patriotas Unidos databa del 17 de febrero de 2002. Llevaba ya afiliada ocho meses, desde antes de que naciera Jack. Símbolos en clave con los que él estaba familiarizado la identificaban como trabajadora permanente, a un nivel de bastante responsabilidad.

—Estás verdaderamente metida en esto —comentó él, volviendo a guardar en el bolso los distintos adminículos—. Mientras yo estaba ocupado, también lo estabas tú.

—Había muchísimo trabajo —admitió ella débilmente—. Y necesitaban dinero. También he podido ayudarles en este aspecto. ¿Qué hora es? Deben de ser cerca de las seis, ¿no?

—Falta un poco.

Encendió un cigarrillo y siguió sentado, fumando. Lo curioso era que se sentía recogido y razonable. Se daba cuenta de que no experimentaba emoción alguna. Quizá llegaría más tarde. Quizá no.

—Bueno —dijo—, supongo que es demasiado temprano para salir.

—Me gustaría dormir un poco más —se le caían los párpados; bostezó, se desperezó y le sonrió esperanzada—. ¿Podemos?

—Desde luego.

Aplastó el cigarrillo y empezó a desatarse los zapatos.

—Es todo tan excitante —comentó Nina ávidamente—. Como una aventura: nosotros dos aquí, la puerta cerrada, todo este misterio. ¿No crees? Quiero decir, no es una cosa rancia, una rutina —mientras él seguía en pie junto a la cama desabotonándose la camisa, ella continuó—: Estaba tan aburrida, tan espantosamente cansada de hacer

las mismas cosas, día tras día. La estúpida vida ordinaria: una mujer casada con un niño, una hacendosa ama de casa. No vale la pena de vivir… ¿No lo ves tú también así? ¿No te gustaría hacer algo?

—Tengo mi trabajo.

Entristecida, contestó ella:

—Ya lo sé.

Él apagó la luz y se le acercó. Rayos fríos y blancos de luz solar se filtraban en la habitación en penumbra, junto a los filos de la cortina de la ventana. En aquella luminosidad fuerte, el cuerpo de su esposa se recortaba limpiamente. Ella levantó la colcha para hacerle sitio; en algún momento se había quitado el resto de la ropa. Sus zapatos, sus medias, su ropa interior habían desaparecido y estarían probablemente en los cajones del tocador. Moviéndose en su busca, Nina le besó ávidamente.

—¿Crees —preguntó con ansiedad— que ésta será la última vez?

—No lo sé.

No sentía más que fatiga; con agradecimiento, se tendió en la cama, dura y estrecha como era. Nina le tapó, extendió sobre él tiernamente las blancas sábanas.

—¿Es esta tu camita particular? —preguntó él con un regusto de ironía.

—Es como en la Edad Media —contestó ella—. Nada más que este cuartito, esta camita estrecha como un ataúd. El armario y el lavabo. Castidad, pobreza, obediencia… Una especie de lavado espiritual para mí, para todos nosotros.

Cussick procuraba no pensar en aquello. El desorden sensual y orgiástico de la noche anterior, el despliegue de drogas y licores, el espectáculo de degeneración… y ahora esto. No tenía sentido. Pero era un modelo, un significado más allá de la lógica. Concordaba.

Sus hombros pálidos, desnudos y encantadores, se apretaban contra los suyos. Nina, con los labios entreabiertos, los ojos grandes, le miraba entregada, en la cercanía ardorosa del amor.

—Sí —murmuraba buscando su rostro, tratando de ver en su interior, queriendo comprender lo que él pensaba y sentía—. Te quiero tanto.

Él no decía nada. Tocó con sus labios el torrente llameante de cabellos como la miel, derramados sobre la almohada y la sábana. Y una vez más ella se acurrucó contra él, tratando mudamente de retenerlo, de conservarlo para sí.

Pero él se le escapaba. Había dado media vuelta y permaneció mucho tiempo con la mano en la garganta de la mujer, en su oído,

acariciándola con los dedos.

—Por favor —susurró Nina fieramente—. Por favor, no me abandones.

Pero él no podía hacer nada. Estaba alejándose más y más de ella… y ella le estaba abandonando también. Cerrado cada uno en los brazos del otro, eran meros cuerpos los que se apretaban, constituyendo cada uno un universo aparte. Separados por el incesante rumor metálico de la voz del hombre que batía contra las paredes desde una gran distancia, el interminable arroyo asperísimo de palabras, latiguillos, promesas. El incansable redoblar de un hombre apasionado.

XI

La noticia circuló profusamente. Cussick no tuvo necesidad de decírselo a nadie; todo el mundo lo sabía. Fue un mes más tarde, a mediados de noviembre, cuando Tyler le llamó, inesperadamente, sin previa advertencia. Él estaba en su mesa, rodeado de informes y datos que iban llegando. La llamada tuvo lugar por el teléfono-visión interior ordinario, por lo que no estaba preparado.

—Siento molestarle —dijo la voz de Tyler, sin preámbulo alguno.

Ella estaba también en su mesa; junto a su pequeña figura uniformada descansaba la máquina de escribir eléctrica y se desplegaba una tira de papel que acababa de recibir con unos datos.

—Veo que su esposa está siendo reclasificada bajo su nombre de soltera. Se supone que debo identificarla como Nina Longstren.

—Así es —admitió Cussick.

—¿Le gustaría contarme lo que sucedió? No le he visto a usted desde aquella noche.

—Me reuniré con usted después del trabajo —dijo—. Donde usted quiera. Pero ahora no puedo hablar —señaló a la montaña de papeles sobre su mesa—. No necesito explicarle el porqué.

Se reunió con ella en los amplios peldaños de la fachada del edificio principal de la Seguridad. Eran las siete de la noche; el helado cielo invernal estaba negro como un pozo. Embutida en un pesado abrigo de pieles, Tyler estaba aguardándole, con las manos hundidas en los bolsillos, un pañuelo de lana ceñido en torno a su corto cabello negro.

Cuando él bajó los escalones de hormigón, emergió ella de las sombras, una nube de aliento helado rodeándola como un nimbo, partículas de nieve deslizándose sobre el cuello de pieles de su abrigo.

—Puede usted decirme lo poco o mucho que quiera —dijo ella—. No quiero que piense que estoy fisgoneando.

No había mucho que decir. A las once de la mañana siguiente a la noche en que se vieron los cuatro, él había llevado a Nina al apartamento. Ninguno de ellos dijo más que unas palabras.

Hasta que no la dejó en la salita familiar no se dieron cuenta

ambos de hasta qué punto era totalmente inútil todo aquello. Tres días más tarde recibió él la notificación preliminar de la Oficina de Matrimonios: Nina había iniciado los trámites para el divorcio. La vio de vez en cuando, breves momentos, mientras ella recogía sus cosas y desalojaba el apartamento. Cuando los trámites legales quedaron cumplidos, ya estaba ella viviendo en otro barrio.

—¿Cómo quedaron sus relaciones? —preguntó Tyler—. Todavía eran ustedes amigos, ¿no es verdad?

Aquello había sido lo más lastimoso.

—Sí —dijo él apretadamente—. Todavía éramos amigos.

Había sacado a Nina a cenar en la última noche legal de su matrimonio. El papel último aún no firmado se lo había metido en el bolsillo. Después de estar sentados lúgubremente durante cerca de una hora en el restaurante semidesierto, habían por fin apartado los cubiertos de plata y firmado los papeles. Eso era todo: el matrimonio había terminado. La había llevado a un hotel, le había traído el equipaje del apartamiento, y la había dejado allí. La idea del hotel era una charada voluntaria: los dos habían convenido en que sería mejor que él no se acercase al barrio donde ella iba ahora a vivir.

—¿Qué hay de Jack? —preguntó Tyler con un escalofrío y lanzando hacia él su aliento en forma de nubecilla—. ¿Qué se ha hecho de él?

—Jack ha ingresado en un centro infantil de Fedgov. Legalmente sigue siendo nuestro hijo, pero para todos los aspectos prácticos, no tenemos ningún derecho sobre él. Podemos verle siempre que queramos. Pero no es responsable ante nosotros.

—¿Puede usted sacarlo alguna vez? No estoy enterada de lo que previene la ley en estos casos.

—Sólo podemos sacarle por petición conjunta. En otras palabras, volviéndonos a casar.

—Así pues, ahora está usted solo —dijo Tyler.

—Eso es. Ahora estoy solo.

Después de dejar a Tyler, sacó su coche del Parque de la Policía y cruzó la ciudad para llegar a su apartamiento. Pasó junto a concentraciones de partidarios de Jones, que parecían interminables. Muchachos de Jones, como se les había llegado a llamar. A la más mínima oportunidad, la organización se las ingeniaba para demostrar su fuerza creciente. Marchas, signos y carteles desfilaban frenéticamente en la penumbra; hordas de figuras vestidas idénticamente, de rostros exaltados y devotos.

ACABEMOS CON EL REINO TIRÁNICO
DEL RELATIVISMO INHUMANO
¡LIBERTAD A LA MENTE HUMANA!

Otra versión alumbrada por los faros de su coche:

QUE SE DISUELVA EL CONTROL TERRORISTA DEL PENSAMIENTO
EJERCIDO POR LA POLICÍA SECRETA

QUE SE ACABEN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN PARA EL TRABAJO DE ESCLAVOS ¡QUE SE RESTAURE LA LIBERTAD DEL HOMBRE!

Simples slogans… y el más efectivo:

A LAS ESTRELLAS

Los estandartes iluminados flameaban por doquier; Cussick no pudo evitar el sentir un estremecimiento. Había en todo aquello una excitación salvaje, una furiosa y jocunda sensación de grandeza en la idea de romper con el sistema, de alcanzar las estrellas, los sistemas lejanos, los infinitos nuevos soles. No se veía exento él mismo. También quería aquello.

La Utopía. La Edad de Oro. No la habían encontrado aquí en la Tierra. La última guerra les había hecho ver que no vendría nunca. De la Tierra habían vuelto sus miradas a los otros planetas; habían elaborado románticas ficciones, se habían dicho a sí mismo agradables mentiras. Los otros planetas, decían, eran mundos verdes y fértiles, valles chispeantes de agua, colinas espesas de bosques, el paraíso: la eterna y antigua esperanza. Pero los otros planetas eran pesadillas de helado gas metano, millas de dura roca. Sin vida ni sonido, sólo con la muerte silbante de rocas y gas y oscuridad vacía.

Pero los seguidores de Jones no se habían dado por vencidos; tenían un sueño, una visión. Estaban seguros de que la Segunda Tierra existía. Algo, alguien, había conspirado para tenerles apartados de ella: era una maquinación que estaba en marcha. Era Fedgov sobre la Tierra; el Relativismo estaba asfixiándoles. Más allá de la Tierra estaban los derivantes. Una vez que Fedgov se fuera, una vez que los derivantes hubiesen sido destruidos… la otra historia. Pastos verdes, al otro lado de la colina inmediata.

Sin embargo, no era disgusto lo que Cussick sentía hacia las figuras

soñadoras y frenéticas. Era admiración. Ellos eran idealistas. Él, por su parte, sólo era un realista. Y estaba avergonzado.

En cada esquina había montada una mesa brillantemente iluminada con un cartel luminoso. En cada mesa un trabajador de la Organización estaba sentado con una instancia, recogiendo nombres de las colas de gente que aguardaba.

REFERÉNDUM UNIVERSAL
PEDID A FEDGOV QUE SE APARTE Y NOMBRAD A JONES COMANDANTE SUPREMO QUE HAGA FRENTE A LA CRISIS ACTUAL

Aquella era la visión lastimosa: las colas de gente cansada, agotada por un largo día de ruda labor, deseando colocarse pacientemente en fila. No los rostros entusiastas de los seguidores entregados en cuerpo y alma, sino estos míseros ciudadanos ordinarios deseando abolir su gobierno legal, deseando poner fin a un gobierno de derecho y crear en su lugar una autoridad de voluntad absoluta: el incontrolado capricho de una persona individual.

Mientras subía la escalera hacia su apartamiento, Cussick escuchó un débil alarido. Su mente, abotagada y hundida en la fatiga, tardó en reaccionar; mientras no abrió la puerta y encendió la luz no identificó la señal de alarma del teléfono visión.

Cuando conectó el aparato, una imagen registrada anteriormente apareció con un mensaje conciso. El rostro del director Pearson, severo y áspero, se alzó y se le quedó mirando.

—Necesito que vuelva inmediatamente a la oficina —declaró Pearson—. Venga inmediatamente; esto cancela cualquier otra orden.

La imagen se esfumó, luego volvió a aparecer y una vez más la boca sumida de Pearson se abrió y las palabras se sucedieron. «Necesito que vuelva inmediatamente a la oficina. Venga inmediatamente; esto cancela cualquier otra orden». Estaba empezando una tercera vez cuando Cussick cortó salvajemente el contacto y dejó mudo al aparato.

Al principio se sintió mortalmente irritado. Estaba cansadísimo; necesitaba cenar y acostarse. Y, además, había la posibilidad —discutida en términos abstractos, generales— de llevarse a Tyler a algún espectáculo. Por un instante reflexionó si le convendría no darse por enterado del mensaje; Pearson no tenía medio alguno de realizar ninguna comprobación; en muchas horas no podría salir de su

despacho.

Pensando sobre aquello, Cussick entró en la cocina vacía y desolada y empezó a prepararse un emparedado. Cuando acabó, ya estaba decidido. Salió a toda prisa del apartamiento, se dirigió al garaje y rápidamente sacó su coche. Comiéndose el emparedado por el camino, condujo a gran velocidad hasta los edificios de la Policía. Algo que Tyler había dicho, algo que todo el tiempo le había parecido sin importancia, adquiría de pronto un sentido aterrador.

Pearson le admitió inmediatamente.

—Esta es la situación —explicó—. Su compañero Kaminski a las 3:30 de esta tarde empaquetó sus informes, metió en su cartera todo el material clasificado como secreto que pudo, y se dio el bote.

Paralizado, Cussick no supo qué decir. Estúpidamente estaba allí sacándose cortezas de pan de las encías.

—No nos sorprendió mucho —continuó Pearson, leyendo un memorándum de pie tras su mesa, una figura severa y erguida—. Le atrapamos a unos doscientos kilómetros y obligamos a aterrizar a su aeronave.

—¿Adónde iba? —pudo por fin preguntar Cussick, aunque adivinaba la respuesta.

—Tenía hecho un convenio con la gente de Jones. Algo que llevaba meses madurando. A cambio de esos datos iban a proporcionarle un refugio. Ya tenían preparado el sitio; Kaminski iba a ocultarse allí y a esperar, fuera del juego, la guerra o lo que quiera que viniese. Se lavaba las manos; estaba al cabo de la calle. Y naturalmente, no podía dimitir. Nadie dimite de la Policía en estos tiempos. De ninguna manera en esta emergencia.

—¿Qué ha hecho usted con él? ¿Dónde está?

—Está en el campo de concentración de Saskatchewan. Por el resto de su vida. Ya lo he traído aquí. Le he apretado los tornillos. Voy a hacer público esto; quiero que sirva como ejemplo.

—Pero está enfermo —objetó Cussick rudamente—. Es viejo y no coordina bien. No sabe lo que hace. Está hecho polvo; debería estar en un hospital, no en un campamento de trabajos forzados.

—Lo que debería estar es fusilado. Únicamente le salva el que ya no fusilamos a nadie. Todo lo que podemos hacer es condenarlos a trabajos forzados a perpetuidad. Su antiguo instructor estará apretando tornillos hasta que se muera —Pearson salió de detrás de su mesa—. Le estoy diciendo esto porque usted es en parte responsable. Les hemos tenido vigilados a los cuatro: a usted, a Kaminski, a esa muchacha ex-comunista, Tyler Fleming, y a su esposa.

»Sabemos que su esposa es un agente de Jones; sabemos que ha estado trabajando con ellos, viviendo en uno de los edificios que usa para sus reuniones, repartiendo propaganda, dándoles dinero —plegando el memorándum, añadió—: Kaminski estaba enterado de todo. Retuvo la información; trató de suprimirla.

—No quería que yo me enterara —dijo Cussick.

—No quería que *nosotros* nos enterásemos, querrá usted decir. Nos dimos cuenta de que las posibilidades de que él se largara habían aumentado mucho después que su esposa le abandonó a usted y se pasó de lleno al otro bando. Esperábamos que él la siguiera, más pronto o más tarde.

»Por lo que se refiere a usted… —Pearson se encogió de hombros—, no creo que haya posibilidad alguna de que se sienta tentado a hacer lo que él ha hecho. En cuanto a la muchacha Fleming, también sigue con nosotros. Pero todo esto es un asunto asqueroso —de pronto la aspereza desapareció de su voz—. Es una cosa terrible… Ese viejo maravilloso. Creí que debía decírselo a usted.

—Gracias —dijo Cussick sordamente.

—Probablemente tiene usted razón. Desde luego debería estar en un hospital. Pero no podemos hacer eso; estamos luchando por nuestra supervivencia. Gran número de los nuestros desearía marcharse… Quizá todos nosotros.

—Es posible —concedió Cussick, escuchándole apenas.

—La gente de Jones se está infiltrando en todas partes. La estructura entera está hundiéndose: cada clase, cada grupo. Aquí en Seguridad, los hombres están largándose, desapareciendo… como Kaminski. Tenía que meterle en un campo de trabajo. Si pudiera, le mataría a sangre fría.

—Pero no le gustaría.

—No —admitió Pearson—. No me gustaría. Pero lo haría.

Por un momento permaneció silencioso. Luego continuó:

—Kaminski estaba ocupándose del plan de seguridad para un proyecto ultrasecreto Fedgov. Algo que depende del Departamento de Salud Pública… No sé de lo que se trata; nadie lo sabe aquí. Naturalmente el Consejo sí lo sabe. Es la obra de un bioquímico llamado Rafferty. Probablemente ha oído hablar usted de él; desapareció hará unos treinta años.

—Recuerdo algo —dijo Cussick vagamente; no podía concentrar sus pensamientos—. ¿Está bien Max? ¿No está herido?

—Está perfectamente —con impaciencia, Pearson continuó—. Tendrá usted que encargarse de la cuestión de seguridad en ese

proyecto, de protegerlo de la forma más rigurosa. Supongo que el muy cabrito de Jones está enterado de todo; impedimos que Kaminski se llevase los papeles, pero Jones puede tener un informe oral. De todas maneras —prorrumpió furiosamente—, Jones no puede hacer nada. Todavía no ocupa el poder. Y mientras no lo ocupe, nosotros protegeremos ese proyecto.

Estúpidamente, Cussick preguntó:

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—Como es lógico, le mandaré adonde está Rafferty, para que se entere usted de todo lo que hay sobre el asunto —Pearson cogió de su mesa un paquete de documentos de identificación y se los dio—. Rafferty ya ha sido enterado de lo de Kaminski. Le está aguardando a usted; todo está ya dispuesto. Vaya ahora mismo e infórmeme en cuanto lo tenga todo montado. No acerca del proyecto; no quiero oír hablar de eso. Lo que me interesa es el aspecto de la seguridad. ¿Comprendido?

Como en una bruma, Cussick salió de la oficina. Un crucero superveloz de la Policía estaba aguardando en la acera; tres guardias armados permanecían alrededor con sus cascos brillantes y empuñando sus metralletas. Se pusieron firmes cuando se acercó a ellos, confundido y desorientado, incapaz de darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—No sé nada de esto —les informó—. Ignoro adónde hemos de ir.

—Ya tenemos instrucciones, señor —dijo uno de los guardias—. Tenemos marcada la ruta.

Un momento más tarde se vio alzado por encima de la oscura ciudad, sin idea alguna de su destino. A su derecha, uno de los guardias se había sumido en un sueñecillo satisfecho, con la metralleta encima de las piernas. La nave era conducida por un piloto robot; los otros dos guardias habían empezado a jugar a las cartas. Cussick se recostó en su asiento y se preparó para un viaje largo.

Pero el viaje acabó poco después. De pronto la nave bajó el morro; uno de los guardias soltó sus cartas y se encargó de los mandos. Abajo en la oscuridad se extendían las luces guiñadoras de una gran ciudad. Mientras la nave no llegó a posarse en el aeródromo situado en lo alto de un gran edificio, Cussick no la reconoció: San Francisco.

Entonces, aquello era lo que Kaminski había querido decir aquella noche. Cerca de ellos… El proyecto sobre el que había lanzado algunas alusiones y frases oscuras, pero sin llegar a aclararlo. Ahora se enteraría de qué se trataba…, pero no era en el proyecto Fedgov en lo que estaba pensando. Estaba pensando en Kaminski, en el campo de

trabajos forzados.

La envoltura se retrajo con un chasquido y los tres guardias bajaron. Cuidadosamente, Cussick descendió. Un viento increíblemente frío azotaba en torno; tiritando, se esforzó por ver dónde estaba. Al parecer en los sótanos de una sección comercial. Las grandes sombras opacas de edificios destinados a oficinas se alzaban en la penumbra frígida.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó atontado.

Fue conducido a lo largo de una rampa a través de intrincadas paredes y puertas aseguradas con muchas cerraduras, y bajó un tramo de escalones metálicos. Un momento más tarde se vio frente a un anciano bajito, de apariencia más bien modesta y embutido en un blanco uniforme médico. El caballero se quitó sus gafas, parpadeó y alargó la mano. Rafferty resultaba casi insignificante, con una expresión preocupada y tristona en sus rasgos secos. Sobre su labio superior se insinuaba la línea débil de un bigote mezquino.

—Sí —dijo él dándose a conocer cuando se estrecharon las manos—, soy Rafferty. Pero ellos no están ahora aquí. Tendrá usted que aguardar.

Cussick dijo:

—Doctor, no sé nada de esto —cogió los papeles que Pearson le había dado y se los alargó—. Me veo metido en esto sin previa advertencia. Usted está enterado de lo de Kaminski, ¿verdad?

Rafferty miró suspicazmente a su alrededor, luego dio media vuelta y empezó a andar por el corredor. Mientras Cussick caminaba a su lado, el bioquímico iba explicándole:

—Les mandé fuera cuando Pearson me informó de que Kaminski se había fugado. Me pareció conveniente tenerlos lejos de aquí para el caso de que Kaminski hubiese transmitido información a la gente de Jones. Una ocurrencia idiota, porque si Jones lo sabe ahora, lo sabía hace ya un año. Pero pensé que podría producirse un ataque… He visto cómo esas turbas suben a los edificios buscando a los seres protoplásmicos. Temí que pudieran llegar aquí utilizando eso como pretexto.

—¿Adónde me lleva usted? —preguntó Cussick.

—Voy a mostrarle el proyecto. Tengo que mostrárselo, si va a encargarse usted de la cuestión de la seguridad. ¡Cielo santo, no podría usted cuidar de ellos si no comprende lo que son!

Cussick se vio en un complicado laberinto de pasillos higiénicos, de un blanco reluciente. Los doctores se movían de un lado a otro,

absortos en un trabajo médico más allá de su capacidad de comprensión. Ninguno de ellos reparó en él.

—Este es el Refugio de ellos —explicó Rafferty, deteniéndose ante una alargada pared transparente—. Ahora estoy haciendo que limpien y surtan la cueva mientras están fuera. Así mato dos pájaros de un tiro —examinó una serie de indicadores murales—. Podremos entrar dentro de algunos minutos.

Cussick miraba el interior de un enorme tanque lleno de vapor. Nubes de densa humedad ondeaban, oscureciendo el macabro paisaje. La maquinaria estaba actuando, rezongando a través de la atmósfera húmeda, rociando gotas diminutas. Aparentemente el suelo era esponjoso. Algún que otro arbusto grueso había brotado; trozos de materia vegetal que le resultaban totalmente extraños. Charcos de agua viscosa borboteaban suavemente en el suelo. Sólo se veían verdes y azules; todo el tanque semejaba un mundo marino, más bien que un mundo terrestre.

—La atmósfera —explicó Rafferty— es un compuesto de amoníaco, oxígeno, freón e indicios de metano. Puede usted ver lo húmeda que está. La temperatura es bastante elevada para nosotros, usualmente alrededor de los cuarenta y siete grados centígrados.

Cussick podía distinguir la visión de edificios medio perdidos en las densas nubes de vapor de agua. Pequeñas estructuras de costados chorreantes, gotas de humedad. Un mundo viscoso, caliente, compacto, lleno de vapor. Y profundamente extraño.

—¿Viven ahí? —preguntó lentamente.

—El Refugio es su ambiente. Fue construido para responder a sus necesidades, un enclave cerrado destinado a mantenerlos vivos. Ellos lo llaman su útero. En realidad, es algo más que una incubadora: una membrana de transición entre el útero y el mundo. Pero ellos nunca saldrán al mundo nuestro.

Se aproximó un técnico; él y Rafferty conferenciaron.

—Muy bien —dijo Rafferty—. Podemos entrar ahora.

Se deslizaron varios bloques, y los dos hombres entraron en el Refugio. Cussick se sobresaltó al ver que ardientes remolinos de gas soplaban en torno a ellos. Se detuvo, tropezó, sacó su pañuelo y se lo llevó a la nariz.

—Ya se acostumbrará usted —dijo Rafferty sonriente.

—Es como entrar en un baño de vapor. Peor.

Cussick estaba sudando copiosamente; no podía respirar y no podía ver. Mientras andaban, Rafferty explicaba con calma la situación.

—No pueden vivir fuera de aquí, y nosotros no podemos vivir

dentro. Por eso este Refugio ha de ser mantenido cuidadosamente. Es posible destruirlos simplemente abriendo unas cuantas válvulas, dejando salir su aire y entrar el nuestro, o rompiendo la pared. O permitiendo que baje la temperatura. O dejándolos sin alimentos; naturalmente, sus organismos necesitan una dieta totalmente distinta a la nuestra. Kaminski siempre realizó de una manera perfecta su tarea de proteger el Refugio; tenía hombres del Servicio Secreto distribuidos por todas partes. Nadie, ni ahora mismo, puede entrar en este edificio sin ser identificado por uno de los hombres de ustedes.

A medida que las roncadoras máquinas iban trabajando, el aire se aclaraba gradualmente. Ahora Cussick podía ya ver un poco. Y el espeso taco de gas que tenía en los pulmones iba empezando a disolverse.

—¿Adónde los ha enviado usted?

—Había pocas posibilidades de elegir. Tenemos una zona pequeña donde poder tenerlos —Rafferty señaló al equipo de trabajadores que se movía dentro del refugio; toda la superficie de arriba había sido apartada para dar paso a un equipo de gran envergadura—. No se trata de un duplicado de este Refugio: es sólo un van portátil. Eso les proporciona un poco la sensación de salir afuera. Iremos a recogerlos a eso de las dos; les gusta estar fuera el mayor tiempo posible. Voy a indicarle a usted el sitio donde viven.

Cussick tuvo que agacharse para cruzar la puerta.

—Deben de ser muy bajitos —comentó.

—Muy bajitos, muy pequeños. Louis, el más corpulento, pesa menos de veinticinco kilos —Rafferty se detuvo—. Ésta es su cocina. Sillas, mesa, platos.

Todo estaba en miniatura. Una casa de muñecas: muebles pequeñitos, vajilla pequeñita, una réplica de una cocina cualquiera, pero a escala reducida. De la mesa, Cussick recogió un ejemplar impregnado en cera del *Wall Street Journal*.

—¿Leen esto? —preguntó incrédulo.

—Desde luego —Rafferty le hizo pasar por un pequeño pasillo y entraron luego en una habitación lateral—. Ésta es la vivienda de uno de ellos, de Frank. Mire usted: verá libros, discos, ropa como la nuestra. ¡Son personas! Seres humanos, en el sentido cultural, espiritual, moral y psicológico. Intelectualmente están más cerca de nosotros que… —hizo un gesto— más cerca que algunos de esos aullantes maníacos de ahí fuera, con sus carteles y sus slogans.

—Dios mío —dijo Cussick, viendo un tablero de ajedrez, una maquinilla eléctrica de afeitar, un par de tirantes y, pegado con

chinches a las paredes, un calendario frívolo.

Sobre el tocador, estaba una edición de bolsillo del *Ulises*, de James Joyce.

—Son mutantes, ¿verdad? Desviaciones de la época de la guerra.

—No —contestó Rafferty—; son hijos míos.

—En un sentido figurado, quiere usted decir. ¿No es verdad?

—No, quiero decir literalmente. Soy su padre. Sus embriones fueron retirados del útero de mi esposa y colocados en una membrana artificial. Engendré a cada uno de ellos; mi esposa y yo somos los padres de todo el grupo.

—Pero… —dijo Cussick lentamente— entonces son mutantes deliberados.

—Desde luego. Durante más de treinta años he estado trabajando con ellos, desarrollándolos conforme a nuestro programa. Cada uno está un poco más perfeccionado que el anterior. Hemos aprendido muchísimo. La mayor parte de los primeros murió.

—¿Cuántos hay?

—Llegó a haber cuarenta en total. Pero sólo hay ocho vivos: siete en el Refugio y un bebé colocado aún en una incubadora separada. Es un trabajo delicado, y no disponemos de experiencias previas en este asunto.

El grisáceo doctorcillo hablaba con calma; no hacía más que exponer hechos. Su tipo de orgullo estaba más allá de toda jactancia.

—Mutantes criados artificialmente —dijo Cussick moviéndose por la habitación reducida—. Por eso tienen un ambiente común.

—¿Ha visto usted algunas de las rarezas de la postguerra?

—Bastantes.

—Entonces no se sentirá impresionado. Al principio resulta un poco difícil acostumbrarse. Y en cierto modo, supongo, resultan casi cómicos. He visto a médicos que han estallado en carcajadas. Son pequeños, son frágiles; tienen una especie de frunce cariacontecido. Lo mismo que yo. Se pasean por el Refugio, discuten y discursean, disputan, se quejan y hacen el amor. Tienen una comunidad completa. Su Refugio es su mundo y forman en él una sociedad totalmente orgánica.

—¿Qué objeto tienen? —preguntó Cussick. Vagamente iba captando ahora la razón del proyecto—. Si no pueden vivir aquí, en la Tierra…

—Exactamente —dijo Rafferty con naturalidad—. No están destinados a vivir aquí en la Tierra. Su misión es vivir en Venus. Tratamos de desarrollar un grupo para la supervivencia en Marte, pero

no se consiguió nada. Marte y la Tierra son demasiado diferentes, pero Venus se parece un poco más. Este Refugio, este mundo en miniatura, es una réplica exacta de las condiciones que nuestras naves exploradoras encontraron en Venus.

XII

Una vez fuera del edificio en miniatura, el doctor Rafferty se inclinó y mostró a Cussick una de las esponjas propias del Refugio.

—Ésta es artificial. Pero hay esponjas auténticas como éstas en Venus; se las trajo aquí y nuestros equipos de investigación crearon diversos modelos.

—¿Y por qué no trasplantarlas simplemente? ¿No crecerían aquí las verdaderas?

—Ya le explicaré por qué, un poco más tarde —incorporándose, condujo luego a Cussick hasta el borde de un lago borboteante—. Y éstas son también imitaciones —del agua, Rafferty cogió una criatura serpentiforme, de patas cortas y rechonchas que se movía curiosamente; con un gesto rápido, Rafferty le retorció la cabeza; la cabeza salió y la criatura dejó de moverse—. Un artificio mecánico; puede usted ver los alambres. Pero también una réplica exacta de la auténtica fauna venusina.

Volvió a colocar la cabeza en su sitio; una vez más la criatura empezó a agitarse. Rafferty la soltó de nuevo en el agua y el objeto se alejó feliz.

—Esas montañas —dijo Cussick señalando a lo alto—. Deben de ser un telón de fondo basado en el paisaje venusino.

—Así es —empezó Rafferty a decir con animación—. Podemos subir, si usted quiere. Ellos están siempre haciendo excursiones por sus montañas.

Mientras los dos hombres caminaban de roca en roca, Rafferty iba prosiguiendo su explicación.

—Este Refugio es una escuela, al mismo tiempo que un ambiente. Está destinado a formarlos, a adecuarlos para un medio ambiente no terrestre. Cuando vayan a Venus estarán preparados, por lo menos en todo lo que dependa de nosotros. Probablemente algunos de ellos morirán; pueden resultar dañados por el cambio. Después de todo no somos infalibles; hemos hecho todo lo posible por imitar las condiciones de allí, pero no es perfecto al pie de la letra.

—Aguarde un momento —le interrumpió Cussick—. Ellos

mismos… ¿no están modelados según las formas de vida humanoides venusinas?

—No —contestó Rafferty—. Son creaciones nuevas, no imitaciones. Los embriones humanos originales fueron alterados de acuerdo con el principio del fenotipo: los sometimos a condiciones no terrestres; específicamente, a una escala de tensiones similares a las que actúan en Venus. Las tensiones eran complicadas; tuvimos muchísimos fracasos. Tan pronto como los bebés alterados nacían, eran introducidos en incubadoras tipo V: medios que igualmente reproducían el modelo venusino. En otras palabras, nosotros desviamos cada embrión, y continuamos aplicando las tensiones después de que los bebés nacieron.

»Como usted comprende, si colonizadores humanos desembarcan en Venus, no podrán sobrevivir. Fedgov lo ha probado ya; es asunto de estadística. Pero si existen unos cuantos cambios específicos, es posible mantener viva a una colonia. Si podemos disponer una gradación de escalones, unas etapas transitorias, huecos por los que puedan pasar… la *aclimatación* se producirá. La adaptación, por decirlo de otra manera.

»Con el tiempo, ya se sabe, la progenie se irá modificando en respuesta a las presiones externas. Poco a poco, las generaciones subsiguientes quedarán remoldeadas según las líneas de supervivencia. Muchos morirán, pero otros muchos seguirán luchando. En definitiva, tendremos una especie casi humana; no físicamente igual que la nuestra, pero no obstante, seres humanos. Hombres cambiados, aptos para vivir en Venus.

—Ya veo —dijo Cussick—. Esta es la solución de Fedgov.

—Precisamente. Nunca hallaremos las condiciones exactas que tenemos aquí en la Tierra; no hay dos planetas que sean idénticos. ¡Cielo Santo!, bastante suerte hemos tenido en tener a Venus: un planeta con nuestra densidad, con gravedad, humedad, calor. Desde luego, es literalmente un infierno para usted y para mí. Pero no se necesita mucho para convertir al cielo en un infierno: un aumento de temperatura de diez grados y un aumento de la humedad.

Dando un puntapié a un liquen negroazulado que crecía sobre el lomo de una roca plana, Rafferty continuó:

—Podríamos haber esperado mil años, haciendo las cosas por el camino largo: llevando allí colonizadores humanos, un cargamento tras otro, enviando numerosas naves, iniciando una obra de colonización. La gente habría muerto como moscas. Se habrían sentido desgraciados. La Naturaleza puede permitirse ese lujo, pero nosotros

no podemos. Nuestra gente habría abominado eso.

—Sí —admitió Cussick—, ya eso se ha visto otras veces.

—Al final los resultados habrían sido los mismos. Pero ¿habríamos querido aceptar las pérdidas? Creo que habríamos retrocedido. No tenemos ni miles de años ni millones de vidas que entregar; habríamos renunciado, habríamos tenido que volver a traer nuestras colonias a casa. Porque en un análisis final, nosotros no queremos adaptarnos a otros planetas; queremos que ellos se conformen a nuestra manera de ser.

»Incluso si hallásemos una segunda Tierra, no bastaría. Aquí, en este proyecto, hemos visto la semilla de un futuro mucho mayor. Si esto da resultado, si los mutantes de Venus sobreviven, podemos ir adelante y perfeccionar nuestras técnicas. Desarrollar colonias de mutantes para otros varios planetas, para medios ambientes más severos. A la larga podríamos poblar el Universo, sobrevivir por doquiera. Si tuviésemos éxito, habríamos logrado la conquista total. La especie humana sería indestructible.

»Este Refugio —este enclave cerrado— y mi trabajo, todo esto parece artificial. Pero lo que yo he hecho es tratar de acelerar la evolución. He tratado de sistematizarla; de despojarla de sus azares, de su despilfarro, de su falta de sentido. En lugar de enviar terráqueos a Venus, vamos a enviar *venusinos*. Cuando estén allí no encontrarán un mundo hostil y extraño; encontrarán su mundo *verdadero*, el mundo genuino que ya han conocido como modelo. Encontrarán la realización última de esta réplica reducida.

—¿Saben ellos esto?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque era esencial que ellos pensaran que nadie es responsable de su situación —dijo Rafferty—. Si hubiesen sabido que nosotros les alteramos deliberadamente, que les hicimos inaptos para vivir en la Tierra, nunca nos habrían perdonado. Más de dos decenios en este Refugio, víctimas de un experimento científico. Siempre se les ha dicho que son mutantes naturales, mutantes de la época de la guerra, como los demás. Fueron elegidos sin su permiso. Fueron sometidos en contra de su voluntad, y muchos de ellos murieron. ¿Cree usted que nos perdonarían si alguna vez supieran que les hemos hecho tal cosa?

—Pero pueden terminar por descubrirlo…

—Lo descubrirán cuando estén en Venus. Entonces, para todos los propósitos prácticos, ya no importará. Porque *nosotros* no estaremos allí; el nuevo planeta será de ellos. El resentimiento será absurdo en

esos momentos. Se alegrarán de su alteración. ¡Cielo santo, una alteración que significa supervivencia! En Venus, usted y yo seríamos monstruos, incapaces de sobrevivir. En Venus seríamos nosotros los que necesitaríamos refugios.

Después de un momento de meditación, Cussick preguntó:

—¿Cuándo podré ver a esos venusinos?

—Ya lo arreglaré. Dentro de unos cuantos días, desde luego. Todo este jaleo ha trastornado nuestra rutina, y ellos lo perciben también. Están tan tensos como nosotros.

Veinticuatro horas más tarde, mientras se ocupaba en que le fueran transferidos los papeles a San Francisco, Cussick vio a los venusinos por primera vez.

En la planta baja del edificio, el doctor Rafferty se reunió con él. Eran las dos de la madrugada y la calle estaba fría y neblinosa.

—Le he llamado a usted porque esta es una ocasión estupenda —dijo Rafferty guiándole hasta la rampa ascendente—. Nuestros amiguitos se escapan de vez en cuando. Han decidido que son tan hombres como cualquiera de los que haya en la casa.

Después que el Van hubo llevado al Refugio a los semiinconscientes mutantes, Cussick y Rafferty se quedaron juntos en la acera cercada por la niebla. La futilidad de la lucha de los mutantes pesaba en la oscuridad; ambos hombres sentían la opresiva cercanía de la derrota.

—Quizá tiene usted razón acerca de Jones —dijo Rafferty finalmente—. Quizá no es más que humano —cogió las llaves de su coche y empezó a caminar hacia el lugar de aparcamiento—. Pero es como luchar con el océano. Estamos hundiéndonos, descendiendo día a día. Una civilización que se ahoga en el diluvio. La nueva inundación.

—La fuerza divina —dijo Cussick irónicamente.

—No podemos destruir a Jones. Sólo podemos esperar que haya algo más allá de él, algo en la otra cara.

Rafferty abrió la portezuela de su coche y entró.

—Puede usted quitar las barreras si lo desea. Pero manténgalas a mano.

—Así lo haré —dijo Cussick—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Rafferty.

El motor se puso en marcha y el coche arrancó. Cussick se quedó solo. Fríos pingajos de niebla ondulaban a su alrededor: se estremeció, dándose cuenta de lo que aquello podría haber parecido a los cuatro

mutantes. Frágiles criaturitas con sus esperanzas, sus sueños confusos, sin saber quiénes o qué eran… y fuera de su útero de cristal, aguardándoles la noche y las grises figuras en marcha: la organización de Jones.

Cussick anduvo lentamente a lo largo de la oscura acera hasta que llegó a la primera barricada de la Policía.

—Está bien —le dijo al sargento del casco—. Ya pueden ustedes deshacer esto.

El sargento no le prestó ninguna atención; la escuadra de policías estaba reunida alrededor de sus radioteléfonos de campaña, escuchando intensamente una emisión en circuito cerrado.

Enojado, Cussick se disponía a zarandear por el hombro al suboficial, pero en aquel momento comprendió qué era lo que estaba oyendo; se olvidó del sargento, de Rafferty, de las barricadas, de los mutantes venusinos. Agachándose, se abrió paso hasta situarse cerca del altavoz; rígidamente se puso a escuchar.

—«… en las primeras etapas del ataque cayeron en manos de la Seguridad por lo menos el cincuenta por ciento de los agitadores criminales. En zonas metropolitanas mayores, partidas armadas están rodeando al personal restante de la Policía. La acción prosigue en forma ordenada… hay poca asistencia eficaz. Del reverendo Floyd Jones se informa que ha sido herido en una refriega entre sus partidarios y unidades de la Policía. Un informe de Nueva York describe luchas callejeras de envergadura entre turbas fanáticas y tanques de la Policía. A todos los policías armados de esta zona se les ordena que informen a sus puntos de partida; las instrucciones previas quedan automáticamente canceladas. Para repetir la notificación original: El Consejo del Gobierno Federal Mundial ha declarado ilegal a la Organización designada como Patriotas Unidos, y todos los miembros de dicha organización son considerados, por tanto, como elementos criminales. La legislación competente faculta a la Policía del Servicio Secreto para detener inmediatamente y conducir a los Tribunales Públicos a todos los miembros de la organización Patriotas Unidos, y a todas las personas afiliadas a subgrupos tales como la Liga de la Lealtad Juvenil, la de las Mujeres…»

Cussick se alejó, medio helado el cuerpo por el frío nocturno. Dio unas cuantas patadas en el suelo, se sopló las manos, movió los brazos sobre el torso. Así pues, Pearson había entrado en acción. El consejo había ratificado su programa: Jones y su organización estaban siendo cercados, sentenciados y desperdigados por los distintos campos de concentración. Probablemente bajo el amparo de la Cláusula Dos, el

Estatuto que daba a la Seguridad la autoridad necesaria para detener a miembros de cultos carismáticos que constituyeran una amenaza para la libre diseminación de los principios del atavismo. Una cláusula deliberadamente vaga puesta en los libros como tope de toda legislación: para cubrir cualesquiera situaciones no controlables de otra forma.

Pero Jones debía haberlo sabido. La organización debía haber aguardado el ataque. Un año antes, Jones debió prever que, en su severa lucha, Pearson iría adelante, realizaría un gran esfuerzo final para aplastar el movimiento borboteante. La traición de Kaminski había espoleado a Pearson; necesitaba moverse, hacer algo, realizar un último intento por salvar a Fedgov, antes de que todo quedara decidido. Pero en la mente de Jones la decisión estaba ya tomada.

Mientras permanecía escuchando la radio de la Policía, Cussick se preguntó de qué forma Jones podría ser cogido fuera de su guarida. Detenido y herido. A menos, naturalmente, que quisiese ser detenido. A menos que fuese su plan el ser herido. En ese caso, Pearson había sellado probablemente la disposición final de Fedgov.

Posiblemente, incluso probablemente, Pearson, en su furioso deseo de actuar, había hecho la victoria de Jones de una certidumbre absoluta.

XIII

La multitud rugía. En la tarde de aquel día histórico, la muchedumbre se congregó bajo el calor del sol, y sus voces combinadas atronaban aprobando al hombrecillo erguido sobre la plataforma, la mezquina figurilla que gesticulaba y hablaba y movía los brazos. Los altavoces transmitían el discurso, amplificaban la voz original hasta hacerla sobresalir por encima del griterío de la multitud. Más allá de la masa de gente estaban las ruinas de lo que había sido Francfort, Alemania.

—Amigos míos —gritaba Jones—, la atrincherada plutocracia ha tratado de silenciarme. Pero a ellos siempre les ha ido bien; como grandes parásitos se sientan detrás de sus mesas gobernando al mundo. Han engordado a costa de nosotros; han gozado siempre. Ahora eso va a acabar. Puedo verlo.

Frenética aprobación.

—¡Debemos golpear! —siguió diciendo Jones—. Ir más allá del mundo, más allá de los sistemas muertos. Es nuestro destino. A la raza no se le puede negar su futuro. Nada nos detendrá. No podemos ser derrotados.

Seguía más y más. Y en alguna parte, silencioso, erguido entre los espectadores, sin dejarse afectar por la arenga febril, aguardaba el policía asesino.

Había sido soldado en la guerra. Era un loco con una maleta llena de medallas. En las últimas etapas de la guerra se convirtió en un asesino profesional. La probabilidad de que su disparo no diese en el blanco era de una en un millón.

El día del discurso, Pratt fue llevado desde el campo de concentración de Manresa, España, a las afueras de Francfort. Mientras el largo y bajo coche se bamboleaba por las serpenteantes carreteras, él iba acariciando en su mente la forma en que realizaría la tarea. No había mucho que pensar; todo su cuerpo estaba orientado para aquel trabajo. Después de un rato apoyó su cabeza en el lujoso respaldo del asiento y disfrutó del empuje de la poderosa turbina.

El coche le dejó en una zona desierta, una mezcla de ruinas y

cráteres de bombas donde no se había realizado reconstrucción alguna. Pratt se sentó entre las ruinas, sacó su almuerzo y comió. Luego se secó la boca, recogió su rifle y se encaminó hacia la ciudad. Era la una y media; le sobraba tiempo. Por la carretera se movían gentes y vehículos, una oleada constante de individuos trasladándose a escuchar a Jones. Pratt se incorporó a ellos; era uno de tantos. Mientras andaba llevaba su rifle abiertamente; era un rifle de guerra, el mismo que había usado en los confusos días finales. Sus condecoraciones le permitían llevarlo; el rifle era como una banda de honor.

El discurso no le interesaba. Era un hombre demasiado práctico para sentirse conmovido por el excitado tumulto de las palabras. Mientras Jones vociferaba y gesticulaba, el soldado de prominente mandíbula miraba en torno buscando el sitio donde se iniciaría la marcha, el lugar donde Jones tomaría el mando de sus soldados grises.

Aquella parte de Francfort yacía aún en escombros. Zona residencial, era la última en ser reparada. Los habitantes estaban viviendo en barracones temporales erigidos por el gobierno. Cuando el discurso de Jones llegó a su final, grupos de trabajadores de la organización fueron reuniéndose aquí y allí, evidentemente en formaciones ya previstas. Pratt, en pie con su rifle, vigilaba con interés.

Ante él se extendía lo que parecía ser una rueda de cemento. La rueda era una masa sólida de partidarios, agrupados en un solo montón ceñido. La bandera con el caduceo flameaba por todas partes. Todo el mundo tenía brazaletes o uniformes. Delante de la rueda gris se extendía un trecho abierto de la Landstrasse, la calzada todavía no deteriorada que llevaba a la ciudad. Aquella carretera existía desde los tiempos del Tercer Reich; había sido construida por el genio de la ingeniería, el doctor Todt, y su grupo, la Organización Todt. Era una excelente calzada. Dentro de poco, la rueda gris se desenrollaría y se pondría en marcha hacia la ciudad.

La Policía había suprimido cuidadosamente todo el tráfico en la carretera. Patrullas de policías iban de arriba abajo por la faja desierta, haciendo retroceder con enojo a las oleadas de gente. Unos cuantos niños y un perro extraviado trotaban excitadamente a la cabeza.

El ruido era ya ensordecedor. Millares de espectadores se iban apartando del campo cercano dirigiéndose al punto de concentración. Pratt parpadeó cuando avanzaron hacia él varios grupos, de ojos vidriosos, bocas abiertas y gargantas rasposas por los vítores repetidos.

Alzando su rifle, trepó a un montón de escombros, fuera del camino.

Una pandilla de periodistas fotógrafos con cámaras de flash estaba sacando instantáneas de la multitud y de las masas grises de agentes organizadores que formaban las primeras filas. Policías con cascos estaban por todas partes, en parejas y en grupos de a tres. Todos llevaban armas; tenían un aspecto cruel e inquieto en sus uniformes pardos. Donde comenzaba el trozo de calzada había cuatro ambulancias, dos a cada lado. Complicados equipos de televisión habían sido instalados por las cercanías; los técnicos y los médicos charlaban y gastaban bromas. Los fotógrafos también obtuvieron fotos de ellos. Sacaban fotos de todo.

Pratt seguía avanzando con precaución. Se las arregló para deslizarse hasta el borde final de la multitud y desembocar en terreno abierto. Un momento más tarde se hallaba junto a la barricada principal de la Policía, erigida al borde de la carretera. Los policías uniformados le miraron inexpresivamente: no le conocían. Uno de ellos, un gigante con una gran cara de luna llena, se destacó del grupo y se dirigió hacia él amenazadoramente, empujándolo con su metralleta.

—¡Vaya por el otro lado! —le chilló a Pratt—. ¡Salga de la carretera!

La policía estaba tendiendo pesadas cuerdas blancas a ambos lados del pavimento para mantener confinados a los manifestantes. Querían estar seguros de que el desfile proseguiría en la dirección adecuada; se suponía que terminase donde esperaban las unidades armadas.

—¡Maldita sea! —rugió el policía grandote—. ¡Le he dicho que salga de ahí! ¿Es que quiere que lo maten?

—¿Dónde está McRaffle? —preguntó Pratt.

—¿Quién es usted?

Pratt localizó al comandante de la Policía McRaffle, el jefe encargado del sector. Se le acercó y le mostró su identificación.

—Está bien —murmuró McRaffle, preocupado. No sabía cuál era la misión de Pratt; sólo que se trataba de una cosa de la Seguridad—. Suba a uno de esos camiones; desde allí es desde donde podrá tener mejor vista. Los muy cabritos van a empezar la marcha de un momento a otro.

McRaffle había elegido un buen sitio para la barricada. Una vez que los manifestantes se hubiesen puesto en marcha hacia la ciudad, los camiones pasarían sobre las cuerdas y darían la vuelta, bloqueando la carretera. Luego, cuando la multitud retrocediese, los equipos de la Policía harían su aparición. Atrapados entre dos muros de policías,

Jones y sus seguidores quedarían cogidos como ganado. Estaban aguardando más camiones, para llevar a los partidarios a campos de trabajos forzados. La barricada en sí misma era formidable. Pratt dudaba si la turba —y desde luego era toda una turba ya— podría romperla. Camiones, artillería pesada, y tal vez una línea de carros de combate. No estaba muy familiarizado con aquella parte. Eso sería cuestión del ataque inicial de la Policía: Jones muerto; los seguidores, rodeados. Y luego, por todo el mundo, ciudad tras ciudad, el resto iría cayendo en la red. En cuestión de días, tal vez de semanas, la redada continuaría. Lenta y eficientemente.

Llegado el camión, Pratt empezó a subir. Seis o siete manos se alargaron para ayudarle; trepó torpemente, sin soltar su rifle, en una posición incómoda, hasta que alguien le ayudó a ponerse en pie. Se sacudió el polvo y encontró un sitio cerca de la parte delantera. No era el único que tenía un rifle de guerra; varios brillaban a la luz del sol poniente. Mientras estaba allí con su arma alzada nadie le prestaba atención. Todos estaban viendo a los manifestantes.

—Es una buena posición —le dijo a McRaffle cuando el comandante de la Policía se le acercó más tarde.

McRaffle se quedó mirando el rifle.

—¿Qué lleva usted ahí? ¿Un viejo A-5? Me gustaría que todos ustedes se hubiesen desprendido ya de eso —evidentemente creía que Pratt era un belicoso veterano de guerra, nada más—. Deberían haberles quitado a ustedes estos juguetes.

—Viene ahí un montón de gente —observó inquieto un sargento.

—¿Cree usted que se pararán? —preguntó otro nerviosamente, un muchachito—. Están locos; son capaces de hacer cualquier cosa.

—No lo creo —dijo McRaffle vagamente, mirando a la turba con sus anteojos.

—Quieren que los maten —dijo el sargento—. Para eso han venido aquí. Pueden vernos muy bien; Jones debe saber que estamos muy cerca. ¿No dicen que ve el futuro? ¿No es ése su truco?

Un viento caliente soplaba hacia ellos desde las ruinas y los cráteres medio cegados. En lontananza, a través de un cielo anubarrado, una fila de transportes se movía lenta, inexorablemente. Los hombres de los camiones estaban inquietos e irritados; chocaban sus armas contra la envoltura de metal que tenían alrededor, escupían por la baranda, se ponían las manos como viseras para resguardar sus ojos del brillo del sol y miraban rabiosamente a la rueda gris de los manifestantes.

—Ya no tardará mucho —comentó McRaffle.

La multitud estaba formando obedientemente detrás de la falange gris.

—¿Cuántos calcula que hay? —preguntó Pratt.

—Miles. Millones. Me imagino que el grandísimo sinvergüenza va a montarse en su coche mientras los demás van andando. —McRaffle indicó una limusina aparcada—. Uno de sus ricos protectores le donó el cacharro.

—Se supone que irá al frente —dijo un reportero que había escuchado a McRaffle—. Según las instrucciones que dieron, irá a la cabeza de la manifestación.

—También creo yo eso —dijo Pratt.

—¿Sabe usted algo sobre él? —preguntó el reportero, con su rostro rechoncho ávido e inexpresivo a la vez.

Era un periodista típico de Berlín, con arrugados pantalones bombachos, una pipa en la boca, cínico y distante.

—No —contestó Pratt.

—¿Es cierto que Jones es un huido de los campos de trabajo de Bolivia?

—Lo que yo he oído decir —dijo el sargento— es que solía estar por las ferias. Es un mutante, uno de esos fenómenos de la época de la guerra.

Pratt no dijo nada. Le dolía la cabeza por la luz y por el polvo que traía el viento seco. Deseaba que las cosas sucedieran más aprisa.

—Mire —le dijo el reportero a McRaffle—. Déjeme que le pregunte una cosa. Los tipos esos de ahí, ¿forman una especie de pandilla? ¿Cuál es la verdadera historia de todo este lío?

—¿Y yo qué sé? —masculló McRaffle.

—¿No es una pandilla? ¿Qué tiene que ver Jones con todo eso? Tiene un montón de gente gorda que le apoya, ¿no es verdad? Es ministro o algo por el estilo. Esto es una religión, ¿no? Gente rica que palea el dinero y que tiene un montón de trajes y de coches y de joyas. Y a él tampoco le falta nada, ¿verdad?

Nadie contestó.

Luego el reportero se dirigió a un guardia delgado y alto que estaba apoyado contra la barrera, llenos los brazos de artefactos para el disparo de cohetes.

—Oiga —dijo el reportero en voz baja—. ¿No es esto realmente un truco de Fedgov? ¿Para aumentar el interés por la colonización? Van a introducir un gran contingente de emigrantes, ¿no es así?

—Déjeme en paz.

—Dios mío —se quejó el reportero dolientemente—, no estoy más

que tratando de comprender. Esto debe de tener una explicación… Estoy tratando de hacerme cargo de qué pinta él aquí.

Un policía bajito y de rostro colorado subió al camión llevando un carrete de cable para las líneas telefónicas.

—Me alegro de estar aquí arriba —le dijo jadeando a McRaffle—. Esto va a ser un bonito jaleo cuando lleguen a las afueras de la ciudad.

El periodista puso la mano en el hombro del recién llegado.

—Hola, amigo —dijo—, ¿para qué demonios es todo esto? ¿Qué quieren esos tíos?

Respirando con fuerza, el policía de faz colorada se detuvo.

—No es una pandilla de gangsters.

—¿Qué quieren entonces? Explíquemelo.

—Si fuesen una pandilla, no tendríamos ningún jaleo. Podríamos comprarlos.

—Eso es interesante —el periodista le miró agudamente—. ¿No vio usted alguna vez a ese Jones?

—No —admitió el policía de faz colorada—. Pero mi mujer le dio una vez la mano —y añadió—: Ella es miembro.

El reportero le miró incrédulamente.

—¿No me está tomando usted el pelo?

—Probablemente va ahí entre los tantos.

—Márchese ya —le ordenó McRaffle al policía—. Vaya a informar a su unidad.

El guardia se dirigió dócilmente a la parte trasera del camión y saltó a la calzada.

El periodista garabateó unas cuantas notas en un bloc de papel y luego se lo guardó. Se quedó mirando con curiosidad el rifle de Pratt.

—¿Qué lleva usted ahí, compadre? —preguntó.

Pratt no dijo nada. Se sentía peor por momentos, a medida que el sol resbalaba sobre su cabeza. Tenía la boca seca y agria. Restos de un antiguo paludismo se agitaban en su cuerpo, trayéndole debilidad y escalofríos. Siempre le pasaba lo mismo antes de matar a alguien.

—Es un bastón metálico de muy mal aspecto —observó el periodista—. ¿Va a volarle usted la cabeza a alguien con eso?

—Váyase usted de aquí, grandísimo imbécil —dijo el policía delgado—, antes de que vaya a volarle la sesera.

—¡Jesús! —se quejó el reportero—. Están ustedes medio locos —se dirigió al extremo del camión—. Son ustedes tan malos como esos tipos de allí.

Pratt se secó el sudor del labio superior y apoyó el rifle en el costado del camión. El metal resplandecía brillante y caliente con el

calor furioso. Sus ojos le ardían y las piernas le empezaban a temblar. Se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que la serpiente gris se desatase y echara a andar. No mucho, probablemente.

—Déjeme usar sus anteojos —le dijo a McRaffle.

—No los deje caer —le indicó McRaffle entregándoselos; las manos le temblaban—. Cristo, esto va a acabar conmigo. Si algo sale mal iré a un campo de concentración lo mismo que ellos.

Pratt miró por los anteojos a la rueda de uniformes grises, con su turba densa y obediente formada detrás. Jones había llegado. Estaba al frente, conversando con los trabajadores de la organización. Ahora los manifestantes estaban siendo distribuidos en columnas de a diez; una larga serpiente con su cabeza gris en el filo de la carretera y su cuerpo perdiéndose entre las ruinas. Los manifestantes, cansados de esperar, empujaban y se agitaban. Pratt podía escucharlo, un estrépito denodado y constante. Estaban vociferando y aullando con toda la fuerza que podían.

—¿Los oye? —le dijo a McRaffle.

—Déme los anteojos; creo que ya han empezado.

—Todavía no.

Pratt ajustó el tornillo de enfoque. Allí estaba su presa: el hombrecillo familiar, raquítico y mezquino, con sus gafas de armadura de acero, insignificante y vulgarote. Aquél era Jones.

—¡Vamos —gritó McRaffle—, démelos!

Pratt devolvió los anteojos. McRaffle los frotó rápidamente y volvió a enfocarlos.

—Por Dios —susurró—, aquí vienen. Han empezado.

Las columnas de grises comenzaban a moverse por la carretera. La aullante y vociferante multitud se arrastraba detrás. Los perros ladraban furiosamente. Los niños corrían de un lado para otro en una excitación frenética. Sobre los camiones, los policías armados resoplaban inquietos y levantaban sus armas.

Jones, a la cabeza de las columnas, marchaba con zancadas desiguales y nerviosas, directamente por el centro de la carretera. Un paso mecánico y rápido, como el de una muñeca de resortes. Sin los anteojos, Pratt no podía distinguirle la cara; Jones estaba todavía a bastante distancia. Empuñó el rifle y le quitó el seguro. Lo alzó, y se mantuvo tenso y expectante. A su alrededor, los que tenían fusiles estaban haciendo lo mismo.

—Recuerden ustedes —masculló McRaffle— que no deben disparar. Hay que dejarles pasar; dejarles que rebasen la barricada. Luego todo el mundo listo para cercarlos.

En uno de los camiones un policía daba diente con diente, luego se cayó a la carretera. Rodó, se alzó rápidamente, y lleno de pánico buscó ponerse a salvo tras la cuerda blanca.

—Que se acerquen los primeros camiones —ordenó McRaffle en su radioteléfono.

Las columnas de los manifestantes estaban ya moviéndose más allá de la barricada. Algunos de ellos miraron temerosamente a los camiones aparcados y a la policía agrupada.

—Empezad a avanzar —gritó McRaffle—. ¡Poned en marcha los motores, bestias!

Los primeros manifestantes habían rebasado la barricada. Viniendo de Francfort estaba la primera línea de tanques de la Policía; la otra mandíbula de la trampa se estaba cerrando. Los manifestantes no llegarían nunca a la ciudad. Con rugidos horrísonos, los motores de los camiones iban poniéndose en marcha. Maniobrando en torno a los manifestantes, los camiones iban desembocando en la carretera, cortándoles el paso. Bruscamente los manifestantes hicieron alto. Rugidos de desaliento se impusieron sobre el tronar de los motores. Las columnas se rompieron y ondearon; la gran serpiente gris se disolvió de pronto. Los que venían detrás vacilaron. Los que iban a la cabeza empezaron a sumirse en confusión.

—Ya los tenemos —estaba diciendo McRaffle con voz incolora—. ¡Están cogidos!

Los manifestantes no seguían avanzando. Jones se había parado, miraba medrosamente a su alrededor. Como una rata atrapada, pensó Pratt. Una sucia rata de dientes amarillos. Levantó su rifle y apuntó.

Ahora toda la multitud estaba en movimiento. La masa que había ido marchando a lo largo de la carretera se desparramó en grupos sin rumbo, gente que se precipitaba en varias direcciones, fuera de la calzada, entre las cuerdas; no importa adónde. Coches rápidos de la policía se acercaban desde el borde de las ruinas, pastoreando al rebaño. Era el caos. Pratt no prestaba ninguna atención a aquello; veía sólo la pequeña y delgada figura de Jones.

—¡Quedan ustedes detenidos! —tronaban los altavoces—. ¡Dejen de moverse y permanezcan donde están! ¡Quedan detenidos por la Policía de Seguridad!

Algunos grupos se pararon. Rostros contraídos por el miedo se alzaron hacia el cielo; unidades aéreas de la Policía estaban aterrizando. Un grupo de forzudos de la Organización entró en liza y corrió hacia un grupo de policías. Blandiendo cachiporras, los forzudos avanzaron hacia la unidad que aguardaba; una confusa masa

de grises y pardos rodó por el pavimento. Más manifestantes huyeron desde la carretera hacia las ruinas. Policías a pie iban cercándolos; se alzaban nubes de espeso polvo oscureciendo la escena. El aire estaba lleno de gritos y rugidos ahogados. Un camión crujió, luego poco a poco fue cayendo de costado. Una muralla de fanáticos enloquecidos acababa de tumbarlo.

Pratt apuntó cuidadosamente y disparó.

Erró el tiro completamente. Asombrado, tiró del cerrojo y volvió a levantar el arma. Antes, cuando disparó, Jones había dado un salto de costado pavoroso e inexplicable, con una anticipación de milésimas de segundo; resultaba increíble. Indudablemente Jones había contado con aquello.

Después de saltar del camión en donde estaba al siguiente, Pratt se abrió camino entre las primeras filas de la multitud. Bajó por un montón de ruinas; empuñando su rifle, llegó a un puesto precario que abandonó enseguida, para seguir velozmente hacia adelante. Esta vez dispararía desde muy pocos metros de distancia; esta vez se pondría frente a frente con Jones.

Lanzándose a la carretera, Pratt se abrió camino entre la multitud. Usando la culata de su rifle como cachiporra, forzó el paso entre la masa. Una botella le estalló en la cabeza; durante un rato remoloneó a su lado la oscuridad, y se cayó contra una masa de cuerpos humanos que se retorcían salvajemente. Luego consiguió ponerse en pie y siguió arrastrándose.

Inmediatamente se puso en cuclillas. Recogió el rifle que había caído a sus pies y estaba levantándose cuando una forma vestida de gris le golpeó con un tubo de plomo. Esta vez perdió los dientes; tragó sangre cálida y pegajosa, casi asfixiándose. Medio ciego, se puso a jadear. Enormes botas crujientes le golpeaban en las costillas; se retorció y pudo incorporarse, agarró un pantalón y tiró. La figura se tambaleó y cayó. Pratt rodó sobre el otro, sus manos asieron un trozo de botella rota. Con un tajo rápido seccionó la garganta del hombre, apartó el cuerpo, y saltó.

Delante de él había un pequeño claro, un centro muerto en el remolino de formas frenéticas. Jones permanecía erguido e inerte; tras sus cristales, los ojos le centelleaban frenéticos. A su alrededor se había agrupado un núcleo de lucha de la Organización, una defensa de última hora.

Arrodillándose, Pratt se las arregló para alzar su rifle. Nieblas centelleantes bailaban delante de él; estaba suspendido en un intervalo silencioso e inmóvil. Automáticamente, sus dedos tiraron del

disparador; no hubo ruido alguno. Sólo un chasquido débil en la recámara.

Vio como Jones se tambaleaba, se llevaba la mano al vientre, y luego caía de espaldas. No había hecho más que herirlo, darle en la barriga, pero no en la cabeza. Maldiciendo, llorando, Pratt luchó con el cerrojo. Había fracasado; no había conseguido matarle.

Mientras trataba de disparar de nuevo, una potente sombra gris se abalanzó contra él. Llegó a su altura y le arrebató el arma de las manos de un puntapié. Otras dos sombras aparecieron; experimentó un desgarrador segundo de agonía, y luego acabó todo. Su último instante de vida había caducado. Entre aquellos tres hombres, los forzudos grises, le habían decapitado.

Sentado en el pavimento, escupiendo sangre, Jones aguardaba que los equipos médicos de la Policía llegasen hasta él. Desde donde se hallaba podía ver los restos del asesino. Turbiamente, a través de un velo, contemplaba cómo las enfurecidas figuras grises iban destrozando lo que había quedado.

Se acabó. Entre sus dedos crispados, fluía el calor vivo de su sangre. Había sido herido; pero todavía estaba vivo. En su agonía estaba ya el gozo rugiente de la victoria.

XIV

Pearson estaba sentado a su mesa cuando llegaron los primeros informes. Escuchó distraídamente; parecían provenir de una gran distancia, remotos y teóricos, sin interés inmediato. Se dio por enterado y se apartó del aparato.

Al cabo de un momento se le ocurrió pensar que había fracasado. Pratt estaba muerto y Jones seguía gruñendo en un hospital de la Policía, vivo aún. Bueno, eso era lo que había.

Se puso en pie y anduvo hasta la ventana. Con las manos en los bolsillos, se quedó mirando a la ciudad nocturna y oscura, muy poco agitada. Al día siguiente, unidades de la Policía rodearían a los seguidores de Jones en esta zona. No había prisa; era algo que podía esperar. En realidad podía estar esperando siempre.

Pero él tenía que seguir con aquello. Recorrer todo el camino hasta el amargo fin. Él lo había iniciado; él tenía que acabarlo. No pretendía retroceder ahora, simplemente porque no hubiera esperanzas.

Pensó unos momentos si convendría tratar de asesinar a Jones en el hospital mientras yacía allí indefenso. No, ya había realizado su gesto quijotesco. Había probado ya lo que estaba dispuesto a probar, lo que tenía que saber: a Jones no se le podía matar. Era inútil. Fedgov estaba vencido; él podía ya tirar la toalla.

A decir verdad, aguardó dos semanas. Aguardó hasta que las cifras efectivas del plebiscito empezaron a llegar. Incluso remoloneó hasta que el edificio se vio envuelto en la humareda acre del papel quemado: los documentos oficiales de la Seguridad convirtiéndose en humo. Cuando el Consejo Supremo dimitió, Pearson estaba todavía silencioso en su oficina de Detroit, con la cabeza hundida en el pecho, las manos en los bolsillos.

Unas horas antes de que la pálida y débil figura de Jones se levantara de la cama del hospital, entrase en un coche oficial y se encaminase a Detroit, Pearson le hizo una llamada a Cussick.

—Voy a ir por ahí —le dijo Pearson—. Hablaré con usted en su apartamento; vamos a volar este edificio. No queremos dejar nada.

Lo primero que notó cuando entró en el apartamiento de Cussick

fue la suciedad general; no lo recordaba de aquella forma. Por un momento se detuvo en la puerta, desconcertado y molesto.

—Es lógico —dijo por fin—. Su mujer se ha ido. Ahora está usted aquí completamente solo.

Cussick cerró la puerta del recibidor.

—¿Puedo servirle un trago?

—Es lo que mejor hace —dijo Pearson con gratitud—. Un vaso grande.

—Tengo un litro de buen escocés —dijo Cussick. Preparó las bebidas, y los dos tomaron asiento.

—Estamos acabados —dijo Pearson.

—Ya lo sé.

—Fue un error. Naturalmente no se le podía matar. Pero yo tenía que probarlo. Mire, el muy cabrito podía haber estado faroleando. Era una posibilidad como otra cualquiera; necesitaba ponerlo a prueba. Algo pragmático, ya me comprende.

—¿Qué viene a continuación? —preguntó Cussick—. ¿Hay algo que no hayamos hecho?

El rostro duro e inquieto de Pearson se contrajo.

—La verdad es —dijo lentamente— que todavía disponemos técnicamente de dos horas más de autoridad. Será lo que se tardará para que Jones se haga cargo del gobierno legal. De momento todavía depende de mí el proyecto de Rafferty.

—¿Sabía usted en qué consiste el proyecto? Creí que no estaba enterado.

Mirando al techo, Pearson dijo:

—Hay dos naves dispuestas. Quiero decir naves verdaderas, naves capaces de un viaje espacial. Ya sabe usted a lo que me refiero. Interplanos, las llaman. Aparcadas en no sé qué zona, listas para zarpar. Siempre están alertas. Preparadas en todo momento, equipadas y repostadas. Se supone que son las mejores. A mi entender funcionan por rayos automáticos. Alguien, no sé ya quién, me dijo en cierta ocasión que una estación piloto montada en Venus está encargada de controlarlas en cuanto salen de la Tierra. Puede que no sea en Venus. Puede que sea en Marte.

—En Venus —afirmó Cussick.

Pearson asintió y bebió un trago.

—Comprenderá usted, desde luego, que esta es una jugada complicada. Naturalmente, sé cual es el proyecto; lo descubrí el primer día. Pero para el protocolo estoy hablando exclusivamente acerca de las dos naves. Ellos, usted sabe a quienes me refiero, serán

divididos en dos grupos; cuatro en una, cuatro en otra. Así, si una nave no consigue llegar, habrá la otra.

—¿Hay provisiones en Venus? —preguntó Cussick—. ¿Hay alguna especie de instalaciones?

—Montañas de provisiones. Millas de instalaciones. Todo lo que tenemos que hacer es llevar allí a los ocho.

Cussick se puso en pie.

—Se lo notificaré a Rafferty.

Pearson también se levantó.

—Tengo el coche afuera; le llevaré a usted al campo aéreo. Mejor aún, le acompañaré.

Media hora más tarde aterrizaban en San Francisco. Rafferty estaba dormido; Cussick le despertó y le entregó el mensaje. Se avisó al aeródromo, el transporte Van entró en funcionamiento y los ocho venusinos fueron colocados en su interior: siete adultos y un bebé todavía en su incubadora. Asustados, desconcertados, los mutantes se apiñaban muy juntos; personitas tímidas, alzando sus miradas, parpadeando rápidamente, conversando con susurros bajos e inciertos.

—Buena suerte —les dijo Rafferty.

Pearson y Cussick fueron siguiendo el Van hasta el aeródromo secreto. Revisaron la carga de las naves, cuatro mutantes en cada una. Los complejos sellos de seguridad fueron colocados en su sitio y las naves se elevaron. Mientras Cussick, Pearson y Rafferty miraban desde las sombras al borde del campo, las naves despegaron simultáneamente. En total había transcurrido hora y media: Jones aún tenía que aguardar treinta minutos.

—¿Se les apetece un trago? —preguntó Cussick a Pearson y Rafferty.

Los tres se emborracharon concienzudamente.

En su lastimoso estupor, el tiempo y el espacio dejaron de tener sentido. El mundo se borró en un remolino caótico de fantasmas a la deriva, sonidos indistintos, colores cambiantes y rayos de luces. Algo durante el proceso, un acontecimiento, captó momentáneamente la atención de Cussick. Cuatro hombres uniformados de gris estaban de pie alrededor de ellos, examinando sus papeles de identificación con abrumadora eficiencia. Atontado, con un gran esfuerzo de voluntad, consiguió mirarles.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

Pero él no les interesaba; era a Pearson a quien estaban levantando y transportando. Repentinamente horrorizado, Cussick luchó furiosamente; presa de un violento frenesí se levantó y forcejeó para

liberar a Pearson. Una de las figuras uniformadas le derribó de un golpe, y la otra le dio una patada en la cara.

Luego se fueron. Cussick quedó tendido en el suelo junto a la figura inerte de Rafferty, entre sillas tumbadas y vasos rotos. Gradualmente, con temor, el gris frígido de la cordura fue volviendo a su mente. Pearson había sido arrestado. Fuera del bar resonaba una cacofonía creciente de sonidos: rugidos de motores, gritos, disparos, pisadas, bombas que hacían explosión.

La media hora que quedaba había transcurrido. Jones estaba ahora en el poder. El día del Gobierno Crisis, el nuevo orden del mundo, había empezado.

XV

En la reducida cabina de bajo techo, una figurilla estaba inclinada sobre un banco de trabajo; empuñaba en ambas manos útiles de soldador y, malhumoradamente, soldaba una revuelta madeja de alambres y dispositivos electrónicos. Excepto el zumbido de la pistola soldadora, la cabina estaba en silencio. Nada se agitaba. Las paredes metálicas de la cabina eran frías, lisas, impersonales. Compartimientos almacenes rotulados con números en clave cubrían toda la superficie plana. No se había malgastado el menor espacio; la cabina era un bloque perfecto de eficiencia.

Los transistores, relés y montones de cables conductores extendidos sobre la bancada formaban el mecanismo de dirección de un cohete de señales. El cohete de señales en sí, de un metro ochenta centímetros de longitud y diez centímetros de diámetro, se erguía en un ángulo, una delgada piel metálica sin entrañas. Pintados en la pared, tras el banco, se veían claros y reducidos esquemas. Una luz blanquiazul brotaba de una lámpara serpentiforme. Herramientas de todas clases brillaban metálicamente.

—No puedo hacerlo —dijo Louis en voz alta, exclusivamente para sus oídos.

De pronto empezó febrilmente a romper alambres y a volverlos a soldar en caprichosas combinaciones. Durante diez minutos, el soldador estuvo cortando y activando el mecanismo del cohete. Se encendían tubos; la electricidad se movía por el circuito.

No ocurría nada. En un flujo de actividad, empezó de nuevo a soltar plomos, a unirlos al azar, a cortarlos y soldarlos. Soplando y escupiendo sobre el metal que se enfriaba, apagando los terminales humeantes, miraba ansiosamente mientras el circuito seguía transmitiendo su energía.

Todavía nada.

Colocó el interruptor de tiempo durante noventa segundos, el intervalo que Dieter había computado. El mecanismo siguió haciendo tic tac. Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac hasta que no pudo resistirlo; acortando el intervalo a cinco segundos aguardó con una histeria

reprimida hasta que los relés se cerraron de golpe, y el chasquido cesó.

Su reloj de pulsera le dijo que todavía quedaba un segundo cortado. En noventa segundos serían dieciocho segundos de diferencia. O peor todavía; quizás aquello no funcionara nunca. Quizás el cohete de señales pasaría junto a la otra nave, perdiéndose en la oscuridad, sin soltar su mensaje magnético. Que se lo llevara todo el diablo. Él no sabía lo suficiente de electrónica.

—No sirvo —dijo hablando en general, refiriéndose a sí mismo y no a lo que había hecho.

Refiriéndose a sí mismo y a toda su vida. En la pequeña cabina su voz retumbó rebotando de nuevo hacia él, un sonido delgado y estridente, pero un sonido de todas maneras. Cualquier sonido era bien acogido.

—No sois más que mierda —dijo al revoltijo que había encima del banco, hablando desde el fondo mismo de su alma.

No había nadie alrededor que pudiese oírle, por eso pensó en unos cuantos términos más y los profirió en voz alta. Resultaba rarísimo oír a aquella vocecita disparando obscenidades. Se sintió sorprendido, casi sobresaltado. Desapareció la rabia, y fue sustituida por la vergüenza.

—Irma podría arreglarlo —dijo lastimeramente.

Y luego se sintió lleno de miedo. De un espanto total y absoluto. Muy reposadamente cerró los ojos y se puso a gritar. Como un hombre con algo terrible en la garganta, estaba allí rígidamente sentado ante el banco de trabajo, con los dedos doblados como zarcillos, la piel fría y pegajosa, la lengua extendida, los hombros agachados, la boca abierta, transfiriendo todo el pánico que había en él.

Y aquello no serviría de nada, porque en la Tierra no le oirían de ninguna manera. *Estoy aquí fuera*, estaba aullando. Estoy a millones de kilómetros, solo. No hay nadie a mi alrededor; estoy cayendo, y a nadie le importa un ardite. ¡Ayudadme! ¡Hacedme volver! ¡Quiero ir a casa!

Y todo aquel tiempo seguía dándose cuenta de que era una estupidez infantil, porque en realidad no estaba solo: Dieter, Vivian y el bebé, Laura, estaban con él, más una titánica nave metálica tan larga como cuatro bloques ciudadanos, pesando miles de toneladas, equipada por un valor total de mil millones de dólares en turbinas, artefactos de seguridad y pertrechos. Así pues, era una tontería.

Temblando, se incorporó y tocó la pared. Por Dios que aquello parecía bastante real. ¿Qué más podía pedir? ¿Podría haber algo más

verdadero? ¿Qué aspecto tendría si fuera más verdadero? Sus pensamientos giraban más y más, sin eje, moviéndose locamente, con mayor y mayor rapidez.

Se acercó a la puerta, vio que estaba absolutamente cerrada, la atornilló, miró por la mirilla, y se sintió satisfecho. Estaba encerrado allí dentro; aunque estuviese completamente perdido, todo iría bien: nadie le vería, nadie sabría nada, no podría hacer ningún daño. Podría destrozar la cabina entera y no se notaría diferencia alguna. No sería lo mismo que estar afuera, donde podría alcanzar al delicado piloto automático.

Las paredes metálicas de la cabina tenían una cualidad brillante y fría. Parecían panes de plata, delgados como el papel, más delgados aún. Una envoltura metálica y frágil entre él y el vacío. Podía sentirlo allá afuera; poniendo su mano contra la pared, sufriendo increíblemente, pero obligándose a sí mismo, estaba en realidad *tocando* el vacío exterior.

Podía oírlo. Podía sentirlo, olerlo prácticamente.

Un olor frío y musgoso, como el del papel masticado. Una estela desierta soplando en torno a la noche; un viento tan débil que era invisible, agitándose tan tenuemente que no se sentía ningún movimiento y se tenía sólo la sensación de la presencia. Aquello estaba siempre allí, fuera de la nave. Nunca cesaba.

El resentimiento tomó el lugar del miedo. ¿Por qué no habían establecido comunicación entre las dos naves? ¿Y por qué no habían instalado alguna clase de ruido? No había sonido alguno; las turbinas estaban muertas, excepto en alguna que otra sacudida durante una fracción de segundo, cuando los chorros laterales se manifestaban de momento para corregir el rumbo. ¿Cómo sabía él que la nave estaba moviéndose? Escuchaba pero no oía nada; husmeaba, miraba, alargaba la mano, pero nada había. Sólo la pared de hojas metálicas, la pared más delgada que el papel, tan frágil que podría hacerla jirones.

Seguía rumiando y rumiando, siempre en torno a lo mismo. Y durante todo el tiempo la nave y su invisible compañera iban acercándose más y más a Venus.

En la otra nave, Frank estaba en la mesa de comunicaciones, inclinado sobre el receptor.

—En las primeras setenta y dos horas del Gobierno Crisis —declaraba la voz débil, cargada de estática del locutor de la Tierra—, ha habido ya un cambio marcado en la moral del pueblo.

Irma y Frank se miraron cínicamente.

—La anterior apatía y futilidad que caracterizaban a la vida bajo el sistema Fedgov han desaparecido; el hombre ordinario tiene un nuevo celo, un incentivo, un nuevo propósito en la vida. Tiene ahora confianza en sus dirigentes; sabe que sus dirigentes actuarán; sabe que sus dirigentes no están corrompidos por la parálisis intelectual.

—¿Qué significa eso? —preguntó Syd secamente, algo asombrada.

—Significa que primero actúan y luego piensan —dijo Irma.

La voz siguió fluyendo. En un rincón, el magnetófono lo iba registrando todo. Los cuatro seres escuchaban ávidamente, no queriendo perder una sola palabra, absorbiendo todo lo que la voz decía.

—Es tan imbécil —comentó Irma—. Tan estúpido y tan aburrido como un anuncio malo. Pero ellos lo creen; se lo toman en serio.

—Las ruedas están girando —rezongó Garry—. Moliendo. Las espadas se afilan barato, un nuevo negocio. Podemos dedicarnos a él si volvemos alguna vez a la Tierra. Se afilan espadas, se pulen armaduras, se hierran caballos. Nuestro slogan es: Todo a la manera medieval. Si es medieval, lo queremos.

Nadie le escuchaba; el locutor había acabado y los tres adultos estaban sumidos ahora en sombríos pensamientos.

—Hemos tenido suerte —dijo Frank al cabo de un rato—; si volviésemos allí, la Cruzada del Pueblo Contra la Flota Invasora estaría siguiéndonos los pasos. No somos una horda, y no invadimos nada, pero por lo demás suena muy bien.

—Ha sido una buena cosa el que nos hayan mandado fuera —observó Syd—. ¿Fue idea de Rafferty? Todo este asunto ha sido tan confuso al final… Todavía no estoy segura de qué es lo que ha sucedido.

—Rafferty estaba por allí —aseguró Garry—. Le vi rondando y dando prisa. Nos gritó algo, pero no lo entendí.

—Indudablemente —dijo Frank—, todo esto lo tenían preparado; no construyeron estas naves en una mañana. Alguien, probablemente Rafferty, tenía planeado el enviarnos fuera de la Tierra. Eso es todo lo que podemos suponer. Pero el verdadero problema es: ¿qué demonios hay al otro lado?

—Quizá sólo querían desprenderse de nosotros —dijo Irma con entonación preocupada—. Enviarnos con viento fresco por el espacio. Viaje de ida y sin regreso.

—Pero si lo que querían era desprenderse de nosotros —objetó Syd—, podrían haberlo hecho hace muchos años. Más barato y con más

facilidad, sin tener que meterse en todo este jaleo de tener que construir el Refugio y estas naves y todos los pertrechos puestos a nuestra disposición. No tiene sentido.

—¿Cómo es Venus? —le preguntó Irma a Garry—. Tú que lees libros, tú que lo sabes todo.

El muchacho se ruborizó.

—Un desierto estéril. Sin aire, sin vida.

—¿Estás muy seguro? —preguntó Frank, nada convencido.

—Extensiones áridas. Nada de agua. Un polvo seco soplando en torno. Desiertos.

—No seas burro —objetó Frank, disgustado—. Eso es Marte.

—¿Qué diferencia hay? Marte, Venus, Plutón… todos son iguales.

—¿Vamos a vivir en una cúpula con los equipos de exploración? —preguntó Syd—. No podemos; hemos de tener nuestra propia cúpula. Un Refugio dentro de un Refugio.

—Deberían habérnoslo dicho —se quejó Garry.

—No hubo tiempo —explicó Syd.

—¿Qué tiempo ni qué diablos? —protestó—. Han tenido treinta años para decírnoslo. Toda mi vida, año tras año, y ni siquiera una palabra.

—Lo siento —dijo Irma—, pero la verdad es que no puedo ver la importancia que tenga eso. ¿De qué serviría decírnoslo? Sabemos a dónde vamos. No hay nada que nosotros podamos hacer en contra; no podemos alterar el rumbo de las naves.

—Lo peor que nos pasa —dijo Syd pensativamente—, es que estamos acostumbrados a que decidan por nosotros. Somos como niños; nunca hemos crecido.

—Nuestro útero —asintió Frank y señaló luego a la nave—. Y todavía lo tenemos alrededor.

—Hemos dejado que sean ellos los que piensen por nosotros y hagan nuestros planes. Nos hemos limitado a dejarnos llevar, lo mismo que ahora. No tenemos concepto alguno de la responsabilidad —concluyó la muchacha.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Garry.

—Nada —concedió Syd—. Me pregunto si alguna vez acabará esto. Si llegará un tiempo en que podamos ser nosotros mismos los que formemos nuestros propios planes.

Nadie dijo nada; nadie podía imaginarse cuándo sería aquello.

El pasaje entre la Tierra y Venus se realizó en quinientas ochenta horas y cuarenta y cinco minutos. En las etapas finales, cuando el

neblinoso orbe verdeante había ya subido y llenaba todo el cielo, Frank estaba sentado solo en el cuarto de comunicaciones, con las manos cruzadas, aguardando.

La nave no estaba ya silenciosa. En torno a él, el suelo y las paredes retemblaban con el estruendo de los cohetes frenadores. Relés automáticos estaban respondiendo a las ondas reflejadas en el planeta; una trayectoria en espina se dibujaba, bajando gradualmente a la nave hacia la superficie. Enfrente de Frank, filas de luces se encendían en cambiantes formas: un equipo robot se ocupaba de responder a la situación.

El altavoz chirrió, chisporroteó con la estática, y habló luego:

—Esta es la cúpula de servicio del destacamento en Venus —una voz humana, ruidosa y muy próxima, a no más de unos cuantos miles de kilómetros de distancia—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Para qué van a desembarcar? No tenemos informes —la voz sonaba esperanzada, pero escéptica—. Hagan el favor de identificarse, ¿Nave de aprovisionamiento? ¿Relevo? ¿Conjunto de bailarinas?

Otra voz preguntó:

—¿Nos traen más equipo? Estamos escasos hasta más no poder de maquinaria para la transformación de alimentos.

—Libros —dijo el primer hombre enfáticamente—. ¡Cristo, nos estamos muriendo! ¿Qué significa todo este jaleo acerca de Jones? ¿Quién diablos es Jones? ¿Está todo en orden?

—¿Traen ustedes noticias? —preguntó el otro hombre ansiosamente—. ¿Es verdad que están enviando naves más allá de Sirio? ¿Manadas enteras de naves?

Frank estaba allí impotente; no podía contestar en forma alguna. El transmisor, lo mismo que todo lo demás, estaba controlado por robots. Era terrible oír aquellas voces pedigüeñas tan cerca y no poder contestar.

Y entonces la respuesta llegó. Al principio no pudo imaginarse dónde estaba su origen. Atronaba ensordecedoramente; el sonido llegaba a sus orejas en ondas traqueteantes.

—Esta nave —atronó la voz— está dirigida por un sistema de robots. Sus pasajeros no tienen el menor control sobre ella. La nave y su gemela están bajo la protección de Fedgov.

Era la voz del doctor Rafferty. La voz, registrada e incorporada al equipo automático de la nave, salía del banco de luces que Frank tenía inmediatamente por encima de la cabeza. Una vieja cinta magnetofónica grabada cuando había todavía un Fedgov, cuando esta palabra significaba algo.

—Esta nave —explicaba Rafferty—, se guiará por sí misma hasta las instalaciones restringidas situadas en el área N del planeta. La nave gemela, también controlada por robots, la seguirá dentro de una hora. Se les requiere a ustedes para que presten a los pasajeros toda la cooperación posible, especialmente en el caso de que surjan dificultades imprevistas.

La voz añadió:

—Esta es una explicación registrada magnetofónicamente y hecha por un representante legal de Fedgov. Será repetida hasta que el desembarco tenga lugar.

Las débiles voces volvieron, llenas de asombro.

—¡Son ellos! —exclamó una de las voces tenuemente—. ¡Que vayan las ambulancias a N! ¡Les harán la bajada automática!

Se oyeron algunos ruidos confusos, y el transmisor de Venus cortó. Se escuchó sólo estática hasta que, cinco minutos más tarde, la declaración de Rafferty se repitió atronadoramente.

Continuó, espaciada por intervalos de cinco minutos, hasta que la ahogaron los chorros de los cohetes del freno de emergencia, y la nave se hundió lentamente en las espesas capas bajas de la atmósfera que rodeaba al planeta.

Tropezando por la prisa, Frank corrió desde la mesa de comunicaciones hasta el salón, atravesando el pasillo. El salón estaba vacío; los otros habían huido de allí. Aterrorizado, se puso a correr dando vueltas, gritando frenéticamente. La nave estaba llena de sonidos, un cohete orgánico y gritador, como si cada molécula se hubiera convertido en una boca y estuviera profiriendo salvajemente su dolor.

Garry apareció y le agarró del brazo; estaba gritando, pero nada se percibía: solamente gestos y movimientos de labios. Frank le siguió; Garry le condujo a una cámara interior, una celda reforzada en el corazón de la nave. Irma y Syd estaban en silencio, con los ojos abiertos de par en par y los rostros pálidos por el sobresalto. La cámara era la enfermería en miniatura de la nave. Se habían retirado allí instintivamente, buscando la mayor seguridad posible.

Ahora los cohetes de freno habían cesado. O bien la nave se había quedado sin combustible, o bien estaba cayendo deliberadamente. Frank se preguntó dónde estaría la otra nave; se acordaba de Louis y de Vivian y de Dieter y del bebé. Deseaba que todos pudieran estar juntos, los ocho. Deseaba…

El choque borró sus pensamientos. Por largo rato —nunca supo cuánto tiempo— sólo hubo la nada; ningún mundo y ningún

pensamiento, sólo la no existencia vacía. Ni siquiera la sensación de dolor.

La primera impresión que volvió fue la del peso. Estaba tirado en un rincón, y la cabeza le daba vueltas. Oscilando como la campana mayor de una iglesia, y girando lentamente en torno, su cabeza derivó enfermizamente. La habitación era un revoltijo, como si algún gigante hubiese entrado por allí derribándolo todo. En determinado lugar, el techo y el suelo se unían. Charcos de líquido, probablemente del dispositivo amortiguador, brotaban de los rotos tubos de las paredes. En algún sitio en penumbra una carga de herramientas de reparación estaba derramándose escandalosamente por un rasgón en la cubierta tan grande como una casa de dos pisos.

Bueno, aquello era lo que había. La nave había estallado como una vejiga demasiado inflada. Una niebla densa, fragante y llena de vapor entraba ya desde fuera. Las ambulancias llegarían para encontrarles muertos.

—Frank —susurró Garry.

Frank luchó por ponerse en pie. Syd yacía acurrucada; probablemente estaba muerta. Le tomó el pulso. No, estaba viva. Él y Garry se tambalearon a través de las ruinas de la cámara, hacia lo que había sido el pasillo. Ahora quedó tapiado por una pared hundida; la única salida estaba en el desgarrón hecho en la cubierta. Sólo les quedaba un camino: ir afuera. En torno a ellos, la nave era un fruto despanzurrado.

—¿Dónde está Irma? —preguntó Frank roncamente.

Garry iba avanzando entre montones de ruinas, hacia el desgarrón.

—Afuera. Ella salió afuera.

Maldiciendo, luchando, desapareció entre los jirones de niebla húmeda, y pasó por la abertura. Frank le siguió.

La escena resultaba increíble. Durante algún tiempo ninguno de los dos pudo comprender nada.

—Otra vez estamos en casa —murmuró el muchacho, asombrado y confundido—. Algo ha funcionado mal. Nos hemos movido en un círculo cerrado.

Pero no era el Refugio. Y, sin embargo, lo era. Colinas neblinosas que les resultaban familiares, se extendían a lo lejos, perdidas en una humedad goteante. Verdes líquenes crecían por doquier; el suelo era un piso enmarañado de plantas lujuriantes. El aire olía a intrincada vida orgánica, un olor complejo y rico, similar al olor que ellos recordaban, pero, al mismo tiempo, mucho más vivo. Miraron alocadamente: no había ninguna muralla delineada. No había ninguna

envoltura finita que confinase aquello. El mundo se extendía en todo el campo de visión que los ojos podían abarcar. Y por arriba. El mundo estaba por todas partes.

—Dios mío —dijo Frank—. No es ninguna impostura —agachándose, recogió un insecto serpentiforme que se arrastraba—. No es un robot; está vivo. ¡Es auténtico!

Entre la niebla, Irma apareció. Tenía sangre en la frente; el cabello mojado y revuelto, el vestido roto.

—Estamos en casa —gritó, ondeando un brazado de plantas que había recogido—. Mirad, ¿las recordáis? Y podemos *respirar*. Podemos vivir.

En lontananza se alzaban grandes columnas de vapor, géiseres de agua hirviendo se abrían camino entre las rocas hasta la superficie. Un inmenso océano resonaba en alguna parte, invisible tras la cambiante cortina de niebla, apretada de rizos y arabescos.

—Escuchad —dijo Frank—. ¿Oís eso? ¿Oís el agua?

Escucharon. Oyeron. Se tendieron y palparon; se arrojaron al suelo, acurrucándose frenéticamente, apretadas las caras contra el terreno húmedo y cálido.

—Estamos en casa —coreaba Irma.

Todos lloraban y sollozaban, prorrumpieron en quejidos de loca alegría. Y por encima de ellos, la otra nave bajaba ya atronadora.

XVI

Bajo su capa de nubes, la temperatura de la superficie de Venus variaba de 46 a 48 grados centígrados. La baja atmósfera era una mezcla de amoníaco y de oxígeno, cargada pesadamente con vapor de agua. Entre los océanos y las redondeadas colinas borboteaba una gran variedad de formas de vida, construyendo y desarrollándose, planeando y creando.

Louis e Irma estaban reparando un turbomotor, cuando Dieter, muy excitado, se presentó ante ellos.

—¡Ya está listo! —gritó, plantándose en la puerta del cobertizo—. ¡Vamos ahora mismo!

Louis sacó la cabeza de debajo del tractor.

—¿Qué es lo que está listo? —preguntó ávidamente.

—El trigo. Vamos a cosecharlo. Tenemos ya todas las herramientas necesarias; Vivian va a dedicarse a la trilla —Dieter saltaba y bailaba frenéticamente—. Tenéis que venir todos; ese cacharro puede esperar. Ya he avisado a Frank y a Syd; están en camino. Nos los encontraremos por la senda. Y Garry vendrá también.

Con un gruñido, Louis salió de debajo del motor.

—No es trigo. Deja de llamarlo trigo.

—Es trigo en el sentido espiritual. Es la *esencia* del trigo.

—¿Aunque sea de un verde oscuro? —preguntó Irma con regocijo.

—Aunque tenga rayas de púrpura y lunares de plata. Aunque tenga treinta metros de altura y panochas como ballenas. Aunque sepa a ambrosía y a posos de café. Con todo eso, sería trigo.

Louis se enjugó el sudor de la frente.

—No podemos ir hasta que no funcione el tractor —estaban a sesenta kilómetros del sitio de Dieter, a campo traviesa—. Creo que me hacen falta bujías nuevas; eso significa otro viaje a la nave.

—Al demonio con todo eso —dijo Dieter con impaciencia—. Yo tengo mi carreta con mi buey y no necesito nada más.

La carreta y el buey aguardaban pacíficamente. Louis se acercó con precaución, entornados los ojos por la sospecha.

—¿Cómo lo llamas?

Había visto a aquellos animales muchas otras veces, pero nunca tan de cerca. Lo que Dieter llamaba un buey era casi todo patas, con unas inmensas pezuñas planas que parecían ventosas de cuero. La piel mate, arrugada y desigual, colgaba sobre su cuerpo. La cabeza del bicho era diminuta; tenía los ojos insolentes y medio cerrados.

—¿Cómo has podido atraparlo? —preguntó.

—Son bastante mansos, si uno tiene paciencia —Dieter subió a la carreta y tiró de las riendas—. He aprendido un montón de cosas de este bicho. Son casi telepáticos; todo lo que tengo que hacer es pensar intensamente lo que quiero, y él solo sabe ya adónde tiene que ir —contrajo la nariz despreciativamente—. Dejáos ya de ese tractor; nunca conseguiréis que ande. Éste es el vehículo del futuro; la carreta de bueyes es lo más práctico.

Irma se montó riéndose en la carreta, al lado de Dieter, y a los pocos momentos Louis la siguió. La carreta era rudimentaria, pero sólida; Dieter la había construido laboriosamente durante los cuatro últimos meses. El material resultaba ahora familiar: una planta fibrosa y pesada, parecida al pan, que se endurecía rápidamente al quedar expuesta al aire libre. Después de seca y trabajada, se la podía cortar, serrar, pulir y modelar. De vez en cuando animales migratorios se comían el material, pero aquel era el único peligro.

Los grandes pies planos del buey empezaron a chapotear rítmicamente; la carreta echó a andar. Tras ellos, la cabaña de Louis iba empequeñeciéndose. Irma y él la habían construido con sus propias manos; no en balde había transcurrido un año, durante el cual se habían hecho muchas cosas. La cabaña, edificada con la misma sustancia parecida al pan, estaba rodeada por hectáreas de tierra cultivada. El llamado trigo crecía en densos manojos; no era realmente trigo, pero funcionaba como tal. Espigas enormes maduraban en la atmósfera húmeda. Alrededor de las cabañas pululaban los insectos, devorando a las plagas de la vegetación. Los campos estaban regados mediante zanjas que traían agua de una fuente subterránea que brotaba a la superficie en un torrente cálido y borboteante. En aquella atmósfera húmeda, calurosa y casi invariable, virtualmente una estufa por su estabilidad, eran posibles cuatro cosechas al año.

Aparcadas en el frente de la cabaña estaban medio reunidas algunas máquinas salvadas de la violenta embestida de las naves. Poco a poco, Irma iba reconstruyendo nuevos avíos con los restos de los viejos. Los tubos de combustible de las naves eran ahora tuberías de drenaje. Los cables del tablero de mandos llevaban electricidad desde el generador accionado por agua hasta la cabaña.

Paciendo insolentes en el cobertizo más allá de la cabina, había una variedad de herbívoros indígenas, masticando algo parecido al heno húmedo. Un cierto número de especies se había reunido ya; pero todavía no tenían bien establecido para qué servía cada uno. Tan sólo se habían catalogado diez tipos cuya carne resultaba comestible, más diez tipos que secretaban líquidos potables. Una bestia gargantuesca, cubierta de espesa pelambre, servía como fuente de potencia muscular. Y ahora, el jamelgo de pies planos que Dieter usaba para tirar de su carreta.

El buey caballo corría resueltamente por el camino; en cuestión de pocos segundos se puso al galope furioso. Alzando los pies, corría como un avestruz asustado, con la diminuta cabeza muy derecha y las patas en una posición vertiginosa. Blop blop era el ruido que causaba aquel animal lanzado. La carreta se bamboleaba espantosamente; Louis e Irma temían por sus vidas. Lleno de gozo, Dieter aflojaba las riendas y apremiaba a la cosa para que fuera más deprisa.

—Ya vamos bastante ligero —consiguió decir Irma, rechinando los dientes.

—Todavía no habéis visto nada —dijo Dieter a gritos—. A este bicho le encanta correr.

Se interpuso una ancha zanja bordeada de rocas y arbustos. Louis cerró los ojos; la carreta estaba a punto de reventar.

—No podemos hacerlo. Nunca cruzaremos…

Al llegar a la zanja, el bovino corcel desplegó dos vigorosas alas astutamente ocultas y las flameó con energía. El alado animal y la carreta ascendieron dulcemente por el aire, planearon sobre la zanja y se posaron ruidosamente en la otra banda.

—Es un pájaro —exclamó Irma.

—Sí —comentó Dieter—. Puede ir a cualquier parte. Es muy buen corcel —precariamente se echó hacia adelante y palmeó la cosa en sus ancas ruines—. ¡Noble corcel! ¡Ave majestuosa! —clamó.

El paisaje pasaba disparado. Muy a la derecha se alzaba una neblinosa fila de montañas, difuminada la mayor parte por los cambiantes jirones de niebla que mantenían siempre húmeda la superficie del planeta. Una sólida capa de vegetación creciente y de insectos rastreros…; dondequiera que Louis mirase había vida. Excepto en un calcinado cráter en la base de las montañas, una negra llaga que ya iba empezando a verdear, a medida que la vida vegetal la iba cubriendo poco a poco.

Las cúpulas de los exploradores habían estado allí. Los no venusinos que les habían precedido, sin más horizontes que sus

«refugios», sus estaciones de aire a presión. Ahora estaban muertos; sólo los ocho venusinos quedaban.

Cuando se había posado la segunda nave, las ambulancias estaban ya en camino. El segundo desembarco fue más afortunado que el primero; nadie se había herido, y la nave quedó virtualmente sin daño alguno. Las ambulancias recogieron a los heridos y los llevaron a las instalaciones preparadas con anticipación a su llegada. Durante el primer mes, los no venusinos habían cooperado totalmente, a pesar de las órdenes recibidas del Gobierno Crisis. Luego, por el mes de marzo, el Gobierno Crisis dejó de transmitir. Una semana más tarde un proyectil de carga pesada vino a estallar encima de las cúpulas de los terráqueos, quedando vivos sólo los ocho venusinos, que no necesitaban del refugio de las cúpulas para respirar.

La muerte de los no venusinos fue un golpe grave, pero pudieron recuperarse. El problema de su propia existencia se veía ahora simplificado; estaban completamente libres, viviendo por su cuenta, sin comunicación de ninguna clase con personal no venusino.

Entre las cúpulas derruidas y sus propias naves e instalaciones había un amplio equipo intacto a su disposición. Rápidamente empezaron a desembalarlo y a ponerlo en funcionamiento. Pero una desgana general se fue apoderando de todos ellos. Terminaron por poner fin a sus monótonas peregrinaciones; dejaron de recoger los materiales manufacturados en la Tierra, la complicada maquinaria y los productos industriales.

Ninguno de ellos quería en realidad arrancar del punto mismo en que les habían dejado. En verdad preferían partir del primer escalón. No era una copia de la civilización terrestre lo que ellos anhelaban crear; era su propia comunidad física, adaptada a sus auténticas necesidades, adecuada a las condiciones venusianas; eso era lo que querían instaurar.

Tenía que ser una vida agrícola.

Ya tenían cosechas y cabañas sencillas. Recias telas hechas con fibras vegetales, electricidad, un par de carretas tiradas por aquellos corceles fantásticos, letrinas y pozos. Habían domesticado animales nativos; habían localizado materiales de construcción. Estaban dando forma a herramientas básicas y a artefactos funcionales. En su primer año, milenios de evolución cultural habían sido rebasados. Quizá, dentro de un decenio…

Más allá de la llanura había una larga hondonada. Algún que otro derivante estaba allí extendido entre los matorrales; una bandada entera había descendido una semana antes. Y más allá de la

hondonada, a la sombra de una inmensa loma, reposaba un montón enorme de material blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó Dieter, interrumpiendo los pensamientos de Louis—. Nunca he visto esa forma de vida.

Frank y Syd se aproximaron en la segunda carreta. Los venusinos se congregaron silenciosamente, inquietos en presencia de la ominosa masa blanca. En los brazos de Syd, el bebé se agitaba con vivacidad.

—Eso no es de aquí —dijo Frank por fin.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó Dieter—. ¿Quién eres tú para emitir tales juicios?

—Quiero decir —explicó Frank— que eso no es venusino. Descendió un día o dos después que los derivantes.

—¡Descendió! —exclamó Dieter perplejo—. ¿Qué quieres decir?

Frank se encogió de hombros.

—Como los derivantes. Descendió, se posó.

—Yo vi otro —intervino Irma—. Por lo visto se trata de una segunda forma de vida interestelar.

Bruscamente, la mano de Louis se cerró sobre el hombro de Dieter.

—Lleva la carreta para aquel lado. Quiero examinarlo.

El rostro de Dieter se contrajo con irritación.

—¿Para qué? Quiero enseñaros mi trigo.

—Al diablo tu trigo —replicó Louis con rudeza—. Será mejor que miremos eso.

—Ya vi yo el otro —dijo Frank—. Parecía inofensivo. No pude observar ninguna característica especial; es una célula simple, como los derivantes —vaciló—. Rompí uno. Tiene un núcleo, envoltura celular y gránulos dentro del citoplasma. La composición corriente; desde luego se trata de un protozoo.

Dieter encaminó la carreta hacia el blanco colchón. En pocos momentos llegaron a su lado y se detuvieron. La otra carreta vino detrás. Uno de los corceles resopló al ver el colchón blanco; hizo intentos de ponerse a mordisquear.

—Deja eso —le ordenó severamente Dieter al bicho—. Quizá te envenene.

Louis saltó y se acercó.

El colchoncillo estaba ligeramente húmedo. Estaba vivo, perfectamente. Louis cogió una vara y empezó a tocarlo, tanteando. Aquella era una segunda forma viviente extraespacial, una forma más rara, no tan corriente como la de los pequeños derivantes.

—¿Nada más que dos? —preguntó—. ¿Nadie ha visto ninguno más?

—Hay otro allá lejos —dijo Irma señalando.

A unos quinientos metros, un tercero acababa de posarse. Desde donde estaban podían verlo adelantándose perezosamente. El colchón iba reptando lentamente sobre el suelo. Sus movimientos se aflojaron. Llegó a quedarse quieto.

—Está muerto —comentó Dieter con indiferencia.

Louis caminó hacia el recién llegado, cruzando la esponjosa y verde superficie de vida vegetal.

Animales diminutos corrían bajo sus pies, crustáceos de duras conchas. Los ignoró y mantuvo sus ojos fijos en la vislumbrada colchoneta blanca. Cuando llegó a su altura, se dio cuenta que aquello no estaba muerto; había descubierto una depresión hueca y estaba afianzándose penosamente. Fascinado, vio cómo exudaba un cemento pegajoso. El cemento se endureció y el colchoncillo permaneció fuertemente pegado al terreno. Allí se quedó, evidentemente esperando.

¿Esperando qué?

Con curiosidad, dio una vuelta alrededor. La superficie era uniforme. Desde luego tenía el aspecto de una célula, de acuerdo: una gigantesca célula única. Cogió un pedrusco y se lo arrojó; el pedrusco se embebió dentro de la sustancia blanca y quedó allí pegado.

No cabía duda de que estaba relacionado con los derivantes. Dos estadios, quizá; esa era la explicación probable. Él sabía que los derivantes eran incompletos; que carecían de capacidad para ingerir alimentos, para reproducirse, incluso para seguir vivos. Pero esta cosa se veía claramente que seguía viviendo, que se establecía por su cuenta. ¿Una relación simbiótica, quizá?

Mientras estaba estudiando aquello, se dio cuenta del derivante.

El derivante estaba descendiendo. Era una cosa que había visto acontecer muchas veces anteriormente, pero siempre le fascinaba. El derivante estaba usando el aire como un medio: cuidadosamente, maniobraba como la espora de un vilano, flotando primero en una dirección, luego en otra, manteniéndose en alto el mayor tiempo posible. A los derivantes no les gustaba posarse; eso significaba poner fin a su movilidad. Allí venía, bajando hacia su muerte, para expirar sin fruto. El insensato misterio de la criatura interestelar: recorriendo millones, billones de kilómetros durante siglos, ¿para qué? ¿Para posarse allí y perecer sin objeto?

La familiar insensatez cósmica. La vida sin meta. En los últimos dos años habían quedado exterminados billones de derivantes. Era algo ilógico, estúpido. Éste de ahora, planeando momentáneamente,

procuraba mantenerse vivo un último segundo, antes de desplomarse en su muerte sin objeto. Una lucha sin esperanza; como todos los de su raza, estaba condenado.

De pronto el derivante se replegó sobre sí mismo. Su cuerpo delgado y extendido se encogió como una cinta de caucho; en el segundo anterior estaba desparramado, recogiendo las corrientes de aire, al segundo siguiente era un delgado lápiz alargado. Literalmente, se había enrollado sobre sí mismo hasta convertirse en un aguzado tubo. Y ahora, delgado y tubiforme, descendía derechamente.

El proyectil en forma de tubo cayó con pericia, adrede, directamente, dentro del colchoncillo de masa blancuzca.

Penetró limpiamente en el blanco tampón. La superficie se cerró sobre él y ningún signo quedó a la vista.

—Eso es una casa —dijo Dieter inseguro—. Era una casa, y el derivante vive en ella.

La masa blanca había empezado a cambiar. Incrédulo, Louis vio cómo se hinchaba hasta ser de un tamaño casi el doble del original. No podía ser; aquello era imposible. Pero mientras permanecía allí vigilando, vio cómo el colchón se dividía en dos hemisferios, unidos, pero netamente diferenciados. Rápidamente, la masa blanca fue creciendo y formó cuatro unidades conexas.

Ahora el crecimiento era frenético; la cosa burbujeaba y se hinchaba como la levadura. Dos, cuatro, ocho, dieciséis… en progresión geométrica.

Un viento frío y ominoso empezó a soplar a su alrededor. La forma ondulante parecía ir ocultando la luz del sol; de pronto se vio en medio de una sombra oscureciente. Lleno de pánico, Louis se retiró. Su terror se transmitió a los dos corceles; cuando se acercó para hacerse cargo de la carreta de Dieter, los pájaros, súbitamente, desplegaron sus alas y se remontaron. Arrastrando las carretas tras ellos, se alejaron de la creciente forma blanca.

Se había quedado allí solo, impotente y petrificado.

—¿Qué es esto? —vociferaba Frank.

El histerismo resonaba en su voz; ahora todos estaban gritando.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Dieter saltó al suelo y se esparrancó, con las riendas cogidas.

—Vamos —le gritó a Louis—. ¡Sube!

Con un bufido de aversión, el corcel se apartó de Louis. Ignorándolo, subió a la carreta y se sentó derrengado, moviendo los labios, con la cara blanca. Dieter saltó detrás, y la carreta empezó a apartarse.

—Es un óvulo —dijo Syd débilmente.

—Era —corrigió Louis—. Ahora no. Ahora ya es un cigoto, un huevo.

El óvulo cósmico había sido fertilizado por el macrogametofito. Y Louis, mientras miraba, supo lo que eran los derivantes.

—Polen —susurró, aterrado—. Eso es lo que han sido siempre. Y nosotros no lo sospechamos nunca.

Los derivantes eran polen, expandiéndose en nubes a lo largo del espacio entre sistemas estelares, en busca de sus megagametofitos. Ni ellos ni el colchoncillo blanco eran el organismo final; ambos constituían elementos del embrión que ahora crecía a ojos vistas.

Y comprendió otra cosa. Nadie lo había sospechado, pero Jones debía saber esto desde algún tiempo antes.

El equipo de biologistas desplegó sus informes. Jones miró apenas el conjunto de papeles; asintió y se apartó, sumido en profundas cavilaciones.

—Temíamos que pudiera ser eso —dijo Trillby, el director del grupo—. Eso explica su inacabamiento; por eso no tienen sistemas digestivo ni reproductor. *Son* ellos mismos un sistema reproductor. Por lo menos la mitad de un sistema reproductor.

—¿Cuál es la palabra? —preguntó Jones de pronto—. La olvidé.

—Metazoarios, multicelulares, diferenciados en distintos órganos y tejidos especiales.

—¿Y no hemos visto los estadios finales?

—Cielo santo, no —dijo Trillby enfáticamente—. Nada que se le parezca. El organismo usa el planeta como un útero; lo más que hemos llegado a observar es el embrión y lo que podría corresponder a la etapa fetal. En ese momento estalla fuera del planeta. La atmósfera, el campo gravitatorio, son un medio para el primer desarrollo; después de eso está entremetido en nosotros, o nosotros en él; supongo que el organismo final es no-planetario.

—¿Vive entre sistemas? —preguntó Jones, frunciendo el ceño. Su rostro estaba contraído y preocupado; a medias oía al hombre—. Se engendra sobre los planetas… en lugares protegidos.

Trillby dijo:

—Tenemos razones para creer que todos los llamados derivantes son granos de polen de una única planta adulta, si es que denominaciones así pueden tener algún sentido. Quizá no es ni planta ni animal. Una combinación de ambas cosas… con inmovilidad de planta y usando un método vegetal de polinización.

—Plantas —dijo Jones—. No luchan. Están indefensas.

—Hablando en general, sí. Pero no deberíamos asegurar que estas…

Jones asintió distraídamente.

—Desde luego… es absurdo. En realidad no podemos saber nada sobre ellas —cansadamente, se pasó la mano por las sienes—. Me quedaré aquí con sus informes. Gracias.

Les dejó allí de pie, rodeando sus notas como un montón de gallinas ansiosas. Los despachos se arremolinaban a su paso, y luego salió al desnudo y ventoso corredor que unía el ala administrativa con el ala de la Policía. Al mirar su reloj de bolsillo vio que casi era tiempo ya. Tiempo. Enfurecido, apartó el reloj, odiando ver su esfera plácida y desdeñosa.

Durante un año había estado rumiando el informe en su mente. Se lo había aprendido de memoria palabra por palabra, y luego había enviado al equipo científico a redactarlo. Habían realizado una buena tarea: era un estudio exhaustivo.

Desde fuera del edificio llegaban sonidos. Con un estremecimiento, Jones se detuvo, dándose cuenta del rumor de una manera vaga, consciente de que el murmullo interminable estaba todavía ahí. Crispadamente, se pasó la mano por los cabellos, alisándoselos lo mejor que pudo. Adoptando alguna apariencia de orden.

Era un hombrecillo vulgar con gafas ribeteadas de acero y cabello ralo. Llevaba un simple uniforme gris, con una sola medalla sobre su pecho hundido, más el brazalete reglamentario con el caduceo. Su vida era una interminable procesión de trabajo. Tenía una úlcera de duodeno debida a la tensión y a las preocupaciones. Lo sabía. Estaba derrengado.

Pero la multitud de allá afuera lo ignoraba. Frente al edificio había crecido hasta adquirir una grandeza descomunal. Millares de personas, reunidas en una turba excitada, gritaban y movían los brazos, vitoreando, enarbolando estandartes y banderas. El ruido subía y bajaba, un mosconeo distante que, con pocos respiros, duraba ya más de un año. Siempre había gente fuera del edificio, estirando sus cabezas. Distraídamente, Jones examinó los distintos slogans; de una manera automática, casi burocrática, los constató con el programa que había trazado.

TENEMOS FE
NO TODAVÍA, PERO NO TARDARÁ MUCHO
JONES SABE, JONES OBRA

Jones sabía, muy bien. Ceñudo, caminaba en círculos, con los brazos cruzados, impaciente e inquieto. Al final, después de bajar por las barreras en torno al edificio de la Policía, la muchedumbre se dispersaría. Todavía vitoreando, todavía disparándose slogans el uno al otro, se disolverían. Los servidores de la Organización tomarían sus duchas heladas y volverían a sus diversos puestos para organizar la próxima etapa de la gran estrategia. Ninguno de ellos se daba cuenta todavía: la Cruzada había terminado. Dentro de pocos días regresarían las naves.

En el extremo más lejano del corredor fue abierta una puerta; aparecieron dos hombres, Pearson y un guardia armado, con uniforme gris. Pearson avanzó hacia él, alto, delgado, pálido, de labios apretados. No mostró sorpresa alguna al ver a Jones; al llegar casi a su altura se detuvo, examinó al hombrecillo, volvió la vista hacia el guardia armado que tenía a sus espaldas y se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo —dijo Pearson. Se humedeció los labios—. No le he visto a usted desde aquel día en que le detuvimos por primera vez.

—Han cambiado muchas cosas —dijo Jones—. ¿Le han tratado bien?

—He estado en una celda durante un año poco más o menos —contestó Pearson suavemente, sin rencor—, si es que usted le llama a eso ser bien tratado.

—Traiga dos sillas —le ordenó Jones al guardia—, así podremos sentarnos —al ver que el guardia vacilaba, Jones se arreboló y vociferó—. Haga lo que le he dicho; todo está controlado.

Fueron traídas las sillas y sin más preámbulos, Jones se sentó. Pearson hizo lo mismo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Pearson brutalmente.

—¿Ha oído usted hablar de la Cruzada?

Pearson asintió.

—Algo he oído.

—¿Qué piensa usted sobre eso?

—Creo que es una pérdida de tiempo.

Jones se quedó reflexionando.

—Sí —admitió—. Es una pérdida de tiempo.

Atónito, Pearson se dispuso a hablar, pero luego cambió de idea.

—La Cruzada ha terminado —declaró Jones—. Ha fracasado. He recibido informes de que lo que llamamos *derivantes* son el polen de seres de tipo vegetal inmensamente complicados, tan remotos y avanzados, que nunca hemos visto más que un pálido cuadro de lo

que son.

Pearson se quedó mirándole fijamente.

—¿Habla usted en serio?

—Desde luego.

—Entonces, nosotros somos una… —Hizo un gesto—. ¿Qué somos? ¡Nada!

—Esa es una manera expresiva de decirlo. Quizás ellos suponen que somos un producto químico. O un virus. Algo por el estilo. En esa escala…

Hizo un alto, y luego Pearson preguntó:

—¿Qué van a hacer? Si hemos estado atacando su polen, destruyendo sus esporas…

—Las formas adultas finales tienen una solución directa y racional. Muy en breve se moverán para protegerse. No puedo censurárselo.

—¿Van a eliminarnos?

—No; van a sellarnos, quedaremos enquistados. Se pondrá un anillo a nuestro alrededor. Tendremos la Tierra, el sistema solar, las estrellas a las que ya hayamos llegado… Y eso es todo. Más allá… —Jones castañeteó los dedos expresivamente—, las naves de guerra, sencillamente, desaparecerán. La plaga o el virus o el producto químico, lo que seamos para ellos quedará contenido. Embotellado dentro de una barrera sanitaria. Una solución efectiva: nada de movimientos desperdiciados. Una respuesta limpia, adaptada perfectamente al problema. Característica de una forma vegetaloide.

Pearson se incorporó vivamente.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe usted eso?

—No mucho. La guerra había comenzado ya. Si hubiese habido espectaculares batallas interestelares —la voz de Jones murió en un aterciopelado susurro, casi inaudible—, la gente podría haberse sentido satisfecha. *Incluso aunque hubiéramos perdido*; por lo menos habría habido gloria, lucha y un adversario a quien odiar. Pero así, no hay nada. Dentro de pocos días el anillo quedará instalado, y las naves tendrán que volverse. Ni siquiera una derrota. Solamente el vacío.

—¿Y qué me dice usted de ellos? —preguntó Pearson señalando hacia la ventana, tras la cual seguía vitoreando la ruidosa multitud—. ¿Podrán resistirlo cuando se enteren?

—Hice todo lo que pude —contestó Jones tranquilamente—. Faroleé y perdí. No tenía la menor idea de a quiénes estábamos atacando. Estaba completamente a ciegas.

—Nosotros podríamos haberlo adivinado —dijo Pearson.

—No sé por qué. ¿Cree usted que es sencillo de imaginar?

—No —admitió Pearson—. No; es difícil.

—Usted era el director de la Policía de Seguridad —dijo Jones—. Cuando subí al poder disolví ese Servicio, lo pulvericé. La estructura ha desaparecido; los campos de concentración están cerrados. El entusiasmo nos ha mantenido unificados. Pero ya no habrá entusiasmo que valga.

Un miedo enfermizo se apoderó de Pearson.

—¿Qué demonios quiere usted dar a entender?

—Estoy ofreciéndole de nuevo su empleo. Puede recuperar su cargo y su despacho. Y su título: Director General de Seguridad. Su Policía Secreta, aun guardias armados. Todo tal como usted lo tenía antes… con sólo un cambio. El Consejo Supremo de Fedgov seguirá disuelto.

—¿Y usted seguirá teniendo la autoridad suprema?

—Naturalmente.

—Ande y que le zurzan.

Jones le hizo una señal al guardia.

—Vaya a buscar al doctor Manion.

El doctor Manion era un individuo gordito y calvo, con resplandeciente uniforme blanco, uñas rosas perfectamente arregladas, cabello —el poco que le quedaba— tenuemente perfumado, labios gruesos y húmedos. Apretaba una pesada caja metálica, que soltó con muchos dengues encima de la mesa.

—Doctor Manion —indicó Jones—, este es el señor Pearson.

Despaciosamente, los dos hombres se estrecharon las manos; Pearson se mantuvo rígido mientras Manion se calzaba los guantes, miraba a Jones y empezaba luego a abrir la caja de acero.

—Lo tengo aquí —confesó con un gritito—. Está perfectamente en forma; ha sobrevivido al viaje de una manera maravillosa. Es el modelo más hermoso que hayamos podido conseguir nunca, con muchísima diferencia —añadió con orgullo.

—El doctor Manion —explicó Jones— es un parasitologista del Departamento de Investigaciones.

—Sí —asintió vivamente Manion, con su cara de luna llena, arrebolada por la ansiedad profesional—. ¿Comprende usted, señor Pearson? Sí, desde luego usted se da cuenta de que uno de nuestros problemas más importantes era el de examinar a las naves que volvían de esos viajes tan largos, para comprobar que no trajeran organismos parásitos de naturaleza no terrenal. La verdad es que no nos hacía gracia ninguna admitir nuevas formas de —abrió la caja de par en par— organismos patogénicos.

En la caja yacía un rizado intestino de material orgánico parecido a una esponja gris. La cola de tejido viviente estaba rodeada por una cápsula transparente de gelatina. Muy poco a poco, la criatura se agitó; sus ciegos ojos sin párpados tantearon en torno, apretándose contra la superficie en una succión húmeda. Podía ser un gusano; sus secciones segmentadas se movían en un ondear de actividad lánguida.

—Está hambriento —explicó Manion—. Ahora bien, no es que sea un parásito directo; no destruirá a su huésped. Habrá una relación simbiótica hasta que ponga sus huevos. Entonces las larvas usarán al huésped como una fuente alimenticia.

Casi cariñosamente, continuó:

—Se parece a algunas de nuestras avispas. El curso entero de crecimiento y puesta de huevos viene a durar unas cuatro semanas. Ahora bien, nuestro problema es éste: sabemos cómo vive en su mundo propio; dicho sea de paso, es un nativo del quinto planeta de Alfa. Lo hemos visto operar con su huésped usual. Y hemos podido introducirlo en mamíferos terrestres de gran tamaño, tales como la vaca y el caballo, con resultados variables.

—Lo que Manion quiere descubrir —dijo Jones— es si este parásito podría seguir viviendo en un cuerpo humano.

—El crecimiento es lento —borboteó Manion muy excitado—. Sólo tendríamos que observarlo una vez a la semana. Cuando ya fuera a poner los huevos, sabríamos si puede o no adaptarse al ser humano. Pero hasta ahora, la pena es que aún no hemos encontrado a ningún voluntario…

Se produjo un silencio.

—¿Se siente usted capaz de ofrecerse como voluntario? —le preguntó Jones a Pearson—. Puede usted elegir: aceptar un empleo u otro. Si yo fuera usted, preferiría el empleo a que estaba usted acostumbrado. Era usted un policía excelente.

—¿Cómo puede ser usted capaz de algo así? —preguntó Pearson débilmente.

—No tengo más remedio —contestó Jones—. He de restaurar los servicios de Policía. La Policía Secreta ha de ser creada de nuevo por gente experta en la materia.

—No —dijo Pearson roncamente—. No me interesa. No quiero tener nada que ver con eso.

El doctor Manion se mostraba encantado. Tratando de contenerse, empezó a manipular con la cápsula de gelatina.

—Entonces, ¿podemos empezar? —Jones se dirigió a Pearson.

—Podemos utilizar los laboratorios quirúrgicos que hay en este

edificio. He tenido ocasión de examinarlos, y son magníficos. Estoy verdaderamente ansioso por introducir este organismo antes de que la pobre cosita se muera de hambre.

—Sería una lástima —reconoció Jones—. Hacer todo el viaje desde Alfa para nada.

Estaba allí erguido, jugueteando con la manga de su chaqueta, mientras reflexionaba. Tanto Pearson como Manion le miraban fijamente. De pronto Jones le dijo al doctor:

—¿Tiene usted un encendedor?

Desconcertado, Manion sacó un pesado encendedor de oro del bolsillo y se lo alargó. Jones apartó la caperuza y roció líquido sobre la cápsula de gelatina. Al ver aquello, el rostro de Manion perdió su untuoso optimismo.

—Dios Santo… —empezó a decir, agitado— ¿Qué demonios…?

Jones prendió fuego. Petrificado, impotente, Manion vio cómo el líquido, la cápsula y el organismo que estaba dentro de ésta, empezaban a arder con un acre chisporroteo de luz anaranjada. Gradualmente el contenido fue enfriándose en un fango negro y lleno de burbujas.

—¿Por qué? —protestó Manion débilmente, sin comprender.

—Soy un provinciano —explicó Jones concisamente—. Las cosas raras, las cosas extrañas, me ponen enfermo.

—Pero…

Le devolvió a Manion su encendedor.

—Usted me pone más enfermo todavía. Coja su caja y váyase.

Aturdido, atontado por la catástrofe, Manion recogió la fría caja de metal y se apartó tambaleándose. El guardia se retiró a un lado, y el otro desapareció por la puerta.

Respirando más aliviado, Pearson dijo:

—Usted no quiso colaborar con nosotros. Kaminski quiso que usted ayudara a la Reconstrucción.

—Muy bien —Jones hizo una breve señal al guardia—. Lleve a este hombre nuevamente a su celda. Manténgalo allí.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el guardia.

—Todo el tiempo que usted pueda —contestó Jones con amargura.

Durante el viaje de regreso a los Cuarteles Generales de la Organización, Jones iba sentado, meditando sombríamente.

Bueno, él había esperado fracasar, ¿no era así?

¿No había sabido que Pearson rehusaría? ¿No había previsto todo el lastimoso episodio, sabido que no podría resistir lo de la tortura? Él iba a decir, y lo diría, que lo había hecho; pero aquello no cambiaba

los hechos.

Estaba ya en el despeñadero. Le quedaba un tiempo brutal y terrible, y nada más. Lo que hacía ahora era desesperado; era implacable y era final. Era algo que la gente iba a discutir durante los siglos venideros. Pero, por frenético que ello fuese, seguía siendo básica e innegablemente su muerte personal.

No tenía ningún conocimiento cierto acerca de lo que sería el futuro de la sociedad humana, porque él no estaría allí para verlo. Muy pronto moriría. Llevaba contemplando aquello desde hacía casi un año; era algo que de vez en cuando podía ignorarse, pero que retornaba siempre, cada vez más inminente y más terrible.

Después de la muerte, su cuerpo y su cerebro se irían deshaciendo. Y aquella era la parte más odiosa: no el instante súbito de tormento que llegaría en el instante mismo de la ejecución. Eso podría soportarlo. Pero no la desintegración lenta y gradual.

Una chispa de personalidad seguiría existiendo en el cerebro durante meses. Un turbio aleteo de conciencia persistiría: aquello era su memoria futura; eso era lo que la ola le mostraba. La oscuridad, el vacío de la muerte. Y, colgando en el vacío, la personalidad todavía viviente.

El deterioro empezaría en las zonas superiores. Primero se marchitarían las facultades más altas, los procesos más cognoscitivos, los más alertas. Una hora después de la muerte la personalidad sería exclusivamente animal. Una semana después estaría reducida a la de un vegetal. La personalidad se extinguiría de la misma forma que había sobrevenido; tal como se había encumbrado en billones de años, así iría retrayéndose, paso a paso, desde el hombre hasta el mono, hasta el primer primate, hasta el lagarto, hasta la rana, hasta el pez, hasta el crustáceo, hasta el trilobites, hasta el protozoo. Y después de aquello, hasta la extinción mineral. Definitivo final, misericordioso. Pero tardaría tiempo.

Normalmente, la personalidad desarrollada no se daría cuenta de eso. No sospecharía nada del proceso. Pero Jones era un ejemplar único. Ahora, en este momento, con todas sus facultades intactas, ya lo estaba experimentando. Al mismo tiempo era totalmente consciente, estaba en total posesión de sus sentidos, pero a la vez estaba sufriendo la última degeneración psíquica.

Era abrumador. Pero tenía que soportarlo. Y cada día, cada semana, aquello iría peor, hasta que por fin muriese en realidad. Y entonces, gracias a Dios, la prueba acabaría.

El sufrimiento que él había causado a los otros no tenía

comparación con lo que él tenía que sufrir. Pero aquello era justo; él se lo había merecido. Aquel era su castigo. Había pecado, y la retribución llegaba.

La fase final y sombría de la existencia de Jones había comenzado.

XVII

Cussick estaba sumido en intensa conversación con dos miembros de la Resistencia de la Policía cuando el negro y alargado coche de la Organización Estatal se detuvo frente al edificio al que pertenecía el apartamento.

—Maldito sea —exclamó en voz baja uno de los policías, mientras él se ponía el abrigo—. ¿Qué vienen éstos a hacer aquí?

Cussick apagó las luces; la salita de estar quedó sumida en repentina oscuridad. Había dos figuras en el coche de la Organización. Era un coche oficial: el emblema del caduceo estaba limpiamente dibujado en las portezuelas y en el capó. Por un momento las figuras permanecieron sentadas, sin moverse, sin agitarse. Indudablemente estaban hablando.

—Podríamos cargárnoslos —dijo uno de los policías nerviosamente, detrás de Cussick—. Nosotros somos tres.

Irritado, su compañero dijo:

—Esto es sólo la fachada. Probablemente haya otros en el tejado y en las escaleras.

Rígido y preocupado, Cussick continuaba vigilando. A la débil luz de la calle de medianoche, una de las dos figuras sentadas le parecía familiar.

Un coche pasó al lado, y, por un momento, las figuras quedaron delineadas. Un torpor doloroso se arrastró por su corazón: no se había equivocado. Durante un rato que pareció de horas, las dos figuras permanecieron en el coche. Luego la portezuela se abrió. La figura familiar saltó a la acera.

—Una mujer —dijo asombrado uno de los policías.

La figura cerró de golpe la portezuela, giró sus talones e inició un brusco trotecillo hacia la entrada del edificio.

Con voz ronca e insegura, Cussick dijo:

—Vosotros dos marchaos. Yo me encargaré de esto.

Le miraron estúpidamente. Luego la visión de sus rostros sorprendidos se borró: Cussick había abierto la puerta del vestíbulo de par en par y corría a toda prisa por el pasillo alfombrado para salirle

al encuentro a la mujer.

Ella empezaba a subir ya la escalera cuando le vio llegar. Se detuvo, miró a lo alto, respirando rápidamente, agarrándose a la barandilla. Llevaba puesto el severo traje gris de la Organización, con la gorrilla sobre su espeso cabello rubio. Pero era ella; era Nina. Durante unos momentos los dos permanecieron inmóviles, Cussick en lo alto de la escalera, Nina debajo de él, con los ojos brillantes, los labios entreabiertos, dilatadas las ventanas de la nariz. Luego abandonó la barandilla y subió lanzada el resto de camino. Un breve instante mientras alzaba los brazos hacia él ávidamente, y él descendía los pocos escalones que de ella la separaban. Después de aquello, un tiempo indefinido para mantenerla apretada contra sí, sintiéndola contra su cuerpo, oliendo el cálido aroma de su cabello, gustando, después de tantos meses, la presión lisa de su cuerpo, la hambrienta y ferviente necesidad que sentía de ella.

—¡Oh! —jadeó ella por fin—. Me vas a asfixiar.

Él la condujo escalera arriba, manteniéndola todavía abrazada, sin soltarla mientras no estuvieron dentro del apartamiento desierto y después de haber cerrado la puerta con llave.

Mirando sin aliento a su alrededor, Nina empezó a quitarse los guantes.

Podía ver lo nerviosa que estaba ella; sus manos temblaban mientras mecánicamente metía los guantes dentro del bolso.

—¡Bueno! —dijo ella torpemente—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

Se retiró un poco para poder verla mejor. Bajo su mirada ella se contrajo visiblemente; se apoyó en la pared, medio alzó los dedos hasta la garganta, sonrió, le miró implorante como un animal que no ha acudido a tiempo para la comida.

—¿Puedo volver? —preguntó ella en un susurro.

—¿Volver?

A él le daba miedo imaginar lo que ella quería decir. Las lágrimas llenaban los ojos de Nina.

—No puedes formarte una idea.

—Naturalmente que puedes volver —se movió hacia ella y la abrazó—. Tú sabes muy bien que puedes volver. Cuando quieras. En el momento en que lo desees.

—Sería mejor que me dejaras —dijo ella—. Voy a echarme a llorar. Suéltame; voy a coger el pañuelo.

La soltó a regañadientes; con dedos torpes ella sacó su pañuelo y se sonó la nariz. Por un momento se quedó enjugándose los ojos,

apretando los labios, sin hablar ni mirarle, allí erguida en su uniforme gris de la Organización, tratando de no romper en llanto.

—El muy canalla —dijo ella por fin, con voz delgada y débil.

—¿Jones?

—Ya te lo contaré todo… cuando pueda —arrollando el pañuelo, empezó a andar por la habitación, con los brazos cruzados, la barbilla en alto, temblándole la boca—. Bueno, es una historia larga y no muy agradable. Hace ya dos años que estoy en la Organización, poco más o menos.

—Veintiocho meses —la corrigió él.

—Eso será —se volvió de pronto hacia él—. Se acabó. Ya estoy fuera.

—¿Qué ha sucedido?

Nina se buscó en los bolsillos.

—¿Tienes un cigarrillo?

Él sacó su paquete, encendió un cigarrillo para ella, y se lo puso entre los labios temblorosos.

—Gracias —dijo ella, exhalando rápidas bocanadas de humo gris azulado dentro de la habitación—. Ante todo creo que debemos marcharnos de aquí. Puede detenerte; está deteniendo a todo el mundo.

—Pero yo he sido ya depurado —protestó Cussick.

—Querido, eso no importa un bledo. ¿Te has enterado de lo que le hizo a Pearson? No, supongo que no —cogiéndole nerviosamente por el brazo, le empujó hacia la puerta—. Estaremos mucho más seguros fuera de aquí; llévame a cualquier parte, no importa adónde —tiritando, se empinó sobre las puntas de los pies para besarle—. Ha sucedido algo. Nosotros, los de la Organización, lo sabemos ya. Jones nos lo ha dicho. Mañana por la mañana lo sabrá la gente.

—¿De qué se trata?

—La gran Cruzada ha terminado. Las naves regresan. Es el fin de Jones, el fin de la Organización. Del Movimiento, opino yo. Todos los que estamos afiliados seremos llamados de un momento a otro.

Cussick empuñó el tirador de la puerta.

—Eso es maravilloso —pudo decir.

—¿Maravilloso? —ella sonrió amargamente—. Es terrible, querido. En cuanto estemos fuera te diré por qué.

Cussick encontró un cafetucho de los que permanecen abiertos toda la noche, en una calle lateral a unos tres kilómetros de su apartamiento. Junto al mostrador, un par de soñolientos parroquianos

sorbían sus cafés, mientras leían los periódicos. El camarero estaba en el fondo del mostrador pendiente del control de la cocina, que funcionaba toda la noche. En una esquina alguien cantaba para sí canciones monótonas en voz baja.

—Magnífico —dijo Nina, deslizándose dentro del café—. Hay una puerta trasera, ¿verdad?

Cussick localizó una puerta trasera detrás de la cocina: la entrada de servicio y de los proveedores.

—¿Qué quieres tomar?

—Sólo café.

Él trajo los dos cafés, y durante algún tiempo permanecieron sentados en silencio, bastante nerviosos y mirándose de vez en cuando.

—Estás muy bonita —dijo él de pronto.

—Gracias. La verdad es que he perdido un kilo o dos.

—¿Hablaste en serio antes? ¿Te vas a quedar? —quería estar seguro—. ¿No te volverás a ir?

—Completamente en serio —contestó ella con sencillez, mirándole con sus ojos azules y francos—. Mañana por la mañana quiero ir a sacar a Jackie. Últimamente le he estado viendo todos los días —añadió—. Mantengo así una especie de control sobre él.

—Yo he hecho lo mismo —dijo Cussick.

Mientras se tomaba el café, Nina le explicó lo que había sucedido. Con palabras breves y claras, refirió el asunto de los derivantes y la situación creada a las naves de guerra.

—El anillo se ha cerrado ya —dijo—. Las naves han dado media vuelta y se dirigen a la Tierra. ¿Por qué? No se puede hacer otra cosa. La nave insignia del comandante Ascot, ese enorme aparato, será el primero en aterrizar. En estos momentos están despejando el aeródromo de Nueva York.

—Polen —dijo Cussick asombrado—. Eso explica su inacabamiento —empezaba a sentir que un sudor frío corría por su frente—. Entonces hemos tropezado con algo peligroso.

—No empieces a imaginarte historias de miedo —dijo Nina con brusquedad—. Nada de invasión de la Tierra por seres procedentes del espacio exterior. No se trata precisamente de eso. Son plantas; lo único que les interesa es protegerse a sí mismas. Todo lo que quieren hacer es neutralizarnos, y eso es lo que han hecho —con un gesto de impaciencia, extendió las manos—. ¡Ya ha sucedido! ¡Se acabó! Tenemos nuestra pequeña área para operar dentro de ella, cerca de seis sistemas estelares. Y más allá… —sonrió frígidamente—. Más allá,

el anillo.

—¿Y Jones no lo sabía?

—Cuando empezó, no. Hace un año que lo sabe, pero ¿qué podía hacer? La guerra había empezado ya… cuando lo descubrió ya era demasiado tarde.

—Pero él no admitió que estaba faroleando. Dijo que *sabía*.

—Eso es: mintió. Podía ver muchísimas cosas, pero no podía verlo todo.

—Ahora está pagando por lo que ha hecho… Tiene que permitir que regrese la flota. Nos condujo, condujo al pueblo, a una trampa. Nos dejó caer; nos traicionó.

—¿Qué va a suceder después?

—Después —dijo Nina, pálida y sobrecogida— va a entablar su verdadera batalla. Esta tarde nos convocó a todos, a todos los oficiales de la Organización.

Se desabrochó el abrigo gris y le mostró el interior de la solapa. Un complicado emblema aparecía pegado a la tela, una serie de letras y números bajo un ornamento estilizado.

—Soy un mandamás, querido. Vicecomisario de la Liga Femenina de la Defensa… parte del nuevo sistema interno de Seguridad. De esa manera hube de reunirme con la demás gente muy importante, permanecer en una larga fila y escuchar la historia verdadera, antecedente de lo que va a venir.

—¿Cómo ha tomado él la cosa?

—Está casi fuera de sí.

—¿Por qué?

—Porque —contestó Nina, después de beber un sorbo de café— incluso con su poder, *se siente ya perdido*. Puede ver la derrota y la muerte… puede ver su lucha final y espantosa para mantenerse vivo, y puede ver el fracaso. Estaba escrito allí, en su rostro. La terrible mirada cadavérica, como de una cosa muerta. Los ojos de pescado. Ninguna vida, ninguna alegría.

»Estaba allí de pie y no hacía más que temblar; apenas podía sostenerse. Se contraía, tartamudeaba… era algo que rompía el corazón. Y nos dijo que la Cruzada había fracasado, que los combatientes regresaban, que dentro de poco debíamos esperar los desórdenes.

—Levantamientos —dijo Cussick con aire pensativo—. Los seguidores traicionados.

—Todo el mundo. Excepto el esqueleto de la Organización, los verdaderos fanáticos. Esos lucharán por él como demonios.

—¿Son muchos?

—No, no muchos. Idealistas, la juventud enérgica. Después de todo, Jones nos dejó caer. Es un hecho; él lo sabe, nosotros lo sabemos, pronto lo sabrá todo el mundo. Pero hay quienes seguirán adheridos a su persona a pesar de todo. Yo no —añadió, sin emoción.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo ella lentamente, en voz baja— me contó lo que va a hacer para conservar el poder. Va a hacer uso de la flota como arma contra las masas. Va a darle a la flota la batalla que ésta quería. Y eso significa… —su voz vaciló, se quebró y prosiguió luego— Bueno, eso significa la guerra civil. Sólo porque nos mintió y nos traicionó y nos condujo a la ruina, tenemos ahora que seguir, sin que piense ni por un momento en retirarse; en realidad es como si comenzara otra vez. Si alguien cree que…

Cussick se inclinó hacia ella y le apretó un brazo con fuerza.

—Cálmate —dijo con voz firme—. Habla más bajo.

—Gracias —asintió emocionada—. Resulta tan espantoso. Sabe que no puede hacerlo, sabe que terminarán por derribarle. Seis meses, eso es lo máximo que le queda. Pero va a seguir. Va hacer que el mundo estalle bajo sus pies; si ha de morir, quiere que todo el mundo muera con él.

Silencio.

—Y no hay nada que podamos hacer —concluyó Nina, agotada—. ¿Te acuerdas del asesino? ¿Te acuerdas de la tentativa de Pearson? Todo se le vino a Jones a las manos, todo sirvió exclusivamente para elevarlo al poder.

—¿Qué le ha pasado a Pearson?

—Pearson está muriéndose. Muy lenta y cuidadosamente. No hace mucho tiempo Jones introdujo en él no sé qué clase de parásito. Está alimentándose de él; terminará por poner en él sus huevos. Jones está muy orgulloso de su hazaña; no se cansa de contárnosla.

Humedeciéndose los labios resecos, Cussick dijo roncamente:

—¿Y ese es el tipo de hombre al que has estado siguiendo?

—Tuvimos un sueño —dijo Nina—. Y él tuvo un sueño. Todo se pudrió, todo se hizo trizas… pero él no quiere irse. No quiere parar. Y no hay nada que pueda pararle; todo lo que nos cabe hacer es quedarnos sentados y ver cómo sigue actuando. Las detenciones están empezando. Todo el que haya estado relacionado con el Fedgov será destruido. Luego, muy racional y sistemáticamente, cada grupo capaz de la más remota oposición, será aplastado.

Los dedos de Cussick desgarraron la servilleta de papel y

esparcieron trozos por el suelo.

—¿Sabe Jones que has cambiado de idea?

—No lo creo. Todavía no.

—Creí que él lo sabía todo.

—Sabe sólo lo que va a saber luego. Nunca puede descubrir nada; después de todo, sólo soy un número entre muchos: tiene a millones de personas en las que fijarse. Muchísimos de nosotros estamos ya desertando; el hombre que me trajo en el coche era mi jefe, mi superior. También él se va, con su mujer y su familia. Están saliendo a bandadas, tratando de encontrar un sitio donde ocultarse. Buscando refugios, esperando sobrevivir.

—Quiero que vuelvas —dijo Cussick.

Nina soltó una exclamación ahogada.

—¿Que vuelva? —tartamudeando, preguntó—: ¿Es que intentas hablarle, razonar con él?

—No —contestó Cussick—. No exactamente.

—¡Ah! —asintió Nina, comprendiendo—. Ya veo.

—Probablemente voy a hacer lo que Pearson hizo; el gesto quijotesco que ya se llevó a cabo una vez. Pero no puedo estar aquí sentado —se inclinó hacia ella—. ¿Puedes tú? ¿Puedes estar aquí sentada tomándote tu café mientras él ejecuta esas cosas?

Nina no se atrevió a afrontar su mirada. Se disculpó.

—Yo lo único que quiero es salir de esto. Quiero volver a estar contigo —clavados los ojos en la taza de café, apretando los dedos convulsivamente, continuó muy aprisa—: Tengo un sitio. Está en el África Occidental, donde todavía queda un montón de tierra que no es propiedad de nadie. Lo tengo preparado desde hace meses; todo está arreglado. La instalación fue construida por brigadas de trabajo de la Organización. Ya está todo acabado; he dispuesto lo necesario para que Jackie sea llevado allí.

—Eso no es legal. Es cosa que tenemos que hacer los dos al mismo tiempo.

—Ahora ya no hay legalidad que valga. ¿No lo sabes? No hay más que lo que nosotros queremos: las órdenes de la Organización. Tengo todo arreglado; podemos llegar allí mañana por la mañana, si salimos ahora mismo. Una aeronave intercontinental de la Organización nos llevará a Leopoldville. Desde allí, por coche de superficie, al interior de las montañas.

—Suena muy bonito —comentó Cussick—. Suena como si pudiéramos conseguirlo. Dentro de seis meses podríamos incluso estar vivos.

—Estoy segura de que sí —dijo Nina enfáticamente—. Fíjate en aquellos venusinos; ya ni se preocupa de ellos. Va a sobrevivir mucha gente; bastante ocupado estará él luchando con los motines de las grandes ciudades.

Cussick examinó su reloj de pulsera.

—Quiero que vuelvas a tu Organización y quiero que me lleves contigo. ¿Puedes hacerme pasar por los distintos controles?

—Si volvemos —dijo Nina serenamente, en voz baja y firme—, ya nunca saldremos. Lo sé; lo presiento. No saldremos nunca.

Al cabo de un momento, Cussick dijo:

—Una de las cosas que nos enseñó Jones es la importancia de la acción. Creo que la hora de la acción ha llegado. Quizá yo habría debido ser un seguidor de Jones. Éste es el momento de mostrarme y de presentarme como voluntario entre los Muchachos de Jones.

Los dedos temblorosos de Nina soltaron la taza; la taza se volcó y vertió café caliente sobre la mesa en un feo hililllo negruzco. Ninguno de los dos se movió, ninguno se dio cuenta.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó Cussick.

—Sospecho —dijo Nina débilmente— que en realidad no te intereso lo más mínimo. No te gusta que haya vuelto.

Cussick no contestó. Estaba allí sentado aguardando que ella diera su conformidad para empezar a poner en movimiento las ruedas que lo llevarían al interior de la Organización de Jones, y ante Jones mismo. Y se preguntaba, distraídamente al principio y luego con creciente desesperanza, cómo podría él matar a un hombre que conocía la topografía del futuro. Un hombre al que no se podía coger descuidado: un hombre para el que la sorpresa era imposible.

—Muy bien —dijo Nina, con voz casi inaudible.

—¿Puedes hacerte de un coche de la Organización?

—Desde luego —sombríamente se puso de pie—. Voy a telefonear. Nos recogerán aquí.

—Magnífico —dijo Cussick con satisfacción—. Esperaremos.

XVIII

Una lluvia oscura iba aplastándose sobre el coche mientras el conductor de la Organización, uniformado de gris, los llevaba concienzudamente en medio del tráfico lento y pesado. En la parte de atrás, Nina y Cussick iban sentados en silencio.

Fuera del coche se erguían cegadoras farolas reflejadas por un billón de gotas de lluvia que chocaban en las ventanillas de plástico. Las luces de señalización se encendían y se apagaban; dentro del tablero de mando, relés respondedores se cerraban en conformidad. El conductor poco tenía que hacer aparte de guiar; la mayoría de los mandos eran circuitos automáticos. Se trataba de un hombre joven y rubio, un funcionario sin sentido del humor, desarrollando su tarea hábil y desapasionadamente.

—Oye cómo llueve —murmuró Nina.

El coche hubo de detenerse ante una serie de luces indicadoras. Cussick empezaba a rebullirse inquieto. Encendió un cigarrillo, lo aplastó; nerviosamente encendió otro luego. Después Nina se inclinó y le sujetó una mano.

—Querido —dijo ella desolada—, me gustaría… Pero, ¿qué diablos puedo hacer? Me gustaría poder hacer algo.

—Basta con que me hagas entrar.

—Pero ¿cómo vas a hacerlo? No es posible.

Cussick le advirtió la presencia del conductor.

—No hablemos ahora de eso.

—No te preocupes —dijo ella—. Harry es de los míos.

El coche se puso nuevamente en marcha, y a los pocos momentos se hallaban en la ancha avenida sin semáforos que conducía directamente a los edificios de Fedgov, donde Jones se había atrincherado. La cosa no tardaría mucho, comprendió Cussick. Probablemente otra media hora más. Cariacontecido, miraba las hileras de coches lanzados a toda velocidad. Había un tráfico intenso. A lo largo de las rampas para los peatones se apretujaban encorvados ciudadanos usuarios de los ferrocarriles, que acababan de bajar de los expresos urbanos y se movían inquietos bajo la lluvia tenaz.

Sacó de su bolsillo un pequeño cetro reluciente envuelto con cuidado en un oscuro papel fibroso y translúcido. Apartó las rodillas y mantuvo el cetro en el cuenco de las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Nina. Patéticamente, alargó los brazos para cogerlo—. ¿Un regalo para mí?

—Los usábamos bastante —dijo Cussick, parándole los dedos—. Hasta que Pearson los prohibió. Probablemente has oído hablar de esto… los Comunistas lo utilizaron mucho durante la guerra como instrumentos de conversión. Nosotros aprovechamos también la idea. Se llamaba espejo de la muerte.

—¡Oh! —dijo Nina—. Sí, he oído hablar de eso. Pero creí que ya no quedaba ninguno.

—Todo el mundo conserva uno o dos.

En las manos de Cussick el cetro brillaba cegadoramente. Todo lo que él tenía que hacer era retirar la envoltura de fibra marrón; tan simple como eso. El espejo era un foco que captaba y atrapaba la atención de los centros superiores del cerebro.

El coche aflojó la marcha.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Cussick inmediatamente.

—No, señor —contestó el joven conductor—. Hay algunos críos que quieren montarse. ¿Me permiten que los recoja? Está lloviendo terriblemente —añadió.

—Desde luego —respondió Cussick—. Recójalos.

Los cuatro críos, que se introdujeron agradecidos en el coche, iban cargados con canastos y empapados restos de estandartes.

—Gracias —dijo la muchacha que hacía de jefe, una niña de doce o trece años—. Nos han salvado ustedes la vida.

—Estábamos vendiendo botones de la Cruzada —explicó otra niña, sacudiéndose el agua de la cara.

El tercer crío, un muchachillo rechoncho y de cara rojiza, miró aterrado a Nina y balbuceó:

—¿Está usted en la Organización?

—Así es —dijo Nina fríamente.

Las chiquillas se exprimían los trajes mojados, luchaban por secarse los cabellos, exudaban el olor de ropa mojada y de excitación.

—Mira —dijo una de ellas—, este es un coche oficial.

La primera niña, bajita y de rostro anguloso, con grandes ojos apasionados, le dijo tímidamente a Cussick:

—¿Tiene usted un botón de la Cruzada?

—No —contestó Cussick concisamente. La ironía de aquello le impresionaba: este era un grupo típico de jóvenes fanáticos,

ofreciendo botones para obtener fondos que sirvieran a la Cruzada. Haciendo guardia en las esquinas de las calles, parando a coches y peatones, a tenderos y usuarios de trenes, con los rostros arrebolados y vivos por el fervor de la Causa. En las cuatro caritas infantiles no veía más que una excitación inocente: para ellos, la Cruzada era una cosa grande y noble; una salvación espiritual.

—¿Querría usted… —empezó a decir la jovencita de la cara angulosa, levantando hacia él una mirada tímida—, querría usted comprar un botón de la Cruzada?

—Desde luego —dijo Cussick—. ¿Por qué no? —se metió la mano en el bolsillo— ¿Cuánto es?

Nina reprimió una exclamación ahogada y hundió la cabeza; él se hizo el desentendido y sacó unos cuantos billetes arrugados.

—La costumbre es diez dólares —dijo la niña, metiendo la mano en la cesta para coger un botón—. Lo que usted quiera… Es para una buena causa.

Él le dio el dinero y ella, gravemente, vacilando, le pinchó el botón en la solapa. Allí se quedó cogido, un escudito de plástico brillante, con la espada en alto de la Cruzada sobrepuesta encima del familiar caduceo. Le producía una sensación desgraciada y compleja el notar aquello allí. De pronto se inclinó hacia delante y sacó un segundo botón del cesto de mimbre.

—Toma —le dijo dulcemente a Nina—. Para ti.

Solemnemente se lo pinchó en el abrigo. Nina le respondió con una apagada sonrisa y se inclinó para tocarle la mano.

—Ahora todos tenemos uno —comentó tímidamente la niña de la cara chupada.

Cussick le pagó el segundo botón, y ella, escrupulosamente, juntó el dinero con el resto de las aportaciones. Las seis personas que iban en la parte de atrás del coche cruzaban a través de la lluvia, silenciosas e impresionadas, absorta cada una en sus pensamientos. Cussick se preguntó qué harían y qué pensarían los cuatro críos dentro de pocos días. Dios lo sabía… Dios y Jones, los dos lo sabrían. Él, por su parte, no.

El conductor soltó a los críos en la intercepción central; la portezuela se cerró tras ellos de golpe; movieron los brazos haciendo señales de agradecimiento, y una vez más el coche arrancó y fue acelerando. Ante ellos se alzaba la ominosa pared gris que era el edificio reforzado, a prueba de bombas, de Fedgov. Casi habían llegado.

—Esos críos —dijo Nina tristemente—. De esa forma sentía yo, no

hace tanto tiempo, después de todo.

—Lo sé —contestó Cussick.

—Ellos no quieren hacer ningún daño. Sencillamente no comprenden.

Él se inclinó y la besó; los labios cálidos y húmedos de su mujer se aferraron fútilmente a los suyos hasta que, con pena, él se apartó.

—Deséame suerte —le dijo él en voz baja.

—Con toda mi alma —se aferró a él con fervor—. Por favor, ten cuidado; no permitas que te pase nada.

Cussick se tocó la chaqueta. Dentro, además del espejo, estaba la pistola de reglamento de la policía. El espejo era para Jones; la pistola para abrirse paso al regreso y mantener a raya a los guardias.

—¿Hasta dónde me puedes llevar? —le preguntó—. ¿Hasta dónde llega tu autoridad?

—A todas partes —contestó ella con la cara blanca, respirando con dificultad—. No será difícil; todos me conocen.

—Hemos llegado, señor —dijo el conductor.

El coche había salido de la avenida; ahora estaba descendiendo por una larga rampa hacia los pasajes del edificio. Un zumbido persistente rechinaba en torno a ellos; las ruedas del coche se deslizaban sobre correderas de acero. En las tinieblas, luces se encendieron y se apagaron; el coche respondió inmediatamente. Aflojó la marcha hasta casi detenerse, a medida que el conductor lo iba guiando hacia el control del garaje. Moviéndose a paso de caracol, gradualmente llegó a hacer alto. El motor se apagó, y el freno se contrajo en la posición de cierre. Habían llegado.

Cansadamente, Cussick abrió la portezuela y bajó. Reconoció aquella cámara; la amplia cueva de hormigón había alojado su propio coche en los viejos días. Se acercaba un servidor vestido con uniforme gris: aquella era la única diferencia. El hombre llevaba un uniforme de la Organización en lugar del uniforme pardo de la Policía. Se llevó la mano a la gorra respetuosamente.

—Buenas noches —murmuró—. ¿Puede mostrarme su pase?

—Déjame a mí —dijo Nina, descendiendo rápidamente del coche y colocándose junto a Cussick. Rebuscó en su bolso y sacó la placa metálica—. Aquí está; el coche es mío.

—¿Cuándo necesitará recogerlo? —preguntó el vigilante, examinando la placa y devolviéndosela luego a Nina. Por lo menos la primera barrera se había pasado—. ¿Quiere usted tenerlo toda la noche? —inquirió el vigilante.

—Póngalo en la planta baja —respondió Nina, después de una

mirada interrogadora a Cussick—. Podemos necesitarlo en cualquier momento.

—Sí, señora —contestó el vigilante, volviendo a tocar su gorra—. Yo estaré esperando.

Cuando entraron en el ascensor, las piernas de Cussick flaqueaban. Nina estaba terriblemente pálida; él la agarró y hundió sus dedos en el brazo de ella hasta hacerla reaccionar.

—Estoy bien —dijo ella animosa.

—¿Siempre está esto tan concurrido?

Se veían aplastados entre un montón de oficiales de caras serias.

—No siempre. Últimamente sí se nota bastante… —su voz se arrastró vagamente—. Mucha actividad.

El ascensor se cerró en aquel momento; dejaron de hablar, apretaron los dientes y su atención se exasperó. Los oficiales estaban murmurando números de pisos. Nina se adelantó y dijo:

—El diecisiete, por favor.

Salieron con un grupo de presurosos dignatarios que rápidamente se desperdigaron en varias direcciones. Ante ellos se abría el gran vestíbulo de recepción y el ancho mostrador de información. Nina avanzó hacia el mostrador, resonando sus tacones en el suelo duro y pulimentado.

—Tengo una cita con el señor Jones —dijo apresuradamente a los uniformados oficiales detrás del mostrador—. Se trata de este hombre.

Calmosamente, el oficial recogió los papeles y los estudió. Era un hombre de mediana edad, con pescuezo abultado que le colgaba en oleadas sobre su cuello duro. Tenía dedos regordetes, blancos, eficientes. Con interés petulante, burocrático, examinó cada papel antes de hablar.

—¿Qué motivo hay para su solicitud? Tiene usted que ir por el conducto regular, señorita Longstren. Tenemos concertadas entrevistas para las próximas doce horas —con gesto de disgusto, sacó su libro y pasó un dedo por las columnas—. No podrá ser hasta mañana por la mañana.

Nina lanzó una mirada muda y agonizante a Cussick.

—Este es un caso urgente —balbuceó ella—. Es preciso que obtengamos prioridad.

—Bueno, pues entonces —dijo el oficial, sin mucho interés— tiene usted que rellenar un impreso especial —extrajo de un cajón un formulario y lo alargó—. Indique los particulares en la sección cinco y también en la sección ocho. Asegúrese de que el papel carbón esté bien colocado —señaló una mesita en el rincón del vestíbulo—. Puede

usted llenarlo allí.

Dócilmente, Nina y Cussick fueron con el impreso hasta la mesita y tomaron asiento.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Nina con voz ahogada—. ¿Qué digo ahora?

—Di que vienes con alguien de los laboratorios de Investigación Astronómica. Di que hay algunos indicios sobre la naturaleza del anillo que nos rodea.

Nina rellenó el formulario debidamente.

—¿Ves a todos esos hombres? Están esperando para verle… y todos son peces gordos. Lleva más de una semana de conferencias ininterrumpidas.

Ella firmó el impreso y los dos volvieron a encaminarse lentamente hacia el mostrador. Se había formado una cola; cuando por fin les llegó el turno, el oficial aceptó bruscamente el impreso, le echó una ojeada, lo separó del bloc y lo metió por la ranura registradora.

—Hagan el favor de sentarse —les dijo rutinariamente—. Transcurrirá un tiempo antes de que el señor Jones tenga tiempo para revisar su solicitud. Pueden entretenerse con las revistas —añadió.

Encontraron asientos. Muy envarados aguardaban los dos, hojeando las revistas sin verlas. Los oficiales se movían de un lado a otro sin parar; de los corredores laterales llegaba el sonido de voces, el chasquido ahogado de máquinas. El edificio zumbaba con una actividad incansable.

—Se nota que están ocupados —comentó Cussick. Abrió un ejemplar del *Saturday Evening Post*, y volvió a colocarlo en el revistero.

Nina asintió, demasiado asustada para hablar. Con los ojos fijos en el suelo, estaba sentada rígidamente, agarrando su bolso y la revista.

Cussick se llevó la mano al bolsillo hasta que sus dedos tocaron el espejo letal. Hábilmente, le quitó la cubierta. Ahora ya podía funcionar; todo lo que tenía que hacer era sacarlo.

Pero no creía realmente que se le pudiera ofrecer la oportunidad.

—¿Estás arrepentido? —preguntó Nina débilmente—. ¿Preferirías no haber venido?

—No —contestó él—. No estoy arrepentido.

—No es demasiado tarde…, podríamos levantarnos e irnos.

No contestó. Tenía miedo; bastaría la menor presión para hacerle ponerse en pie y salir del edificio. Una casa con Nina y con Jackie. Ellos tres otra vez juntos, como estaban antes… Arrancó aquella idea de su cabeza y se quedó mirando al escribiente del mostrador de información, que seguía examinando impresos.

El escribiente le hizo una señal. Rígido, incrédulo, Cussick se puso en pie y se acercó.

—¿Nosotros? —preguntó con voz ronca.

—Pueden ustedes entrar.

Cussick parpadeó.

—¿Quiere usted decir que ya nos han llamado?

—El señor Jones ha aceptado la solicitud inmediatamente —sin separar la mirada de su trabajo, el escribiente señaló con la cabeza hacia la puerta lateral—. Por allí, y hagan el favor de terminar el asunto lo antes posible: hay otros que están esperando.

Cussick volvió junto a Nina; ella le estuvo mirando con los ojos abiertos de par en par todo el tiempo que él tardó en atravesar el vestíbulo.

—Voy a entrar —le dijo él brevemente—. Sería mejor que te marcharas. Cuando yo entre, no hay necesidad de que te quedes aquí.

Dócilmente, ella se puso en pie.

—¿Adónde debo ir?

—A nuestro apartamento. Espérame allí.

—Muy bien —asintió ella.

No dijo nada más; sin pronunciar una palabra, se volvió y se alejó rápidamente del vestíbulo, regresando por el camino que habían traído, hacia el ascensor.

Cuando Cussick se aproximó a la oficina interior, se iba preguntando por qué la solicitud habría sido aceptada con tanta rapidez. Y todavía rumiaba ceñudamente el asunto cuando cuatro vigilantes uniformados de gris se alzaron ante él y le plantaron cara.

—Papeles —dijo uno de ellos extendiendo las manos—. Sus papeles, caballero.

Cussick le entregó la documentación que el escribiente le había devuelto; los vigilantes la examinaron, le examinaron a él, y se dieron por satisfechos.

—Está bien —dijo uno de ellos—. Siga adelante.

Una triple pared de complicadas cerraduras se retrajo ruidosamente, y Cussick se halló frente a más oficinas y corredores. Había por allí poca gente; sus pisadas resonaban en el silencio agobiante. Durante algún rato estuvo caminando a lo largo de una antesala cubierta con una ancha y gruesa alfombra; nadie aparecía a la vista, nadie salía a su encuentro. Una quietud casi religiosa reinaba en el corredor; no había ningún adorno, ningún cuadro, estatua ni cornucopia, sólo la alfombra, las paredes lisas, el techo. En el testero más alejado había una puerta entornada. Llegó hasta allí y se detuvo

indeciso.

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó una voz delgada y metálica, cargada de fatiga, quejumbrosa y susceptible.

En el primer momento no la reconoció; luego la identificó de pronto.

—Entre —ordenó la voz con un tonillo de irritación—. No se quede hecho un pasmarote en la antesala.

Entró, con la mano rodeando el espejo letal. Tras una amplia mesa desordenada estaba sentado Jones, contraído el rostro en una mueca de cansancio y desesperación. El trabajo apilado le mantenía virtualmente invisible; un derrengado y vencido muñeco luchando con una montaña demasiado grande para ser izada.

—Hola, Cussick —murmuró Jones, alzando la vista fugazmente.

Alargó sus manos como zarpas y echó a un lado los montones de informes y papeles que cubrían su mesa. Parpadeando a la manera de los miopes, le señaló una silla.

—Siéntese.

Aturdido, Cussick avanzó hacia la mesa. Jones le estaba aguardando. Naturalmente… Lo que pasaba era que él, Cussick, había tratado de no ver lo que era evidente. Desde mucho antes, el otro había visto la solicitud, mucho antes de que Cussick la hubiera dictado; mucho antes, Jones había sabido quién era el «técnico en Investigación Astronómica».

Detrás de Jones se erguían dos guardaespaldas gigantescos, de rostros sombríos y uniformes impecables, empuñando metralletas, con ojos vacíos e impasibles, silenciosos e inmóviles como estatuas. Cussick vaciló, empuñó el espejo letal, empezó a sacarlo.

—Deme —exigió Jones imperiosamente, extendiendo la mano.

En una fracción de segundo, agarró el espejo de la muerte; sin mirarlo siquiera lo arrojó a la alfombra y lo hizo añicos bajo sus tacones. Cruzando los brazos y apoyándose en el centro de la mesa, miró a Cussick.

—¿Quiere usted sentarse? —gruñó—. Me molesta tener que levantar la vista. Siéntese, y podremos hablar —se parapetó tras el desorden de su mesa—. Usted fuma, ¿verdad? No tengo cigarrillos aquí; dejé de fumar. Es perjudicial.

—Tengo los míos —dijo Cussick, rebuscando indeciso en sus bolsillos.

Tamborileando inquieto con los dedos sobre la mesa, Jones dijo:

—Hace años que no le veía a usted, desde aquel día en las oficinas de la Policía. Trabajos, secretos y miles de cosas desde aquel entonces.

Es una ruda tarea, este tipo de trabajo. Una responsabilidad espantosa.

—Claro —concedió Cussick con voz espesa.

—Pearson ha muerto; ya lo sabrá usted. Murió esta mañana —una mueca grotesca alteró la faz consumida—. Le mantuve vivo algún tiempo. Planeó mi muerte, pero yo lo estaba esperando: todo un año antes de tiempo. Aguardando que el asesino se mostrara.

»Usted ha elegido un buen momento para venir; estaba a punto de mandarle a buscar. No precisamente a usted, claro está; a cualquiera de su calaña, el lote completo. Esa rubia estúpida, que solía ser su esposa; sabrá usted que se nos incorporó, ¿no es así? Claro que usted lo sabe…; fue ella quien extendió esta solicitud. Conozco su letrilla de patas de mosca.

—Sí —repitió Cussick.

—Una infinidad de mujeres hambrientas de sexo ha venido a unírsenos —rezongó Jones, torciendo la cara y doblando el cuerpo enclenque en espasmos nerviosos. Su voz sonaba monótona; las palabras fluían en un acolchado surtidor de fatiga—. Una especie de sucedáneo para la copulación adecuada, supongo. Esto es para ellas un orgasmo que dura toda la vida. Algunas veces, teniendo alrededor tías como la esposa de usted, llego a experimentar la sensación de que estoy rigiendo una casa de putas en lugar de…

De la chaqueta, la mano de Cussick sacó la pistola. Él no se dio cuenta de decisión alguna; su mano se movió con voluntad propia. En un gesto instintivo, reflejo, apuntó y disparó.

Había apuntado al más corpulento de los dos guardaespaldas; de forma confusa, se había hecho a la idea de que primero era necesario matarlos a ellos. Pero Jones, al ver el brillo del metal, se había puesto en pie de un brinco. Como un pellejudo muñeco de resorte, saltó entre Cussick y los dos guardias; la bala explosiva le entró justamente por encima del ojo derecho.

Los dos guardias, paralizados de estupor e incredulidad, siguieron clavados al suelo, sin siquiera alzar sus armas.

Por su parte, también Cussick se sentía incapaz de moverse. Estaba allí erguido, empuñando aún la pistola, sin disparar contra los guardias ni ser acribillado por ellos. El cuerpo de Jones yacía tendido sobre la mesa desordenada.

Jones estaba muerto. Él lo había matado; todo se acabó.

Era imposible.

XIX

Cuando empujó la puerta del apartamento, Nina lanzó un grito y corrió hacia él sollozando. Cussick la estrechó entre sus brazos, apretándola con fuerza, mientras en su cerebro todavía giraba un remolino sin sentido.

—Estoy muy bien —murmuró—. Ha muerto. Se acabó.

Ella retrocedió unos pasos, con el rostro surcado de lágrimas, los ojos rojos e hinchados.

—¿Le has matado tú? —Allí sólo había incredulidad, y ni sombra siquiera de haber comprendido. Él sentía de la misma manera; la expresión de ella sólo reflejaba la suya propia—. Pero, ¿cómo?

—Le disparé.

Seguía aún empuñando la pistola. Le habían dejado salir del edificio; nadie había tratado de detenerle. Nadie comprendía lo que había pasado… Se había encontrado tan sólo con rostros al borde del desmayo, desconcertados, aterrados, inánimes.

—Pero tú no podías matarlo —repetía Nina—. ¿Es que él no lo sabía?

—No le tiré a él. Él estaba sentado. Disparé contra uno de los guardias —Cussick se pasó la mano por la frente en un gesto indeciso —. Fue todo una cosa instintiva. Estaba hablando mal de ti; saqué la pistola y disparé. Quizá fue eso: el no haberlo planeado. Quizá desfasé el tiempo. Es posible que el futuro se alterase de alguna forma al actuar yo por un reflejo. Tal vez no pueden predecirse las respuestas subconscientes.

Reuniendo trocitos, casi llegaba a creérselo. Casi había logrado construir una argumentación convincente. Y casi estaba ya dispuesto a aceptarla hasta que vio el pequeño paquete marrón sobre el brazo del diván.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Eso? —Nina lo cogió—. No tengo la menor idea. Llegó antes de que yo viniese. Procede de la Organización —lo deslió—. Trae puesta tu dirección. Estaba en el rellano, apoyado contra la puerta.

Cussick lo tomó en peso. La forma de la caja era familiar; se

trataba de un estuche de cinta magnetofónica. Con dedos entumecidos, rompió el papel y llevó la cinta hasta el magnetófono colocado junto a la pared, sobre la mesita del café.

—Cussick —empezó a decir la vocecilla delgada y gruñona—, será mejor que se quite usted de en medio durante algún tiempo. Probablemente va a haber un jaleo grande. No es que lo sepa; lo conjeturo tan sólo. ¿Comprende? *Sólo lo conjeturo*. Por lo que a usted se refiere, he perdido mis facultades; usted sabe muy bien por qué.

Sí, sabía por qué. Jones había visto todo hasta el momento mismo de su muerte. Pero nada más; ni una pulgada más.

—Hizo usted un bonito trabajo —continuó la voz de Jones, el murmullo áspero y metálico que había escuchado no hacía todavía media hora—. Desde luego no debe usted jactarse del mérito. Todo lo que hizo fue disparar la pistola; fui yo quien me interpuse en el camino de la bala. Pero usted hizo lo que tenía que hacer. Eso estuvo bien; yo sabía que lo haría. No se acobardó.

Cussick detuvo la cinta.

—Maldito cerdo —dijo salvajemente.

—¡No lo pares! —pidió Nina; alargando la mano, volvió a hacer funcionar el mecanismo.

—Así pues —declaró la voz de Jones—, estoy muerto. No puedo decir exactamente en qué momento esto llegará a su poder, pero supongo que llegará. Lo que sí sé es esto: si usted oye estas palabras, cuando las oiga yo habré muerto, porque he visto suceder hasta ahí. Y ahora ya usted lo ha visto suceder también. ¿Se hace cargo de mis sentimientos?

»Durante un año he estado afrontando este momento, sabiendo que tenía que llegar. No podía evitar el saberlo. Sufriendo por eso y por lo que vendrá después. Ahora ya pasó. Ahora puedo descansar. Naturalmente, se dará cuenta de que hizo lo que yo quería que hiciera. Pero probablemente no comprende por qué.

»Cometí un error. Jugué, me arriesgué y perdí. Estuve equivocado… pero no de la forma que usted cree. Estaba más equivocado de lo que usted pueda creer.

—No —exclamó Cussick, sintiendo crecer en su interior una furia desconcertada.

—Mañana, o uno de estos días —continuó Jones—, las naves de guerra volverán a sus bases. La gente verá que cometí un error, se dará cuenta que puedo equivocarme como cualquiera. *Sabrá entonces que no tengo un conocimiento absoluto* —una divertida vibración de triunfo resonaba en las palabras, animando el chorro monótono—.

Muy pronto se habría extendido el rumor: Jones era una mentira, Jones no tiene talento, Jones nos ha tomado el pelo; no sabe más del futuro que nosotros mismos.

»Pero ahora no pensarán eso. Dispondrán de este hecho: hoy, Jones ha sido asesinado. Y mañana las naves empezarán a aterrizar. Jones murió antes de que comenzase la derrota, y la causa siempre ocurre primero.

Fútilmente, Cussick apagó el flujo de palabras.

—¡Cristo! —dijo amargamente.

—No lo comprendo —susurró Nina asustada—. ¿Qué quiere decir?

Con repugnancia, Cussick hizo funcionar de nuevo el aparato.

—Dirán que fui asesinado vilmente —observó la voz de Jones con regocijo—. Dirán que usted les robó la victoria al matarme. La leyenda irá extendiéndose: si Jones hubiese vivido, habríamos ganado. Fue usted, el viejo sistema, el Relativismo, Fedgov, lo que nos robó el triunfo. *Jones no fracasó*.

»Mis excusas a su esposa. He de confesarle esto: tenía que decir aquello para espolearle a usted. Naturalmente, Pearson está vivo. Le encontrará en una de las viejas prisiones de la Policía; es decir, si usted todavía…

—Puedes cerrarlo —dijo Nina—. No quiero oír nada más.

Inmediatamente, él apagó la voz y dijo:

—Le ayudé a conseguir lo que quería. Usó de mí de la misma manera que usó de Pearson… Éramos elementos de su plan.

Durante un rato ninguno de los dos habló.

—Bueno —dijo Nina animosamente—, ahora ya no tendremos guerra civil de ninguna clase.

—No —admitió Cussick—. Todo aquello era una impostura, un cebo; todo aquello que te dijo acerca de un último dique contra las turbas; te lo dijo para atraerme de esa manera.

—Era un buen psicólogo.

—Era todo. Conocía la Historia; sabía cuándo quitarse de en medio de la escena… y cómo. Sabía cuándo hacer la entrada y cuándo el mutis. Pensábamos que íbamos a tener que soportar a Jones durante otros seis meses; en lugar de eso habremos de soportar a Jones, a la leyenda de Jones, para siempre.

No se necesitaba tener el talento de Jones para prever aquello. La nueva religión. El semidiós que se sacrifica y muere heroicamente por la gloria del hombre. Con la leyenda de que reaparecerá algún día, de que su muerte no ha sido en vano. Templos, mitos, textos sagrados. El Relativismo no volvería, no podría volver a este mundo. No después

de lo que había pasado.

—Realmente se ha apoderado de nosotros —admitió Cussick furioso y aturdido, pero obligado a admirar la astucia del individuo—. Nos ha superado a todos. Ahora habrá íconos de Jones de veinte metros de altura. Cada año se irá haciendo más grande; dentro de un siglo tendrán una extensión de kilómetros —se echó a reír ásperamente—. Santuarios. Imágenes sagradas.

Nina empezó a enrollar de nuevo la cinta magnetofónica.

—Quizá podamos usar esto como prueba.

—¡Diablos! —le dijo Cussick—, tenemos montones de pruebas. Podemos *demostrar* que Jones estaba equivocado, demostrarlo con un millón de cosas diferentes. Por lo pronto, juzgó mal a los derivantes; eso es un hecho. El anillo se cerró antes de que Jones lo viese; las naves habían empezado ya a regresar. Y él muerto; racionalmente eso debería acabar con el mito.

»Pero no acabará. Él tiene razón; nos ha juzgado certeramente. La causa precede al efecto. Jones murió en lunes, la guerra se perdió en martes. Incluso yo, aquí en esta habitación, no puedo evitar el sentirme un poco convencido.

—Yo también —asintió Nina con una voz tenue y lastimera—. Es una sensación más fuerte que todo razonamiento.

Cussick se acercó a la ventana, descorrió las cortinas, y miró con impotencia las oscuras sábanas de lluvia redoblando abajo sobre el pavimento.

—¿Qué haremos tú y yo? —preguntó Nina tímidamente—. Veo que no te interesa ir al África Occidental.

—¿Tú crees que el África Occidental estará lo bastante lejos? ¿Lo bastante lejos para *mí*? Soy el hombre que asesinó a Jones, tenlo presente. Habrá un montón de gente buscándome.

—Pero ¿adónde podemos ir? —preguntó Nina.

—Fuera de la Tierra —contestó Cussick reflexionando—. Aquí no hay sitio alguno para nosotros. Tardarán un día o dos en ponerse a buscarnos. Eso apenas nos dará tiempo para recoger a Jackie y arreglar las demás cosas que necesitamos. Necesitaremos pertrechos en abundancia.

»Y una buena nave, una que haya sido recientemente estrenada. Todavía dispondrás de dinero y de influencia para conseguir una cosa así, ¿verdad?

Ella asintió lentamente.

—Sí, supongo que sí. Parece como si te hubieras decidido. ¿Has elegido ya el sitio adonde vamos a ir?

—Adonde vamos a ir y lo que vamos a hacer. No es agradable, pero puede resultar permanente. Es un consuelo… Este gobierno puede acabar algún día y nosotros regresaríamos sanos y salvos.

—Dudo que esto pueda acabar —dijo Nina.

—También lo dudo yo. Pero necesitamos una chispa de esperanza para seguir adelante. Se nos presentan tiempos duros —se separó de la ventana—. Te darás cuenta de que puedes quedarte aquí. Legalmente no eres mi mujer; ellos no tienen por qué relacionarnos al uno con el otro. Un poco de charla aquí y allí, y vuelves a ser un miembro leal de la Organización.

—Iré contigo —dijo Nina.

—¿Estás segura? Después de todo, estás magníficamente situada… Podrías ser una santa de la nueva Iglesia.

Ella sonrió tristemente.

—Tú sabes que quiero ir. Por tanto, no perdamos el tiempo.

—Está bien —accedió Cussick, un poco más feliz. En realidad, muchísimo más feliz. Inclinándose, la besó en la nariz.

—Tienes razón; es hora de empezar. Cuanto antes nos vayamos de aquí, tanto mejor.

XX

El interior de la cabaña era fresco y oscuro. El aire, humedecido con las nieblas remolineantes del exterior, subió hasta el rostro de Louis y, de momento, le cegó la visión. Parpadeó, hizo un guiño, se puso en cuclillas y se inclinó para ver mejor.

—Ten cuidado —le advirtió Dieter ominosamente.

En la penumbra estaba tendida Vivian, cubierta hasta la barbilla con una manta. Miró débilmente a Louis, con ojos oscuros e inmensos. A él aquello le produjo una sensación extraña: su corazón sufrió un vuelco y le costó trabajo seguir respirando.

—Quizá sea mejor que lo vea más tarde —murmuró.

—No te he traído desde ochenta kilómetros para nada —contestó Dieter apremiante—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Sí —admitió Louis—. ¿Es que tengo que mirar?

El miedo se apoderó de él, y se apartó apresuradamente de la cama. ¿Qué pasaría si la cosa no hubiese ocurrido satisfactoriamente? Había siempre la esperanza, una gran esperanza, una perspectiva que era inmejorable. El problema nunca había sido resuelto; tal vez los genes eran inviolables, como Mendel había dicho. Pero entonces, ¿cómo era posible la evolución? Un vasto torrente de teorías abstractas se precipitaba por su cerebro.

—No —dijo enfáticamente—, no puedo.

Dieter se colocó junto a su esposa.

—Tú serás el siguiente —le dijo a Louis—. Tú e Irma. Y luego Frank y Syd. Así es que *mira*.

Miró. Y todo estaba bien. Temblando, se agachó. El bebé estaba profundamente dormido, una carilla rojiza y saludable, ojos muy cerrados, boca floja, frente arrugada en un ceño pueril. Bracitos levantados acabando en dedos curvados. En muchos aspectos, parecía un bebé de la Tierra… pero no lo era.

Se le notaba ya muy bien. Las ventanillas de la nariz estaban cambiadas; fue lo primero que observó. Un elemento esponjoso cerraba cada una de ellas: una membrana filtrante para mantener a raya el espeso vapor de agua. Y las manos. Agachándose

cuidadosamente, agarró la manecita derecha del bebé y la examinó. Los dedos de la mano estaban unidos por una membrana. Los de los pies faltaban en absoluto. Y el pecho era inmenso: pulmones enormes, para almacenar aire bastante conque mantener vivo el frágil organismo.

Y aquello era la prueba. Aquello era la cosa importante, la cosa verdadera. *La criatura estaba viva*. Respirando el aire venusino, resistiendo la temperatura, la humedad… Todo lo que quedaba ahora era el problema de la nutrición.

Apasionadamente, Vivian atrajo al niño contra su cuerpo. El bebé se agitó, luchó eficazmente, abrió los ojos.

—¿Qué te parece? —preguntó Vivian.

—Es precioso —dijo Louis—. ¿Cómo se llama?

—Jimmy.

Vivian sonrió venturosa. Luego alzó al belicoso chiquillo sobre sus pechos agrandados; a los pocos momentos la agitación cesó, y el movimiento frenético se extinguió en una succión ávida. Louis estuvo mirando unos momentos, y luego salió de puntillas, hacia donde Dieter estaba erguido, esperando orgullosamente.

—¿Qué me dices? —preguntó Dieter agresivamente.

Louis se encogió de hombros.

—Es un chico y patea como un condenado.

El rostro del muchacho se arreboló.

—¿Has comprendido? Está cambiado; se ha adaptado. Vivirá.

—Desde luego —admitió Louis.

Después esbozó una mueca que quería ser una sonrisa y le dio unas palmaditas en la espalda al muchacho.

—Hete aquí padre de familia, picarón. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¿Qué edad tiene Viv?

—Diecisiete.

—Feliz patriarca. Cuando tengas mi edad, te verás ya con nietos. Virilidad, tu nombre es juventud.

Frank y Syd entraron rápidamente en la cabaña, seguidos por Laura: una niña que ya tenía tres años y que andaba vigorosamente. Irma entró tras ellos con el rostro ansioso.

—¿Es po…? —empezó a decir y luego se quedó callada y conmovida al descubrir a las dos figuras que estaban en la cama.

—¡Demonios! —exclamó Frank, respetuosamente—, es verdad.

—¡Claro que es verdad! —protestó Dieter.

Garry apareció en la puerta.

—¿Puedo entrar?

—Entra —dijo Louis—. Vamos a celebrar toda una reunión —empujó a Laura hacia la cama—. Tú también. Todo el mundo puede mirar.

Inclinándose sobre la mujer y su pequeño, Syd dijo pensativamente:

—El problema de la nutrición está resuelto por ahora. Pero, ¿qué pasará más tarde?

—No te preocupes por eso —dijo Dieter altivamente. Un poco turbado explicó—: Rafferty no se olvidó de nada. Las glándulas de Viv… quiero decir, las secreciones mamarias no son las mismas. Louis y yo hicimos algunas pruebas. Es leche, pero no es leche corriente.

—Gracias a Dios —dijo Syd, tranquilizada.

—No me gustaría tener que luchar por mantenerle vivo durante el resto de su vida —dijo Vivian blandamente—. Creo que no podría.

Frank y Louis salieron a conferenciar en privado.

—Esto es lo mejor que podría haber sucedido —dijo Frank—. ¿Te has parado alguna vez a pensar en la alternativa? Suponte que el bebé hubiese sido normal, un bebé de la Tierra, atado a un ambiente terrestre. Suponte toda nuestra progenie revertida. Sí, esa es la palabra. Reversión. Suponte que no hubiésemos podido llevar esto adelante. Suponte que fuéramos fenómenos, no mutantes verdaderos.

—Bueno, no lo somos.

—Gracias a Dios. Nosotros ocho habríamos vivido nuestra parte de vida y muerto después. Ese habría sido el fin de la raza. De alguna raza.

Salieron a la fría oscuridad y bajaron los tres escalones por el paseo que Dieter había abierto penosamente hasta la carretera principal. En el año último la colonia se había expandido geométricamente. Lisas carreteras unían cada uno de los asentamientos individuales con los demás. Frente a la cabaña de Dieter se alzaba un rudimentario vehículo de metal que había construido en colaboración con Garry: metal, trabajado a martillazos, de láminas calentadas en su propio horno. Era un objeto de apariencia grotesca, pero que servía para su fin. El vehículo estaba movido por una serie de baterías. Sus neumáticos estaban moldeados un tanto caprichosamente, no siendo exactamente redondos, pero sí utilizables. El material era un plástico poroso, una savia extraída de un árbol parecido al helecho. El vehículo hacía dieciséis kilómetros por hora en terreno llano.

—No lo mires con demasiada atención —comentó Louis—. Podría

hundirse.

Y aquello no era todo. Los borboteantes manantiales de agua caliente que afloraban en la superficie eran fuentes naturales de energía eléctrica. Cuatro instalaciones generadoras se habían juntado ya; la nueva sociedad venusina tenía una fuente constante de calor, luz y energía en general. La mayor parte de los pertrechos habían sido retirados de las naves en ruinas y de las cúpulas de los exploradores; pero, gradualmente, paso a paso, elementos hechos a mano iban entrando como substitutos.

—No tiene mal aspecto esto —admitió Louis.

—Sí, no está mal —dijo Frank—. No puede negarse que el muchacho ha trabajado muchísimo. Pero todos esos animales de aspecto tan estúpido que tiene ahí amarrados, ¿para qué pueden servirle?

—Sabe Dios —replicó Louis.

Se asomó a la cabaña y le preguntó a Dieter:

—Oye, ¿para qué quieres esas cosas que tienes alrededor?

Altivamente, Dieter contestó:

—Ese es mi rebaño de monos.

—¿Para qué sirven? ¿Vais a comerlos?

Con dignidad, Dieter explicó:

—Lo que yo llamo mono es la especie dominante. Intelectualmente, es la forma indígena de vida más avanzada. Las pruebas que yo he llevado a cabo muestran que el mono es más inteligente que el caballo, el cerdo, el perro y el gato de la Tierra todos juntos.

—¡Cielos! —murmuró Irma.

—Van a ser nuestros ayudantes —reveló Dieter a regañadientes—. A ese rebaño particular le estoy enseñando faenas rutinarias. Así dispondremos de tiempo libre para dedicarnos a planes constructivos.

Moviendo la cabeza, Louis se retiró de la cabaña.

Pero era un espectáculo agradable. Los campos, los cobertizos para los animales, el humo de las distintas chimeneas, el granero; la cabaña principal, ahora un edificio de dobles paredes con dos dormitorios, un salón de estar, cocina y cuarto de baño interior. Y ya Garry había localizado un sucedáneo de la pulpa de madera; un papel rudimentario había sido creado, seguido por una imprenta primitiva. Ya sólo era cuestión de tiempo el que su sociedad se convirtiese en una civilización: ahora una civilización de nueve individuos.

Una hora más tarde, Frank y Syd se encaminaban de vuelta hacia su propio asentamiento, en su vagón movido eléctricamente.

—Son buenas noticias —reiteraba Frank, mientras los campos se deslizaban junto a ellos.

—Ya has dicho eso por quinta vez —dijo Syd suavemente.

—Pero es que es verdad —Frank se quedó meditando con un pliegue de meditación en su rostro—. Quizá nos conviniera pararnos junto a una de las naves.

—¿Para qué?

—Deberíamos construir una incubadora. Suponte que el niño hubiese nacido casi adaptado, pero no del todo. Podría haber muerto… Pero en una incubadora le mantendríamos vivo hasta que se pusiese más fuerte. Ir ajustando las condiciones hasta que pudiese tolerar este ambiente. Siempre conviene asegurarse. No me gustaría que le pasara nada al nuestro —añadió quejumbrosamente.

—Por lo menos deberíamos parar en las cúpulas —dijo Syd—. Les gustará enterarse.

Frank desvió el vehículo de la carretera; a los pocos momentos iba dando botes sobre el suelo verdoso que formaba el paisaje venusino. Frente a ellos se extendía una larga línea de montañas hundidas en la niebla. En la base estaban los extensos restos de lo que en tiempos había constituido las cámaras protectoras terráqueas. Las cabezas de guerra las habían volado, desde luego, pero con los restos se había podido rehacer una estructura simple. Era una semicúpula, una semiesfera hueca anclada en la base de las colinas.

—Es lúgubre ver eso —comentó Frank—. Es como estar uno fuera de su piel.

—Fuera de tu vieja piel —corrigió Syd.

El Refugio no era tan grande como había sido el de ellos; era sólo de la longitud de un bloque de casas ciudadano, y de anchura de unos cientos de metros. Había sido construido para mantener vivos a tres individuos, no a ocho. Pero el principio era el mismo: dentro de la burbuja transparente existía un mundo distinto, con distintas temperatura, atmósfera, humedad y formas de vida.

Los tres habitantes habían realizado una tarea grandiosa al disponer su Refugio. Era como una pequeña porción de la Tierra separada del original. Incluso los colores eran exactos. Frank tenía que admirar la maestría de ellos, la habilidad con que habían creado aquella réplica auténtica. Pero eso era todo lo que habían tenido que hacer el pasado año. Era todo el trabajo que les cabía.

Habían desarrollado escrupulosamente un cielo azul artificial, una imitación casi convincente del cuenco azul de la tierra. Allí había una

nube. Aquí, una bandada de patos migratorios, pegados permanentemente al interior de la burbuja plástica. El hombre, Cussick, había traído consigo semillas de hierbas; la superficie del suelo era una sólida expansión de un verde fuerte y oscuro, similar a la flora venusina, pero no igual.

No, de ninguna manera igual. Una sutil diferencia en el color, y una gran diferencia en la contextura. Era un mundo diferente trasplantado aquí, un mundo en miniatura, un fragmento. Una pieza de museo que suscitaba en Frank un raro sentimiento de nostalgia a medida que se iba acercando.

La familia terráquea había plantado árboles y arbustos. Un arce y un abedul ondeaban bravamente dentro del Refugio. Con los materiales utilizables habían construido un modelo de casa terráquea, una pequeña residencia de dos dormitorios. Blancas paredes estucadas. Un tejado de tejas rojas. Ventanas con visillos. Un sendero enarenado. Un garaje, con nada dentro excepto un complicado banco de trabajo. Rosas, petunias y unas cuantas fucsias. Los esquejes y las semillas habían sido traídos todos en el primer y único viaje desde la Tierra: Cussick se había imaginado todo lo que les esperaba. En la parte de atrás había un bien surtido huerto. Y el hombre había incluso caído en la cuenta de traerse tres gallinas y un gato, un toro y una vaca, dos cerdas y un cerdo, una pareja de perros, una pareja de gatos y un montón de pájaros diversos.

El Refugio estaba literalmente abarrotado con la flora y la fauna terráquea. La mujer, Nina, había pintado un telón de fondo artificial que resultaba asombrosamente convincente. Redondeadas colinas pardas sobre un distante océano azul. La mujer tenía mucho talento en cuestiones artísticas; había supervisado el desenvolvimiento de la creación con ojos críticos y expertos. Jugando al borde del Refugio, donde empezaba el telón de fondo, estaba Jack, el hijo de la pareja, de cuatro años de edad. Se hallaba muy ocupado construyendo un castillo de arena a la orilla de un pequeño lago artificial donde rompían penosamente olitas de agua destilada.

—Me dan lástima —dijo Syd de pronto.

—¿Lástima? ¿Por qué?

—Porque es espantoso. Acuérdate. Vivir de esa forma, encerrados en una pequeña caja de cristal.

—Algún día podrán regresar —le recordó Frank—. En el momento menos pensado, la Sociedad del Príncipe del Hombre, o como quiera que se llame la nueva hagiocracia, se enfriará y les dejarán volver.

—Si es que no se han muerto antes de vejez.

—En la Tierra están perdiendo fuerza, ya no tardará mucho. Y ten en cuenta, además, que *él sabe por qué está aquí*. Fue él quien lo decidió; fue un gesto voluntario. Y un gesto con un propósito.

Frank paró el motor del vehículo y lo detuvo. Él y Syd bajaron con cuidado y caminaron hacia el Refugio. Dentro, tras la pared transparente, Cussick les había visto. Caminó hacia ellos, agitando los brazos.

Llevándose las manos a la boca en forma de bocina, Frank gritó:

—Ha sido un niño. Está adaptado; todo ha salido muy bien.

—No puede oírte —le recordó Syd con dulzura.

Juntos, entraron en la cámara intermedia. Allí, sentados en taburetes, agarraron el micrófono y pusieron en marcha el sistema de comunicación que les enlazaba con el interior del Refugio, el cosmos finito que se extendía al otro lado. En torno a ellos zumbaban tubos y circuitos; aquel era el intrincado sistema de bombeo que mantenía constante la atmósfera del Refugio. Más allá estaban los elementos termostáticos salvados de las tres naves averiadas. Y, más lejos todavía, el equipo principal: los grupos de fabricación que preparaban el alimento de los seres terráqueos.

—Hola —dijo Cussick irguiéndose tras la pared transparente, con las manos en los bolsillos, un cigarrillo en los labios. Tenía subidas las mangas; había estado trabajando en el huerto—. ¿Cómo ha ido la cosa?

—Ha salido estupendamente —dijo Syd.

—¿Adaptado?

—Del todo. Un monstruo regular.

—Magnífico —dijo Cussick, asintiendo—. Nos tomaremos una cerveza a su salud.

Apareció su esposa, una figura bonita y regordeta, de pantalones azules y blusa blanca, con una mancha de pintura naranja en la cintura, brillándole la cara por el sudor. En una mano traía un pliego de papel de lija y un raspador. Tenía aspecto saludable y satisfecho, de verdadera felicidad.

—Dadle nuestra enhorabuena a la mamá —dijo Nina—. ¿Es un niño?

—Hecho y derecho —aseguró Frank.

—¿Es saludable?

—Tiene más salud que un mono —dijo Frank—. En realidad, es el nuevo mono. El mono de repuesto, un mono mejor para remplazar al antiguo.

Desconcertada, Nina movió la cabeza.

—No os habréis vuelto locos. No entiendo nada de lo que estáis diciendo.

—Tú no te preocupes de eso —le dijo el marido, pasándole un brazo por la cintura y atrayéndola hacia sí—. Preocúpate por los ratones que hay en la despensa.

—¿Ratones? —exclamó Syd— ¿También trajisteis ratones?

—Había que conseguir que las cosas fueran naturales —explicó Cussick, sonriendo—. Incluso me traje unas cajitas con cigarras y moscas. Quiero que mi mundo sea completo. Mientras tengamos que estar aquí…

Junto al lago sintético, Jackie jugaba feliz con su castillo de arena.

—Me interesa que él conozca las cosas contra las que tendrá que luchar —explicó Cussick—. Así estará preparado para cuando los tres podamos volver.

FIN